

**“Territorio ancestral, rituales funerarios
y chamanismo en Palmira prehispánica,
Valle del Cauca”**

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ CUENCA

Profesor Titular Dpto. de Antropología

Facultad de Ciencias Humanas

Universidad Nacional de Colombia

Editor

Bogotá, octubre de 2006

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Territorio ancestral, rituales funerarios y chamanismo en Palmira prehispánica, Valle del Cauca / ed. José Vicente Rodríguez Cuenca. – Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, 2006

180 p. : il.

ISBN : 958-701-xxx-x

1. Indígenas de Colombia – Vida social y costumbres 2. Costumbres funerarias indígenas – Palmira (Valle del Cauca)(Colombia) 3. Chamanismo 4. Arqueología indígena - Palmira (Valle del Cauca)(Colombia) I. Rodríguez Cuenca, José Vicente, 1952- - ed.

CDD-21 394.5 / 2006

**“Territorio ancestral, rituales funerarios
y chamanismo en Palmira prehispánica,
Valle del Cauca”**

Primera edición:

Octubre de 2006

© Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Departamento de Antropología
www.humanas.unal.edu.co/antropologia

ISBN:
958-8063-35-3

Foto de Portada:

Máscaras antropomorfos y zoomorfos de El Bolo y Coronado,
Palmira, Valle del Cauca

Diseño y diagramación:

Julían R. Hernández R.
gothsimagenes@yahoo.es

Impresión y encuadernación:

Editorial Guadalupe

Distribución:

Unibiblos:

UNLa Librería-Ciudad Universitaria, Tels: 368 1437 - 368 4240

UNLa Librería-Plaza de las Nieves, Tels: 342 7382 - 281 2641

Carrera Séptima con Calle 20-Esquina, Bogotá

Siglo del Hombre Editores:

Cra. 32 N° 25- 46, Tels: 337 77 00 - 368 73 82

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción parcial o total
por cualquier medio sin permiso del editor

“El nombre *Kansateurwa* (*kansa* – canto, *teurwa* – tierra) es el que realmente corresponde a la cultura original (Malagana) de esta tierra, ya que vibra con la naturaleza y con los diferentes espíritus que la conforman. Así lo leyó el Mamo en la tierra, en el aire, en los árboles y en el agua...

Es posible que el hermanito menor pueda entender el pensamiento de la naturaleza más allá de la oscuridad si vuelve a escuchar los pájaros, a leer el lenguaje de las burbujas del agua, a hacerle pagamento al universo; de esa manera puede recuperar la capacidad de comprender e interpretar la memoria viva. Mientras siga lleno de libros, de máquinas y dedicando su vida a causarle daño a la tierra, enfermándose a sí mismo, es muy difícil que su pensamiento alcance la trascendencia para mirar los secretos ocultos que sólo se revelan a aquellos que hacen pagamento, a los que no son dueños de nada, sólo guardianes cuya misión es velar por proteger una piedra porque tiene derecho, es un ancestro que descansa; esa gente vive en armonía con todos los ecosistemas y su memoria es en espiral como el caracol”.

Mamo Bunkuanarum Mejía, Ey mey nukeín
Kogui de la Sierra Nevada de Santa Marta

Tabla de Contenido

Agradecimientos	9
Prólogo	11
Dr. Guillermo Barney Materón, Fundación Ecoparque Llanogrande	
Capítulo 1: Palmira: una historia de chamanes, riquezas y depredación	13
José V. Rodríguez, Universidad Nacional de Colombia	
1.1. Cosmovisión, chamanismo y ordenamiento del mundo prehispánico	13
1.2. La llegada de los españoles: sangre y destrucción	17
1.3. La formación de las grandes haciendas	20
1.4. La recuperación de la memoria histórica y ambiental de Palmira	22
Capítulo 2: Paisajes y territorio ancestral de Palmira	27
Pedro Botero, Fundación Terrapreta	
José V. Rodríguez, Universidad Nacional de Colombia	
Carlos A. Rodríguez, Universidad del Valle	
2.1. El valle medio del río Cauca	27
2.2. Grandes unidades geo-pedológicas	28
2.3. La vegetación	30
2.4. Los suelos	31
2.5. Los paisajes	31
2.6. El transecto del Corredor ecológico y tecnológico de Palmira	32
Capítulo 3: El desarrollo prehispánico del Valle del Cauca	45
José V. Rodríguez, Universidad Nacional de Colombia	
Sonia Blanco, INCIVA	
Carlos A. Rodríguez, Universidad del Valle	
3.1. Período Precerámico	45
3.2. Período Ilama (Bolo Temprano)	46
3.3. Período Yotoco	50
3.4. La Tradición Sonsoide (Bolo Tardío)	51
3.5. Los indígenas a la llegada de los españoles	53

Capítulo 4: Asentamientos prehispánicos tempranos	61
Sonia Blanco, INCIVA	
José V. Rodríguez, Universidad Nacional de Colombia	
Gustavo Cabal, INCIVA	
4.1. Llanura del río Bolo (Hacienda Malagana)	61
4.2. Santa Bárbara	64
4.3. Estadio Deportivo Cali	67
4.4. El Sembrador	73
Capítulo 5: Rituales funerarios y chamanismo en el cementerio de Coronado (siglos III a.C. a III d.C.)	81
José V. Rodríguez, Universidad Nacional de Colombia	
Sonia Blanco, INCIVA	
Alexander Clavijo, INCIVA	
5.1. El ritual funerario como fuente de información	81
5.2. El contexto arqueológico de Coronado	84
5.3. El difunto	87
5.4. El recinto funerario	92
5.5. El ajuar	94
5.6. De la taxonomía numérica a los posibles grupos sociales	102
5.7. Los grupos espaciales y temporales	122
5.8. Los grupos por género y edad	122
5.9. Características físicas y etnogénesis	123
5.10. Condiciones de vida de la población de Coronado	124
5.11. Relaciones culturales de Coronado	126
5.12. La necrópolis de Coronado y la discusión sobre los orígenes de la diferenciación social	127
Capítulo 6: Asentamientos tardíos	139
José V. Rodríguez, Universidad Nacional de Colombia	
Sonia Blanco, INCIVA	
Alexander Clavijo, INCIVA	
6.1. Los antecedentes arqueológicos	139
6.2. Terraza de Palmira	140
6.3. Cordillera Central	142
6.4. Depresión de La Buitrera	144
6.5. Colinas estructurales	145
Capítulo 7: Condiciones de vida y orígenes de las poblaciones de Palmira	155
José V. Rodríguez, Universidad Nacional de Colombia	
7.1. La primera impresión de los europeos sobre el valle del río Cauca	155
7.2. El estudio de las condiciones de vida de las poblaciones antiguas	157
7.3. La alimentación	157
7.4. Paleopatología	158

José V. Rodríguez, editor	7
7.5. Paleodemografía	161
7.6. Sobre los orígenes	163
Capítulo 8: Paisajes y pueblos prehispánicos del municipio de Palmira	169
José V. Rodríguez, Universidad Nacional de Colombia	
Sonia Blanco, INCIVA	
Pedro Botero, Fundación Terrapreta	
Carlos A. Rodríguez, Universidad del Valle	
Alexander Clavijo, INCIVA	
8.1. Unidades geo-arqueológicas y tipo de asentamiento	169
8.2. Paisajes y sociedades	170
8.3. Los pueblos prehispánicos de Palmira	172
8.4. Las prácticas funerarias prehispánicas en el municipio de Palmira	173
Bibliografía	175

Agradecimientos

El presente texto hace parte de una serie de informes del programa *Palmira señorial: paisajes, pueblos y culturas* que adelanta el Grupo de Investigación en Antropología Biológica (GIAB) -reconocido por Colciencias en Categoría A-, el Instituto para la Investigación y Preservación del Patrimonio Ambiental y Cultural del Valle del Cauca (INCIVA), la Universidad Nacional de Colombia por intermedio del Departamento de Antropología y la División de Investigación (DIB) (Proyecto 20101005276), con el apoyo de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) del Banco de la República (Proyecto No. 365), la Fundación Ecoparque Llanogrande (FELLG) y la Alcaldía Municipal de Palmira (Secretaría de Agricultura), el Grupo de Arqueodiversidad de la Universidad del Valle y el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), donde participó el investigador Eduardo Forero Lloreda. Gracias a ellos se ha podido adelantar la sistematización de la información bioarqueológica existente sobre el municipio de Palmira, y realizar excavaciones arqueológicas en Aguaclara y La Buitrera, y en el área aledaña del municipio de Pradera. En Palmira cabe destacar la labor del “chamán” de la cultura, Dr. Guillermo Barney Materón y de la Dra. María Cecilia Solarte de Motoa, Directora Ejecutiva de la Fundación Ecoparque Llanogrande (FELLG). La familia Botero de la Reserva Natural Nirvana en La Buitrera, especialmente el Dr. Federico, Doña Teresita, Lorena, Sergio y Jaime Diego Botero, y Selene Echeverry [q.e.p.d.] quienes nos brindaron calidez humana, hospitalidad y una grata amistad. La señora María Clara Lloreda propietaria de la Hacienda Cantaclaro en Aguaclara, los propietarios de las Haciendas Los Cábulos, La Ruiza y Villa Teresita nos brindaron la posibilidad de recorrer su territorio para la ubicación y excavación de asentamientos prehispánicos. En campo colaboraron Gustavo Cabal, Álvaro Gómez, Yolanda Jaramillo, Tickey Y. Méndez, y los estudiantes de la Carrera de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia. La artista Yolanda Jaramillo R. realizó las figuras de las tumbas y vasijas que ilustran maravillosamente el presente texto. La Uni-

versidad Nacional Sede Palmira, por intermedio de la Dirección de Bienestar nos brindó un importante apoyo con el alojamiento de los estudiantes en sus instalaciones. A los evaluadores de los informes preliminares, profesores Carlos A. Rodríguez de la Universidad del Valle, Sonia Archila de la Universidad de los Andes y de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN), Virgilio Becerra de la Universidad Nacional de Colombia y Arturo Cifuentes de la Universidad Central, especiales agradecimientos por sus ideas y sugerencias. A los antropólogos Rocío Salas y Gustavo González por su colaboración en la revisión del Capítulo 2 (Paisajes). Al historiador Luis Fernando Tascón de la Casa de la Cultura de Palmira por su interés, sugerencias y apoyo a la investigación arqueológica de la región. Finalmente queremos agradecer al Doctor Iván Felipe Mejía Cabal por autorizar-nos la utilización de algunas imágenes de su colección particular. Con todos ellos tenemos una enorme deuda de gratitud por los recursos aportados, el soporte técnico, el permanente apoyo y críticas constructivas.

Prólogo

Los arqueólogos, antropólogos e historiadores son los “desenterradores” de todo un pasado humano que los actuales habitantes de un mundo de cambio acelerado, constante, virtual y globalizado no conocemos y menos interpretamos.

Como un analfabeto y ciego mental, ellos me han contado sobre ese mundo extraordinario que hemos desaprovechado al no tomar enseñanzas para este presente de gigantesca convulsión tecnológica. Me he puesto a pensar cómo estos maravillosos “paisanos” sin computador, Internet, banda ancha ni celulares pudieron construir una cultura diversa y magnífica hace cinco mil años en este nuestro amado territorio, cómo se interrelacionaron con otras gentes tan lejanas pero sin jets, helicópteros, autopistas y vehículos a 120 Km./hora; gentes que también construyeron en su respectivo “nicho ecológico” otras formidables manifestaciones culturales, como los Tayronas, Zenues, Tolas, Tumacos, Huilenses del Sur, entre otros; pero tal vez lo más sorprendente es oír de estos “modernos chamanes” de la investigación como José Vicente Rodríguez, Sonia Blanco, Alexander Clavijo, Pedro Botero, Carlos Armando Rodríguez, Gustavo Cabal, Héctor Salgado, Marianne Cardale, Leonor Herrera, Eduardo Forero, Diógenes Patiño, Cristóbal Gnecco, la fascinante narración de los talentos desarrollados por estas comunidades.

El mundo de hoy, el de Bill Gates cómo hubiera aprovechado estos “Bolos talentos” para construir una revolución tecnológica como ellos lo edificaron hace cinco mil años.

Su tejido social, estilo de trabajo simbolizando tal vez las abejas, con grupos pequeños de “especialistas” construirían un “panal” de eficiencia y genialidad en ingeniería, caminos, agricultura, agronomía, orfebrería, industria lítica, etc., que después de miles de años nos maravilla, sorprende y debe hacernos reflexionar sobre todo porque crearon una cosmovisión de hombres, ambientes y plantas que estamos luchando por hacer vigente sabiendo que no somos dueños de nada, solo

guardianes temporales para proteger la naturaleza que nos alimenta y da vida, pero que permanentemente tratamos de destruir.

Personalmente me trasnocha el pensar cómo lograron construir colectivamente un ambiente de talentos y realizaciones tan espectaculares, y además cómo lo comunicaban, intercambiaban y cómo lo ligaron con una contagiosa espiritualidad para darle a sus “yoces” un sentido de comprensión, desarrollo y autoestima ejemplar.

Gracias a los investigadores por cometer el “irrespeto” con la ciencia, por poner a este “subdesarrollado mental” a barruntar escritos para un libro que es producto de mentes “desarrolladas”; benditos sean por los antiguos “chamanes”, estos dedicados y patrióticos “chamanes modernos” que con este libro contribuyen a ayudarnos a entender ese viejo mundo y así poder construir con ejemplo el del futuro.

Por: **Guillermo Barney Materón**
Fundación Ecoparque Llanogrande

Capítulo 1

Palmira: una historia de chamanes, riquezas y depredación

JOSÉ V. RODRÍGUEZ, *Universidad Nacional de Colombia, GIAB*

1.1. Cosmovisión, chamanismo y ordenamiento del mundo prehispánico

Explorar el pasado prehispánico del Valle del Cauca, y de Palmira en particular, tiene su magia, no solamente por el aspecto exótico de los rituales que practicaron sus antiguos pobladores (funerarios, sacrificios humanos, canibalismo ritual), mismos que maravillaron a estudiosos de diversas parte del mundo (Cieza, 1922; Eckert, 2002; Trimborn, 2005), sino, ante todo, por el halo de misterio que rodeó a estas prácticas y que reflejan el pensamiento de un mundo religioso, pero, a su vez, muy material en su visión del mundo pues apuntaba a la supervivencia estratégica de la sociedad. Para los europeos esta manera de pensar fue irracional, bárbara, pero hoy día hemos aprendido que este mundo ha desarrollado distintas visiones y maneras de considerar los fenómenos naturales, es decir, realidades alternativas, y, por consiguiente “reconocer la igualdad de estas diferentes realidades es cuestión de justicia humana. Aprovechar su fortaleza para promover formas de poder material más nítidas, más humanas y más orientadas a la supervivencia es cuestión de sentido común. Aprender a entender y respetar estas realidades culturales alternativas es un primer paso por el camino hacia un mundo mejor” (Freidle *et al.*, 1999:32).

Gracias a la fertilidad de sus suelos, a la gran diversidad de paisajes (páramos, montañas, colinas, llanuras, depresiones, ríos, lagunas, zanjones), y a la estratégica posición entre ambas cordilleras (Central y Occidental), el municipio de Palmira en el Departamento del Valle del Cauca, fue habitado, posiblemente desde principios del Holoceno (hace cerca de 10.000 años) a juzgar por los hallazgos paleontológicos de restos de mastodontes manipulados por humanos en Palmaseca (Rodríguez C. A., 2002:30). Desde finales del I milenio a.C. y principios del I milenio d.C. se conocen complejos asentamientos en la llanura del río Bolo (Malagana, llamada *Kansateurwa* por los indígenas Kogui) y de la terraza de Palmira (yacimientos arqueológicos de Coronado, Santa Bárbara, Estadio del Deportivo

Cali, El Sembrador), cuyas poblaciones desarrollaron un dinámico mundo cosmogónico y conocimientos de ingeniería hidráulica que incluyeron la elaboración de jarillones y zanjones de drenaje para el manejo de las aguas del río Bolo, el conocimiento y aprovechamiento de una biodiversidad presente en varias zonas de vida (río Bolo, zanjón Timbique), y refinados rituales funerarios ricos en ajuares locales y exógenos, donde el control del conocimiento ancestral jugó un papel trascendental en el proceso de diferenciación social. Este mundo prehispánico de Palmira fue cosmopolita y, como plantean los indígenas Kogui de la Sierra Nevada de Santa Marta, *Kansateurwa* o nombre sagrado que significa “Canto a la tierra” como llamaron al mal denominado Malagana, estuvo comunicado con el mundo cosmológico de Centroamérica y Sudamérica como gran centro ceremonial.

Posteriormente, hacia finales del I milenio d.C. las poblaciones tardías construyeron en la terraza de Palmira (CIAT, Corpoica), y, especialmente en las colinas de Aguaclara y La Buitrera verdaderas obras de arquitectura funeraria, con amplias cámaras semejantes a casas que incluían techos a dos y cuatro aguas. Por los caminos que descienden de la cordillera Central y surcan por La Buitrera, las poblaciones antiguas se conectaron con el valle del río Cauca, y a su vez, con la cordillera Occidental. En las faldas de las lomas erigieron canales para el manejo de las aguas y evitar la erosión.

Este avance científico lo alcanzaron gracias al conocimiento milenario del mundo, a la interpretación, encauzamiento y recreación de las fuerzas naturales en bien de la humanidad. En su cosmovisión los indígenas americanos entendían que la energía es única, restringida, se encuentra en equilibrio y fluye como el agua de los ríos, pero en algunos momentos algunos seres y objetos están más cargados de ella -detienen el flujo- generando crisis en el sistema, por lo que hay que realizar sacrificios con el fin de restablecer la armonía. Los dioses crean a los humanos y otros seres por lo que a través de sacrificios, especialmente de víctimas humanas, se les suministra energía. Las crisis pueden ser periódicas, cíclicas u ocasionales, como también humanas, personales, sociales o naturales (González, 1994:31). De aquí surgen reglas restrictivas para evitar esos momentos, como el castigo de la gula, la imprevisión, la agresividad, el excesivo número de hijos, los desmanes en la cacería, recolección de plantas y en los amoríos inoportunos. El surgimiento de las enfermedades y conflictos sociales se consideran una consecuencia de la perturbación del equilibrio ecológico, de ahí que el chamán cumple la función de ecólogo, persona sabia que mediante su conocimiento ancestral realiza el diagnóstico y la curación apropiada para restablecer el orden (Reichel-Dolmatoff, 1977.369).

El chamán –palabra que proviene de la lengua Evenk, Siberia, Rusia, significa especialista religioso–, payé (Desana), piache (Guajibó), mamó (Kogui), mohán o jeque (Muisca), jaibaná (Embera), es un escogido por los espíritus que le enseñan a trascender lo material para volar con el alma a otros mundos por el cielo, o gatear por las peligrosas grietas de los mundos subterráneos; tiene el poder de combatir contra los malos espíritus y sanar a sus víctimas, aniquilar los enemigos y salvar a su propio pueblo de las vicisitudes del hambre y las enfermedades. No obstante, el chamán debe sustentarse de sus propios recursos, cazando, recolectando, cultivando, cocinando, como cualquier otra persona del común. Es una labor peligrosa pues a pesar del dominio que posee del otro mundo cuando se encuentra en trance, viajando al espacio de los espíritus para convencerlos de que actúen de forma correcta, puede ser atacado, y terminar loco o muerto. Es un intermediario con los dueños de la naturaleza, un ecólogo que gestiona y preserva los recursos de la selva (Eliade, 1960:23; Reichel-Dolmatoff, 1977:372; Cayón, 2001: 258; Pineda, 2003: 26; Vitebsky, 2006:8-11).

Una particularidad del chamanismo americano es el empleo de plantas alucinógenas para inducir el trance, las visiones y el vuelo del alma. Entre ellas tenemos la mescalina del peyote (*Lophophora williamsii*) y los hongos (*Conocybe*, *Panaeolus*, *Psilocybe*) de Centroamérica, el humo del tabaco en rituales de purificación y sanación en toda la región, el mambeo de coca –las hojas mascadas con polvo de caracoles en poporos– en la región andina, el rapé del yopo o cohoba (*Anadenanthera peregrina*) aspirado en la Orinoquia mediante utensilios especiales, la ayahuasca o yajé (*Banisteriopsis caapi*, *B. inebrians*) y la ucuba (*Virola surinamensis*) en la Amazonia, el floripondio, borrachero o huacacachu (*Brugmansia aurea*) en el sur de Colombia, la huilca (*Anadenanthera colubrina*) en Chile. El yajé es el psicotrópico más difundido en el noroeste de Suramérica y es considerado un medio “para liberar el alma de su confinamiento corporal para que viaje libremente fuera del cuerpo y regrese a él a voluntad. El alma, así liberada, lleva a su poseedor de las realidades de la vida cotidiana a un reino maravilloso que considera real, en el que él permite comunicarse con sus antepasados” (Schultes, Hofmann, 2000:124).

Dentro de la parafernalia del chamán se incluye el vestuario, la pintura corporal, instrumentos musicales (tambores en Siberia, maracas y flautas en la Amazonia) y sonajeros para llamar los espíritus, rocas, pequeñas piedras especiales que pueden ser recipientes de espíritus, plantas y animales (felinos, murciélagos, águilas, plumas de aves) cuyas propiedades ayudan al chamán a concentrar energías. Durante las danzas de máscaras emplean representaciones de seres híbridos, el hombre-murciélago entre la cultura Tumaco-La Tolita (Bouchard, 2005:25) y en la Sierra

Nevada de Santa Marta (Reichel-Dolmatoff, 2005:26; Legast, 2005:41), la serpiente-saurio en San Agustín (Velandia, 1994: 47; Llanos, 1995: 154), figuras votivas en el mundo muisca que encarnan oposiciones binarias del pensamiento dual, como humano-animal, femenino-masculino, arriba-abajo, día-noche, con el fin de que el chamán pueda combinar las propiedades de ambas oposiciones en la solución de situaciones de desequilibrio (Lleras, 2005:67). Las máscaras señalan precisamente el poder de transformación de los chamanes.

El tan codiciado oro para los españoles, símbolo de riqueza y pujanza para el mundo europeo, tuvo otras connotaciones para los indígenas. Su contemplación a la luz del sol tropical o en las tinieblas de las malocas iluminadas por leves antorchas, produjo una relación entre oro y sol, brillo, resplandor y reflejo, color, semen y poder; se asociaba con su carácter fertilizador, seminal y de importancia en el poder político, afirmando la actitud dominante de los jefes portadores de cascos, máscaras, narigueras, torzales, pectorales, brazaletes, colgantes, alfileres, poporos – calabazos para portar el polvo de concha con el que se mascan o mambean las hojas de coca-. No se trataba de una ostentación de riqueza material sino de “una afirmación del poder numinoso del binomio oro-sol, personificado en algunos miembros de la comunidad” (Reichel-Dolmatoff, 2005:31). En la orfebrería se expresa mejor que en otras obras de arte el complejo chamánico de los indígenas americanos, donde el icono del vuelo extático es su principal símbolo, pues “el vuelo siempre será la imagen del hombre trascendente” (Op. Cit. 279).

Por esta razón los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta asolean el oro en determinadas épocas, con el fin de que asimile fuerzas renovadoras, conjuntamente con los cuarzos y otras piedras, para que se transmita a los seres humanos y los proteja y fertilice. Además, el oro tiene el mismo nombre del sol, *nyúi*, “nuestro padre oro” que camina por la bóveda celeste y de vez en cuando descansa en un banquito. El murciélago se denota como *nyuiyi*, gusano o pene progenitor, pues a pesar de ser de la oscuridad, está encargado de dar fertilidad a las mujeres, de ahí que la figura del hombre-murciélago se asocia tanto con la muerte como con la vida (Legast, 2005:40-41).

Las regiones Calima en la cordillera Occidental y El Bolo (Malagana) en Palmira son muy conocidas por la variedad y exuberancia del arte chamánico orfebre (Archila, 1996; Bray *et al.*, 1998; Bray, 2000; Cardale ed., 2005; Reichel-Dolmatoff, 2005). Huellas de chamanes se han hallado en Coronado (tumbas 47 y 51), caracterizadas por las máscaras antropomorfas en situación de trance (vuelo chamánico), una de ellas en forma de hombre-murciélago (Blanco *et al.*, 1999). En el estadio del Deportivo Cali se ha localizado un complejo ritual funerario muy refinado,

consistente en una chamana cuyo cuerpo yacía en posición de decúbito ventral flexionado, con 9 punzones en huesos humanos (posiblemente desangradores), flautas en hueso animal, un collar muy grande con caracoles marinos y la piedra de amolar los utensilios en hueso (tumba 7) (Blanco *et al.*, 2004). Posiblemente el individuo de la tumba 46 también pueda corresponder a un chamán, pues posee un enorme collar con varios caracoles marinos retocados, y cerámica “matada” (fragmentada) alrededor del cuerpo. En una colección privada de Palmira (IMC) se hallan varias máscaras ceremoniales de chamanes y al propio sabedor sosteniendo una, con el cuerpo tatuado, tocado de plumas, pintura facial y expresiones de trance (Fig. 10, 11, 12, 13).

1.2. La llegada de los españoles: sangre y destrucción

Al llegar los españoles en el siglo XVI encontraron en el valle del río Cauca, al parecer de fray Pedro Simón (1981, V: 228), “la tierra más rica de oro y plata que pienso calienta el sol, ni se les ha descubierta a los mortales”, cuya búsqueda generó el mayor genocidio jamás cometido contra un grupo étnico por los españoles. Este río se llamó inicialmente de Santa Marta pero por algún pueblo o cacique encontrado allí se denominó Cauca. Recolectaba las aguas de ambas cordilleras y era tan torrencioso al pasar cerca de Cali que se le llegó a comparar con el Guadalquivir de Sevilla, España, siendo difícil de vadear por lo que los indígenas construían puentes de bejucos entrelazados que se amarraban de gruesos árboles a ambos lados del río. En su trayecto de casi 300 leguas hasta desembocar en el río Magdalena surcaba tierras frías, templadas y cálidas que ofrecían al viajero diferentes alimentos, como papa, arracacha, cubios, hibas y quinua en las partes altas cerca de su nacimiento, maíz, algodón, frijol, arruruz, zapallo, yuca y frutales en las tierras bajas. Por sus orillas los españoles encontraron gran diversidad de árboles (cedros, ceibas y otros desconocidos para ellos), con una amplia diversidad de aves y monos de muchas especies, muy donosos y coloridos (Simón, 1981, V: 231). El curí, al parecer, constituyó una de las principales fuentes de proteína animal.

El valle del río Cauca, de ser una de las tierras más pródigas y pujantes del territorio colombiano durante la época prehispánica, con una gran diversidad de grupos étnicos, como los liles, gorriones, bugas, chancos, quimbayas, carrapas, ansermas y otros, quedó desolado por el impacto de la conquista española, ante todo por las guerras que sostuvieron para defender sus tierras, mujeres e hijos contra la esclavitud europea, el maltrato que padecieron en las haciendas, en el transporte de las mercancías y en la construcción de ciudades y caminos; finalmente, por

el efecto de las enfermedades que trajeron los peninsulares, nuevas para los indígenas americanos, como la gripe, viruela, sarampión, tifus, fiebre amarilla y otras, que acabaron de reducir la población nativa pues estas enfermedades nunca se conocieron en el Nuevo Mundo (Silva, 2004:33).

En 1546 se desató una horrible pestilencia –posiblemente gripe viral- que acabó casi con la tercera parte de la población indígena, afectándoles la cabeza y los oídos, produciéndoles tan elevadas temperaturas que “en dos o tres días pasaban sin remedio de esta vida los apestados” (Cieza de León, 1922: 77). Los indígenas interpretaron este mal como una señal para sublevarse contra todo lo que estuviera relacionado con los europeos: sus costumbres –religión, lengua, hábitos-, animales –cerdos, gallinas, vacas, caballos, asnos- y capataces que eran sostenidos con el trabajo nativo.

Además de la usurpación de sus tierras, fueron obligados a pagar tributos, a ceder sus mujeres para el servicio doméstico de las matronas españolas, y los hombres se convirtieron en peones de las encomiendas, minas y haciendas que se enriquecieron con la sangre y sudor de los nativos. Para completar este cuadro de desolación, los cronistas europeos escribieron su propia versión sobre los indígenas, considerándolos “bárbaros caníbales que hacían su vientre sepultura”, pues supuestamente se comían unos a otros y vivían en estado de guerra permanente, por lo cual supuestamente se extinguieron. Esta versión fue aceptada y difundida por historiadores como Hermann Trimborn (1949, reeditado en 2005) en su texto “Señorío y barbarie en el valle del Cauca”, en donde la versión hispánica y europea de la conquista y colonización de América “pretendió mostrar la victoria de la civilización cristiana encarnada en España sobre las sociedades bárbaras indígenas de América; se reverenció la idea de la “Madre Patria” que trajo la civilización, el idioma y la religión”, como bien lo anotara Jaime H. Borja en la introducción a la reedición del texto de Trimborn (2005:17). Esta idea de “guerra total de todos contra todos” o guerra endémica en el valle del Cauca ha sido aceptada sin mayores críticas por otros autores que han teorizado sobre el surgimiento de los cacicazgos (Carneiro, 1991:176). También por algunos historiadores oficiales del Valle del Cauca (Raffo, 1956:12) quienes llegaron a considerar a los indígenas de atrasados que no sabían cultivar, y carecían del “contrapeso del trabajo y de la inteligencia”.

Sin embargo, el mismo cronista Pedro de Cieza de León (1922:82) escribía patéticamente en 1553 que fueron precisamente las guerras contra los españoles por defender sus tierras, los maltratos en las construcciones y la hambruna como consecuencia de la guerra las principales causas de su extinción:

“Todo este valle, desde la ciudad de Cali hasta estas estrechuras, fue primero muy poblado de muy grandes y hermosos pueblos, las casas juntas y muy grandes. Estas poblaciones y indios se han perdido y gastado con tiempo y con guerra; porque como entró en ellos el capitán Sebastián de Belalcázar, que fue el primer capitán que los descubrió y conquistó, aguardaron siempre de guerra, peleando muchas veces con los españoles por defender su tierra y ellos no ser sujetos; con las cuales guerras, y por el hambre que pasaron, que fue mucha, por dejar de sembrar, se murieron todos los más. También hubo otra ocasión para que se consumiesen tan presto, y fue que el capitán Belalcázar pobló y fundó en estos llanos y en mitad destes pueblos la ciudad de Cali, que después se tornó a reedificar a donde agora está. Los indios naturales estaban tan porfiados en no querer tener amistad con los españoles, teniendo por pesado su mando, que no quisieron sembrar ni cultivar las tierras, y se pasó por esta causa mucha necesidad, y se murieron tantos que afirman que falta la mayor parte dellos”.

Por otro lado, los estudios arqueológicos demuestran que no existen evidencias osteológicas de “barbarie, canibalismo y estado de guerra permanente”, y que, al contrario, las comunidades indígenas fueron muy organizadas en el aprovechamiento de los recursos naturales y en la regulación del crecimiento demográfico con el fin de no agotarlos (Rodríguez, 2005). Que poseían admirables conocimientos de ingeniería hidráulica a juzgar por los jarillones, canales y terrazas que construyeron (Cardale ed., 2005). Que elaboraron exuberantes piezas cerámicas –alcarrazas, máscaras, figuras antropomorfas, cuencos, platos y otros- y orfebres (máscaras, narigueras, orejeras, pectorales, torsales) de tal calidad que hoy día son objeto de admiración a nivel mundial (Archila, 1996; Blanco *et al.*, 1998; Rodríguez C. A., 2002). Que sus entierros reflejan una cosmovisión muy compleja donde las tumbas parecen verdaderas casas, elaboradas igualmente con un impresionante estilo arquitectónico (Rodríguez, 2005). De “bárbaros caníbales” en la visión europea medieval, hoy día se les considera “sabios ecólogos” que dejaron para la posteridad actitudes preservadoras del medio ambiente, contrarias a las depredadoras que nos heredaron los peninsulares. Este constituye el mejor legado de la historia prehispánica, cuya memoria hay que rescatar para contribuir con la construcción de identidad cultural, más aún cuando somos portadores en casi un 80% de grupos mitocondriales indígenas –porque las mujeres nativas fueron indispensables para la supervivencia de los hispánicos por la comida y el

calor humano-, por lo que nuestros orígenes combinan las raíces de la Madre América y el Padre España y África.

Gracias al mundo americano el Viejo Mundo se deleita de la papa, maíz, tomate, pimentón, ají, tabaco, yuca, quinoa, plantas medicinales, frutales, algodón, y del oxígeno de los bosques nativos que fueron preservados durante milenios hasta la colonización europea; además de una gran sabiduría ecológica y de profundos conocimientos astronómicos. De los hispánicos heredamos las gallinas, el ganado vacuno, porcino, caprino, la lengua castellana y la cultura hispánica y el afán por el oro que contienen las “guacas de indios”. De los africanos, si bien su participación genética es muy pequeña, heredamos sus cadenciosos ritmos, el plátano para los sancochos y la alegría festiva de casi todos nuestros carnavales.

1.3. La formación de las grandes haciendas en los siglos XVII-XVIII

En el Valle del Cauca la mayor parte de la población indígena se concentró en la banda occidental del río Cauca, que constituye la parte más estrecha y menos fértil, y en los valles encajonados de la cordillera Occidental, que abasteció la ciudad de Cali de productos agrícolas y pescado hasta que su mano de obra escaseó a finales del siglo XVII. Por su parte, la banda derecha fue ocupada lentamente por los terratenientes que monopolizaron las tierras y requerían del traslado de la mano de obra indígena del otro lado (Colmenares, 1983: 26). Los sobrevivientes fueron congregados en Pueblos de Indios, por lo general en sus propias tierras o cerca de ellas, siendo obligados a cultivar en las haciendas, a trabajar en los trapiches paneleros, y a participar en la construcción de caminos y en el transporte, en condiciones inhumanas, acelerando su decrecimiento poblacional. Inclusive eran obligados a vender sus reses a los pueblos españoles cuando éstas escaseaban, agudizando la precariedad de los productos alimenticios de las comunidades nativas. Alegando la ausencia de indígenas, los primeros encomenderos reclamaron las “propiedades vacas” (Díaz, 1983:30).

A partir del siglo XVIII con la apertura de la frontera minera del Chocó se inició el proceso de conformación de verdaderas haciendas, cuyas tierras habían sido arrebatadas a los indígenas. Entre ellas las haciendas y trapiches de Llanogrande, El Alisal, El Chontaduro, El Hatico, La Herradura, El Bolo y Aguaclara, entre otras, enmarcadas dentro de la jurisdicción de la parroquia de Llanogrande. Vale la pena señalar que con el nombre de Llanogrande se conocían las tierras de la banda derecha del río Cauca, tanto las de la jurisdicción de Cali como las de Buga, ubica-

das entre el río Amaime al norte y El Bolo al sur y por el occidente con el río Cauca, cuyo primer título perteneció a Gregorio de Astigarreta y Avendaño en 1611, hijo del conquistador del mismo nombre (Raffo, 1956:33). La hacienda Malagana se ubicaba desde el zanjón El Cabuyal hasta el río Bolo (Díaz, 1983:191).

La principal característica de estas tierras es su gran fertilidad, adecuadas para la agricultura intensiva, además que están irrigadas por abundantes aguas de ríos y quebradas (Amaime, Nima, Agua Clara, Bolo, Frayle, Guachal) que descienden de la cordillera Central y que alimentan lagunas, lagos y ricos acuíferos subsuperficiales (Negra, Las Colonias, Seca, Miraflor, La Florida, los Nevados, Santa Rita, Pato); igualmente reciben la influencia fertilizadora del río Cauca durante su desplazamiento por el valle de inundación, con sistemas de humedales y madre viejas (Guayuyá, Santa Inés, Los Córdoba, El Berraco, Platanales, Timbique, Tortugas, Higuercito) (Municipio de Palmira, 2002). La llanura de inundación del río Bolo se diferencia de los demás ríos por el hecho de que su curso es más lento y sinuoso, alimentado por pequeños afluentes, por lo que inunda la región entre Candelaria y Palmira durante la época de invierno, fertilizando sus suelos.

Fruto de la organización económica, social y política en 1773 Llanogrande surge como un territorio desligado de Buga y Cali, para luego tomar el nombre de Palmira en 1813, otorgado por Don Pedro Simón Cárdenas, en honor de la parroquia de Nuestra Señora del Rosario del Palmar, alrededor de la cual se organizó el asentamiento. El componente indígena ya no hacía parte de la población de esta época, debido a su paulatino exterminio, en principio ejercido por los españoles y más tarde por los manejos políticos en función de la industrialización procedente de la clase dirigente (Díaz, 1987: 6).

Con la muerte de Doña Margarita Rengifo de Cobo el 30 de octubre de 1783 se estableció, según el testamento de la mencionada matrona, un territorio para los esclavos que le habían sido fieles, alrededor del río Bolo a un lado de la carretera entre Palmira y Candelaria, que se denominó Bolo San Isidro, cuyas tierras estaban cubiertas en los años 50 del siglo XX de cafetales, cacaotales, platanares, arrozales, hortalizas y pastos (Raffo, 1956:35).

La fundación de Palmira estuvo sin lugar a dudas ligada al desarrollo a lo largo de los siglos XVI a XVIII de las haciendas que eran "unidades productivas casi autosuficientes que producían excedentes destinados al mercado, lo que generó los recursos y la mano de obra necesarios tanto para las construcciones que les eran indispensables como para su vivienda principal" (Barney, Ramírez, 1994: 27).

En el siglo XIX las haciendas se constituyeron en centros económicos "que integraban a una población adscrita permanentemente a ellas (administradores, esclavos y colonos), así como un sector fluctuante que se encontraba en períodos de cosecha y un buen número de labriegos ubicados en predios aledaños, con los que se mantenía una relación de mercadeo al por menor y, eventualmente de contrato laboral" (Díaz, 1987: 6).

Jorge Isaacs (1993:26) describía en 1867 en su obra maestra *María* el paisaje vallecaucano que observaba desde la hacienda El Paraíso, como un conjunto de llanuras interrumpidas por bosques de robles, donde se podían cazar tigres; ríos torrentosos difíciles de vadear y las cordilleras cubiertas de nieblas:

“Las verdes pampas y selvas del valle se veían como al través de un vidrio azulado, y en medio de ellas algunas cabañas blancas, humaredas de los montes recién quemados elevándose en espiral, y alguna vez las revueltas de un río. La cordillera de Occidente, con sus pliegos y senos, semejava mantos del terciopelo azul oscuro suspendidos de sus centros por manos de genios velados por las nieblas. “

La diversidad de climas y paisajes, desde ambientes muy fríos en el Páramo de Las Hermosas, hasta cálidas tierras en la terraza del casco urbano de la ciudad y la llanura de inundación del río Cauca, albergó una variada y exótica flora y fauna que sirvió de recurso alimenticio y fuente de imaginación a las comunidades prehispánicas, cuyas huellas se aprecian en yacimientos arqueológicos como El Bolo (Malagana), La Fortuna, CIAT, Corpoica, Palmaseca, Estadio del Deportivo Cali, El Llanito, El Tulipán, La Acequia, Guaguyá, Cantarrana, Santa Bárbara, Coronado, Zamorano, El Sembrador, La Buitrera. Hoy día el municipio de Palmira posee la mayor cantidad de sitios arqueológicos, no solamente en el Valle del Cauca, sino también en toda Colombia; muchos de ellos saqueados por manos inescrupulosas que han arrebatado a la comunidad local y al país la oportunidad de conocer la verdadera historia de sus antepasados.

1.4. La recuperación de la memoria histórica y ambiental de Palmira

Este recurso natural, cultural e histórico posee un enorme potencial ecoturístico que está siendo aprovechado, entre otros, por la Reserva Ecológica Nirvana en la Buitrera, y que se pretende fortalecer mediante el desarrollo de un “Ecoparque Científico y Tecnológico Llanogrande” que atravesará los terrenos del CIAT,

Corpoica y Universidad Nacional, derrotero planteado por la Fundación Ecoparque Llanogrande, con el fin de promover sus valores naturales, humanos, culturales, artísticos, científicos, tecnológicos, industriales, históricos y sociales¹. Estos valores naturales se pueden potenciar articulándolos con los culturales, pues en sus terrenos se ubican caminos, aterrazamientos, cementerios y otras construcciones prehispánicas, además de actitudes preservadoras del medio ambiente por parte de las poblaciones antiguas, con las que se puede educar a los visitantes contemporáneos.

Infortunadamente, el Municipio de Palmira es el más afectado en Colombia por la intensa guaquería que destruyó un sitio arqueológico de tal magnitud como El Bolo. También representa un extenso territorio donde el conflicto por el uso y manejo indebidos del suelo en agricultura y ganadería intensivas constituye el principal problema ecológico, conjuntamente con la contaminación de las aguas, la erosión severa en la zona de piedemonte por la tala de los bosques, especialmente en las cuencas de los ríos Nima y Amaime, de donde el Municipio se beneficia de la generación de energía, aguas para todos los usos, suelos, clima, recreación, entre otros servicios.

Por su parte, el inventario, evaluación de su estado actual y el análisis formal de los yacimientos arqueológicos presentes en la zona con atractivo turístico, posibilita el establecimiento de mecanismos de protección mediante un plan de manejo para incluir en el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) del municipio de Palmira; también para tratar de entender las causas del desarrollo socioeconómico de las poblaciones prehispánicas de esta región y sus relaciones con las de las cordilleras Central y Occidental.

La recuperación y preservación de los valores paisajísticos, histórico-culturales del Municipio de Palmira para el desarrollo sostenible de su comunidad, la concientización y capacitación de sus habitantes en programas de apropiación de su patrimonio, y el incentivo del ecoturismo, representan uno de los principales programas de vida de Palmira de cara a asegurarse un mejor futuro para las generaciones venideras.

Las instituciones regionales que tienen como objetivo la investigación y preservación del patrimonio natural y cultural como el INCIVA, la Universidad del Valle y entidades nacionales como la Universidad Nacional de Colombia, el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) y la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN) del Banco de la República que poseen amplia experiencia en estas actividades, han aunado esfuerzos para acometer esta meta común.

¹ La Fundación Ecoparque Llanogrande, el Museo Arqueológico Palmira y la Reserva Natural Nirvana son ejemplo de la preocupación de la ciudadanía por sus recursos naturales y culturales.

El presente texto tiene como objetivo presentar una visión global del desarrollo de las sociedades prehispánicas del municipio de Palmira, en el tiempo y el espacio, con el fin de reconstruir su historia a partir de tiestos, piezas de orfebrería, huesos, tumbas, paisajes modificados y otras huellas materiales del registro bioarqueológico, para tratar de entender el verdadero sentido del uso del territorio ancestral palmirano, desde el referente cosmogónico de la realidad indígena, y no desde la óptica de los conquistadores hispánicos que deformaron la historia a su manera para justificar el etnocidio. El capítulo No. 5 es el más amplio pues corresponde a la presentación de los resultados estadísticos del cementerio de Coronado, que constituye el yacimiento más grande excavado sistemáticamente en el Valle del Cauca, apropiado para este tipo de análisis. La metodología general se basa en los conceptos y prácticas de la ecología humana (Morán, 1993), que trata de analizar las relaciones entre los humanos y su medio ambiente biofísico, social, político y económico (Capítulos 1, 8), elaborando modelos ecológicos que den cuenta de esas relaciones, caracterizando los paisajes desde el punto de vista fisiográfico y su manejo en el tiempo y el espacio (Capítulo 2), la organización social y las respuestas adaptativas desarrolladas por sus pobladores (Capítulos 3, 4, 5, 6), y su incidencia sobre las condiciones de vida (Capítulo 7).

La metodología aplicada es transdisciplinar, incluyendo análisis fisiográficos (Pedro Botero), socioculturales (Sonia Blanco, Alexander Clavijo, Gustaval Cabal, Carlos A. Rodríguez) y bioantropológicos (José V. Rodríguez). Con el presente texto queremos que la comunidad palmirana entienda y valore la otra realidad indígena, la que hizo posible el desarrollo económico de conquistadores, encomenderos, hacendados, industriales, peones, esclavos africanos y mestizos contemporáneos.

mapa inserto

Capítulo 2

Paisajes y territorio ancestral de Palmira

PEDRO BOTERO ZULUAGA, *Fundación Terrapreta, GIAB*

JOSÉ V. RODRÍGUEZ C., *Universidad Nacional de Colombia, GIAB*

CARLOS A. RODRÍGUEZ, *Universidad del Valle, Grupo de Arqueodiversidad*

El municipio de Palmira tiene un perímetro de 1.162 km², entre el río Amaime al norte, el río Bolo por el sur y oeste, el río Cauca por el occidente, y las cuchillas de la cordillera Central en los límites con el Tolima, por el este. El territorio ancestral del municipio de Palmira combina llanos en un 43,5%, piedemonte en un 7,3% y montaña en un 39,2%. La topografía es muy variada, con terrenos altos como la Cuchilla La Florida a 4200 msnm y áreas bajas en la llanura aluvial del río Cauca, sobre los 990 msnm, lo que brinda un enorme potencial en biodiversidad, con tierras ubicadas en distintos pisos térmicos. Una gran cantidad de drenajes hacen parte de las principales características ambientales, los que se concentran en las cuencas de los ríos Amaime y Nima, favoreciendo la subsistencia de una gran diversidad de especies de flora y fauna (POT, Palmira, 2000). En época prehispánica estuvo cubierta de cañaduzales y bosques, huertas de maizales, yucales y de palmas de pijibay, transformándose con la llegada de los peninsulares hasta convertirse en un enorme llano cubierto de caña de azúcar, ciudades, carreteras e industrias agrícolas, siendo una de las más prósperas de Colombia.

2.1. El valle medio del río Cauca

El valle medio del río Cauca contiene una planicie aluvial ubicada entre las cordilleras Central y Occidental, con alturas entre 800 y 1000 msnm, con una longitud de sur a norte de 200 Km. entre Santander de Quilichao y Cartago; con una amplitud promedia de 10 a 20 km. Esta región es una depresión geotectónica rellena durante millones de años por la depositación de sedimentos fluviales y lacustres de agua dulce, formados cada vez que los materiales efusivos procedentes de los conos volcánicos del complejo Ruiz-Tolima taponaban al norte de Cartago la salida de las aguas del río Cauca hacia el Atlántico.

La planicie del valle del Cauca está formada por varias unidades que presentan orígenes, formas de sedimentación y procesos actuales distintos. En el área de estu-

dio pueden presentarse diversos paisajes que a su vez condicionaron o favorecieron diferentes tipos de uso de los suelos.

2.2. Grandes unidades geo-pedológicas

2.2.1. Planicie de piedemonte de la cordillera Central

Formada por la coalescencia de muchos abanicos aluviales y coluviales, se presenta como un plano inclinado, con su parte más alta hacia la cordillera y su pie en contacto con la llanura de desborde del río Cauca. Los sedimentos de esta planicie son principalmente finos y heterogéneos en cuanto a sus materiales de origen. Dentro del gran paisaje de piedemonte se pueden diferenciar los siguientes paisajes (IGAC, 1988, 1989).

- a. Llanuras de inundación actual de los ríos que descienden de la cordillera Central. Por sus características de áreas inundables presentan algún riesgo para la población asentada en los cauces mayores, por lo que no se usan intensivamente sino esporádicamente (extracción de arena y grava, habitaciones temporales, caza y pesca ocasional, extracción de madera y algunos cultivos).
- b. Terrazas recientes en el piedemonte. Suelos jóvenes y fértiles, sujetos a la posibilidad de inundación muy ocasionalmente durante las crecientes mayores. Son áreas donde se ubican generalmente pequeñas fincas de uso mixto y explotación semi intensiva, con algunas áreas suburbanas. Muy apropiadas para frutales como cacao, guanábana, mango, cítricos y la cría de aves de corral.
- c. Terrazas subrecientes en el piedemonte. Son las más extensas y al ser un poco más altas que las anteriores no se inundan. Aquí se ubica principalmente la gran explotación cañera, las grandes haciendas, pueblos y ciudades. Los suelos son más arcillosos y un poco menos fértiles que los anteriores, pero son muy favorables para la utilización intensiva con tecnologías modernas. Muchos de ellos presentan problemas de salinización y compactación.
- d. Terrazas antiguas de piedemonte. Se localizan pocos suelos (Palmaseca, Tuluá, Río Frío) de estas unidades en algunos sectores del piedemonte. Presentan horizontes endurecidos que los hacen poco aptos para el uso agrícola y están siendo sometidos a procesos erosivos. Algunas áreas urbanas y suburbanas, así como obras de infraestructura (aeropuerto, estadio), se ubican en estos terrenos por ser más altos y estables. El resto del área se dedica a ganadería extensiva, algunos cultivos y pequeños bosques.

Las últimas estribaciones de la Cordillera Central, hacia el Valle del Cauca, se caracterizan en el área del Municipio de Palmira, por presentar un pequeño valle transversal (en sentido norte – sur), ubicado entre los 1200 y 1500 msnm, entre Cantaclaro, Aguaclara, La Buitrera y Nirvana, cuyas características principales se refieren a un clima suave, transicional entre cálido y medio, relativamente húmedo, surcado por gran cantidad de aguas que bajan de las montañas y las colinas vecinas. Sus suelos se derivan de depósitos fluviovolcánicos y coluviales, cuyo relieve y características generales son similares en varios aspectos a los del Valle del Dorado en la región Calima. En los filos de las montañas se aprecian huellas de antiguos caminos y terrazas o plataformas, que conducen al valle (particularmente uno que desciende de la Reserva Nirvana y se enfila en línea recta hacia Malagana, en el río Bolo (Fig. 1).

Dada la riqueza de minerales, flora y fauna exóticas que posee la cordillera Central, muy posiblemente esta región proveía de sal, oro, cuarzo; materias primas para la elaboración de instrumentos líticos, sustancias alucinógenas, y de una gran variedad de aves y otros animales de monte que buscaban refugio en los páramos (Las Hermosas). Las evidencias se manifiestan en la red de caminos, en los aterrazamientos antiguos que se preservan en La Buitrera y en las centenares de tumbas que se aprecian en Aguaclara al borde de la loma Cantaclaro, que demuestran la existencia de una gran población relacionada con el piedemonte y las estribaciones occidentales de la cordillera Central.

2.2.2. Llanura de desborde del río Cauca

Este gran paisaje está conformado por las áreas donde el río Cauca está sedimentando actualmente durante sus salidas del cauce menor. La existencia de una pendiente mínima favorece la formación de meandros, madre viejas y sinuosidades, fácilmente inundables en época de invierno. La llanura aluvial alterna posiciones de dique natural y napa cerca de los cauces, a basines y pantanos lejos de ellos, durante los desbordes y retiradas de las aguas.

2.2.3. Planicie de piedemonte de la cordillera Occidental

Se forma por pequeños abanicos aluviales y coluviales coalescentes provenientes de esta cordillera. Los sedimentos y los abanicos provenientes de la cordillera Central son más abundantes y de mayor tamaño, por cuanto es más grande y alta que la Occidental -sin tener en cuenta probables basculamientos o movimientos tectónicos de elevación o subsidencia-, por lo cual el río Cauca ha sido empujado hacia el occidente, encontrándose actualmente cerca de la cordillera Occidental.

2.3. La vegetación

En cuanto a la vegetación nativa se puede decir que los bosques originales de la región se perdieron todos por la tala total a que fueron sometidos desde el arribo de los europeos y posteriormente durante la colonización. Solo encontramos bosques secundarios en algunas áreas de cauces y otros en vías de recuperación y enriquecimiento, como la acción de los propietarios de la Reserva Natural Nirvana, especialmente con siembras muy importantes de árboles Comino crespo.

Sobre las especies de fauna nativa se puede decir que desaparecieron con los bosques locales. Se encuentran pocas especies de aves y mamíferos; probablemente quedan especies en grave peligro de extinción en las laderas de la cordillera. Para su conservación se propone la creación de corredores biológicos por toda el área plana, especialmente con bosques recuperados en las llanuras aluviales actuales del Cauca y sus tributarios orientales y occidentales.

En los bosques cercanos a los cauces se conservan algunas especies de vegetación nativa, de carácter secundario, en donde predominan la guadua (*Guadua angustifolia*), el samán (*Samanea saman*), guamo (*Inga spp.*), gualanday (*Jacaranda caucana*). El bosque subxerofítico lo componen hierbas como el escobo (*Sida rhombifolia*), pajarito (*Crotalaria spp.*), dormidera (*Minosa pudica*) y cordoncillo (*Piper anisobum*) entre otros (IGAC, 1988). El sector que ocupa hoy día el ingenio “Manuelita” estuvo cubierto por selvas vírgenes pobladas de monos. En la cuenca del río Bolo abundaban los burilicos, chambimbos, espinos, higuerones, palobobos, totorales y cachimbos; en la cuenca del río Sonso los higuerones, ceibas, guadales, guayabales, mestizos, yarumos, chambimbos, chiminagos, guamos, chagualos². Con la construcción del Ferrocarril del Pacífico (1915-1925) y el ensanchamiento de los ingenios, se talaron estos bosques, particularmente el comino crespo en la cordillera Central. Con el tiempo, el uso intensivo de la tierra para el monocultivo de la caña de azúcar, la mecanización excesiva y los tratamientos aplicados al suelo, han generado deterioro de los suelos, salinidad, compactación, empobrecimiento de su contenido orgánico, y, ante todo, empobrecimiento de la biodiversidad, representada hoy en la escasa flora y fauna nativa, lo que demuestra el total rompimiento del equilibrio antrópico-biológico-ecológico inicial. Por esta razón se hace importante el proyecto de corredor biológico, que una la cordillera Central con la Occidental, pasando por la gran planicie aluvial, con el fin de iniciar un proceso de recuperación de la biodiversidad.

² V. M. Patiño. *Recursos naturales y plantas útiles en Colombia. Aspectos históricos*. Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, pp. 58-62.

2.4. Los suelos

Los suelos se han formado por pedogénesis de sedimentos transportados en diferentes formas, bien sea de origen fluvial o lacustre, y eólico a partir de los volcanes que desde las cordilleras depositaban cenizas volcánicas. La cordillera Central está constituida principalmente por diabasas, filitas, cloritas, intrusiones aisladas de granitos, andesitas y gabros. La cordillera Occidental está formada por diabasas, formaciones metamórficas e intrusiones de calizas y gabros. La mayor parte del piso actual del valle geográfico está constituido por depósitos de sedimentos del Holoceno; el río Cauca lleva su cauce dentro del valle, recostado en su mayor parte contra la cordillera Occidental, como resultado de la mayor altura de la cordillera Central, la que ocasiona mayor longitud a los tributarios de la margen derecha del río con mayor carga; estos sedimentos dieron origen a la llanura aluvial de piedemonte de la cordillera Central.

Algunos sectores de las cuencas de los ríos Nima y Amaime y en las cuencas bajas de los ríos Toche, Cabuyal y la quebrada Teatinos presentan erosión severa y muy severa; otras áreas erosionadas se aprecian en los sectores de Potrerillo, Calucé, Ayacucho, El Mesón, Chontaduro y La Buitrera.

2.5. Los paisajes

En este gráfico (Fig. 2) se presenta de manera esquemática las relaciones directas e indirectas entre todos los elementos que conforman el paisaje, de tal manera que un cambio en las condiciones de funcionamiento de uno cualquiera de ellos, produce cambios de ajuste, en todos los demás. Por ello, cuando afectamos al suelo, a las aguas, a la biota, a la atmósfera o al relieve, estamos afectando al paisaje en su conjunto y no solo a uno de sus elementos.

2.5.1. Cuencas

La cuenca del río Amaime es la de mayor extensión en el municipio de Palmira; de sus 55.000 hectáreas 35.000 corresponden al municipio de Palmira. La cuenca posee 10.000 hectáreas en los páramos de Las Hermosas y Los Domínguez, con 20 lagunas en valles glaciares en los nacimientos de los ríos, representando la mayor riqueza hídrica del municipio. Infortunadamente los bosques han sido intervenidos para establecer ganadería extensiva, cultivos limpios y trazos viales, sobre laderas con altas pendientes generando fuertes procesos de erosión. En 1996 se conformó el Comité de Protección y Mejoramiento de la Cuenca Hidrográfica del río Amaime, integrado por representantes del municipio de Palmira, municipio de El Cerrito, CVC, AcuaValle y Empresas Municipales de Palmira.

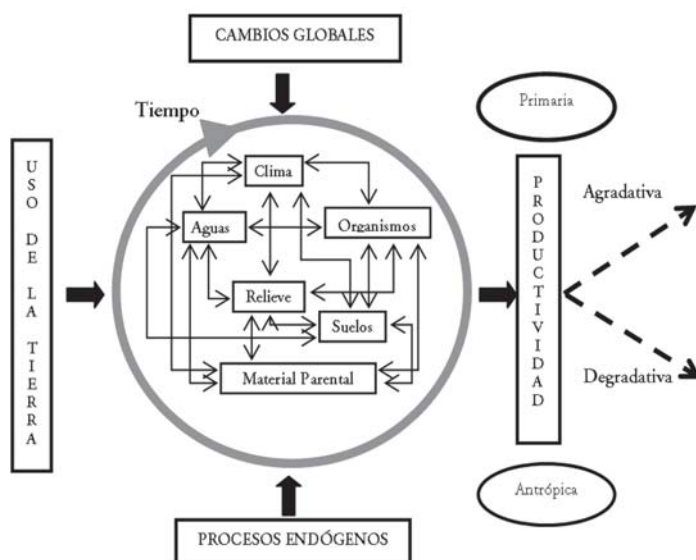


Figura 2. Esquema sobre los elementos que se deben analizar al estudiar el uso de la tierra en un paisaje (Botero, 2005).

La cuenca hidrográfica de los ríos Bolo, Agua Clara, Fraile y Desbaratado con 58.250 hectáreas, incluye también lagunas glaciares originarias del río Bolo, como la laguna Los Cristales. Algunas empresas agroindustriales, establecidas en estas cuencas, están contaminando las aguas con desperdicios orgánicos e inorgánicos.

2.6. El transecto del Corredor ecológico y tecnológico de Palmira

2.6.1. Geología

Los sedimentos de relleno del valle ocupan la zona plana, e incluyen principalmente abanicos aluviales antiguos y subrecientes muchos de ellos formando ahora terrazas como la de Palmira. En la llanura aluvial de piedemonte reciente en algunos casos se forman también terrazas. En estas unidades son abundantes los depósitos de cenizas volcánicas, unas veces mezcladas con sedimentos aluviales y en otras casi puras, tanto en las terrazas como en los flancos de la cordillera Central. En las colinas bajas que flanquean el área por el oriente, encontramos areniscas y lutitas de la Formación Vilela compuesta también por conglomerados y tobas arenosas del Plioceno. En la cordillera encontramos rocas del Cretácico y Jurásico, la Formación Amaime de lavas basálticas almohadilladas y el grupo Bolo Azul con metagabros y

diorita, gneis hornblendico y anfibolitas. En el Paleozoico encontramos al grupo Bugalagrande conformado por esquistos anfibólicos (Ingeominas, planchas geológicas a escala 1: 100.000 de Cali y Palmira, 1983, 1992).

Toda la zona se encuentra cruzada por grandes fallas en sentido general nortesur como la falla Palmira–Buga cercana a la ciudad de Palmira, la falla Guabas–Pradera por el pie de las colinas, la falla Potrerillos por la depresión de la Buitrera y el grupo de fallas del sistema Romeral al inicio del cuerpo de la cordillera. Todas estas fallas son activas relativamente y han colaborado en la conformación de las grandes unidades geomorfológicas presentes en el transecto (Fig. 3).

2.6.2. Geomorfología

Se puede dividir en dos grandes Subprovincias Fisiográficas:

I. Últimas estribaciones del flanco occidental de la cordillera Central

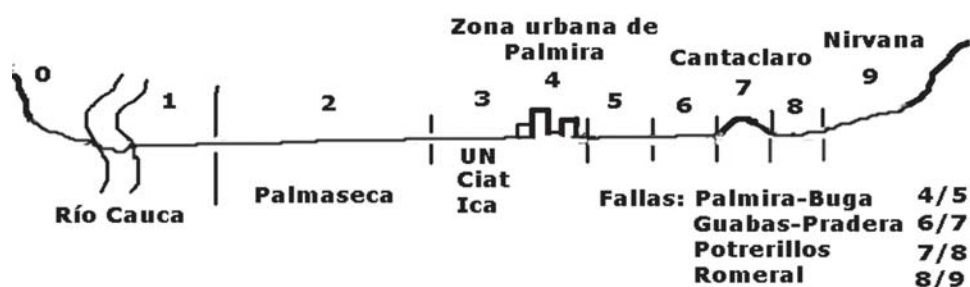
II. Planicie central del Valle del Cauca

Con los últimos vaivenes tectónicos en la formación de las cordilleras, durante el Pleistoceno y Holoceno, el equilibrio de fuerzas ha cambiado y con ello la ubicación del cauce del río Cauca. Unas veces ha corrido bien por el centro de la gran planicie de Llanogrande y, otras, como en la actualidad, se encuentra recostado contra la cordillera Occidental. En esta figura (Fig. No. 3) se observan las principales unidades geomorfológicas que conforman la región. Es de notar que el sistema de fallas de Romeral domina y define las grandes unidades de cordilleras y planicies.

La región de La Buitrera se formó por hundimientos y levantamientos a lo largo de fallas y plegamientos que respectivamente formaron la depresión y las colinas de suelos rojizos, en rocas sedimentarias sujetas a fuertes procesos erosivos y de grandes movimientos masivos, muy probablemente relacionados con terremotos.

En las Colinas sedimentarias son frecuentes los aterrazamientos por acción antrópica, aunque probablemente algunos ya fueran terrazas naturales, simplemente agrandadas y en otros casos fueron depósitos coluviales. Se presentan, además cimas truncadas para construir plataformas. Contra las colinas sedimentarias hay algunos coluvios y terrazas que son muy favorables para asentamientos prehispánicos; se continúan hacia el occidente con llanuras de inundación reciente como parte de abanicos aluviales de piedemonte de la cordillera Central. Algunas zonas son más altas, probablemente subrecientes y se pueden denominar terrazas, por ejemplo el sitio donde se encuentra el área urbana del Municipio de Pradera.

También encontramos colinas y montañas erosionales en rocas metamórficas, recostadas contra el cuerpo de la cordillera y colinas bajas estructural-erosionales en



0 Cordillera Occidental

1 Llanura aluvial de desborde del río Cauca (A)

2 Suelos antiguos en la terraza (T)

3 Suelos recientes y subrecientes en la Terraza (T)

4 Suelos Zona urbana de Palmira

5 Suelos recientes en la terraza (T)

6 Piedemonte reciente y subactual (P)

7 Colinas terciarias (C)

8 Depresión de La Buitrera (D)

9 Montañas de la cordillera Central (M)

Figura 3. Corte transversal oeste-este con las grandes unidades geomorfológicas y las fallas geológicas principales que las afectan.

rocas sedimentarias, con aparentes aterrazamientos antrópicos grandes. Entre estos dos juegos de unidades positivas en el relieve, aparece una depresión (probablemente de carácter tectónico) que llamamos "Región de la Buitrera". Esta depresión ha sido rellenada por sedimentos coluviales, aluviales y volcánicos en diferentes eventos. Dentro de la depresión se destacan dos áreas laterales: unas próximas a las colinas metamórficas, que reciben directamente los sedimentos arrastrados por los ríos desde el cuerpo de la cordillera y otras más alejadas de la cordillera, pero próximas a las colinas sedimentarias, que reciben sus productos de erosión, principalmente de tipo coluvial. En el centro de la depresión se presenta una zona más baja y por lo tanto más inundable y encharcable, que desde el punto de vista del uso de la tierra (fisiográfico) tiene condiciones especiales para su manejo; actualmente es objeto de cultivos de frutales (guanábana, mango) en predios de la hacienda La Ruiza.

En el piedemonte, con abanicos y conos aluviales de depositación reciente, se presenta un hundimiento parcial entre las fallas de Guabas –Pradera y Palmira–Buga, que ha favorecido la gran depositación aluvial en esta zona, impidiendo la formación o permanencia de sitios arqueológicos. Movimientos masivos del terreno de grandes proporciones fueron registrados en las estribaciones de la cordillera



Figura 4. Materiales sedimentarios detríticos mezclados con cenizas volcánicas que forman las colinas terciarias, y una tumba tardía de pozo y cámara. Sector Cantaclaro, Aguacalara.

Central, en las áreas de los ríos Nima, Aguacalara y Bolo y en la depresión de La Buitrera (Crist, 1952). Estos ríos también han afectado el área del piedemonte con aludes de materiales lodosos durante grandes crecientes ocasionadas por lluvias intensas en la cordillera o por terremotos que producen deslizamientos bloqueando los cauces en la parte alta, los cuales al romper la barrera inundan el plan en forma masiva con materiales diluviales (Fig. 3).

La terraza de Palmira un poco levantada con respecto al piedemonte, permitió una relativa estabilidad de los suelos, que se vieron libres de grandes inundaciones y por tanto fue muy propicia para asentamientos prehispánicos, coloniales y republicanos; sin embargo, por este mismo motivo se conservan capas de cenizas volcánicas relativamente puras en los horizontes subsuperficiales de algunos perfiles de suelos. Esta depositación masiva de cenizas pudo ocasionar el abandono de ciertas zonas y la conformación de hiatos en la columna estratigráfica arqueológica (Tabla 1).

Como ya se había mencionado, la actividad volcánica en el complejo Ruiz-Tolima taponó el drenaje del valle en varias ocasiones a la altura de Cartago, con grandes derrames fluviovolcánicos que bloquearon el drenaje del valle en esa estrecha garganta. Así se formó una gran área lacustre en las regiones más bajas y planas.

Este proceso fue repetido varias veces a lo largo de la historia geológica (IGAC, 1980). En sitios más pequeños, localizados indistintamente en la planicie también se presentaron condiciones pantanosas o lacustres, por bloqueamiento local de los drenajes, debido a cambios en los cursos de los ríos, incluyendo al Cauca, que en algunas ocasiones corrió tan al oriente como en las áreas hoy ocupadas por el poblado Bolo–San Isidro. Esto fue comprobado en los estudios sedimentológicos realizados en el sitio Bolo 1 y en los terrenos donde se encuentran actualmente el CIAT y Corpoica (Rodríguez, Stemper, 1994; Rodríguez, 1997).

La llanura de desborde del río Bolo forma un corredor alargado depresional en sentido oriente-occidente, que se junta en una gran depresión cerca del río Cauca, con otros ríos provenientes de la cordillera Central como el Párraga, Chontaduro y Fraile que forman el Guachal, en terrenos ya de la llanura aluvial de desborde del río Cauca.

Todas las características geomorfológicas y del clima (atmosférico y del suelo), condicionan los aspectos relativos a la pedogénesis, al uso de la tierra y por lo tanto, la presencia o ausencia de sitios arqueológicos.

2.6.3. Clima atmosférico

Según la clasificación de Holdridge, una parte del área corresponde al bosque seco tropical, con temperaturas promedio anual cercanas a 24° C y precipitaciones alrededor de 1000 mm anuales (áreas cercanas al río Cauca). En la mayoría del área se presenta el bosque seco premontano, con temperaturas un poco más bajas (18° a 24° C) y las precipitaciones similares a las anteriores. Aunque en Palmira se han presentado años extraordinariamente secos (722 mm en 1930) y años húmedos por encima de lo normal (1536 mm en 1933) (Crist, 1952).

Hacia la cordillera las temperaturas bajan aún más y las precipitaciones pueden ser mayores, entre 1000 y 2000 mm anuales. Esta zona no cuenta con estaciones meteorológicas locales.

2.6.4. Los suelos

2.6.4.1. Montañas de la Cordillera Central (M)

En el área de estudio se componen principalmente de laderas bajas de la vertiente occidental, desarrolladas principalmente a partir de rocas diabásicas y cenizas volcánicas en la superficie, formando abundantes coluvios con mezcla de ambos materiales. El clima es medio en temperatura y seco a subhúmedo por precipitación. El relieve es inclinado hasta escarpado, con pendientes muy variables desde 5

a 7 % hasta 25-50 % y más inclinadas. Se presenta erosión ligera y moderada, especialmente laminar, en cárcavas y movimientos masivos como deslizamientos y derrumbes, favorecidos por la tala del bosque para formar fincas de frutales, ganadería y de recreo. La principal medida de conservación aconsejada se refiere al cuidado que se debe tener al construir caminos, carreteras o explanaciones para construir casas y galpones. La reforestación es la medida ideal de recuperación recomendada especialmente en las áreas con pendientes superiores al 25% (IGAC, 1964, 1969).

Los colores de los suelos van desde el pardo grisáceo al rojo amarillento. Las texturas son generalmente finas (franco-arcillosas) con presencia de arenas, gravillas y fragmentos de roca. La fertilidad natural es muy variable, desde baja en los suelos rojizos más antiguos, hasta media en las áreas de coluvios con presencia mayor de cenizas volcánicas. Hacia la parte más alta de la cordillera (1500 a 2000 msnm) se presentan suelos derivados de rocas metamórficas, como esquistos, con frecuentes derrumbes, cárcavas y grandes movimientos masivos. Estos suelos son muy pedregosos y difíciles de trabajar por lo inestables. En esta zona se recomienda un especial tratamiento de recuperación del paisaje, con siembras masivas de vegetación nativa y controles especiales en las obras civiles, tal como se practica en la reserva natural Nirvana.

2.6.4.2. Suelos de la depresión de La Buitrera (D)

Esta zona forma un relieve plano-cóncavo con pendientes ligeras a moderadas. Los suelos se han desarrollado a partir de materiales transportados y sedimentados por coluviones, aluviones y por vía eólica (cenizas volcánicas). Se encuentran muchos materiales de origen diabásico como arcillas mezcladas con arenas y gravillas y algunas veces cantos rodados.

El clima de la zona es transicional del cálido moderado al medio y las precipitaciones son un poco mayores que en la planicie. Se encuentran frecuentes terrazas, muchas de ellas retrabajadas por la acción antrópica prehispánica. En algunas áreas se presentan procesos erosivos laminares y alta compactación de los suelos, causada principalmente por sobrepastoreo.

Los suelos se clasifican como Alfisoles, principalmente, también se encuentran Mollisoles y Andisoles en algunas áreas más pequeñas. Hay una mezcla de suelos viejos y maduros con otros jóvenes e incipientes (menos fértiles vs más fértiles). También son frecuentes los suelos antiguos sepultados por suelos jóvenes de color negro o gris oscuro derivados de cenizas volcánicas.

2.6.4.3. Suelos de las colinas estructurales-erosionales en rocas terciarias de la formación Vilela (C)

Los suelos de estas colinas presentan un color rojizo generalizado, profundo, que indica su alto grado de evolución pedogenética, causada por una edad bastante avanzada (las colinas son del Plioceno) y unas condiciones tropicales húmedas pre-valedientes durante miles de años, todo esto unido a un cierto grado de estabilidad, cuando la zona estaba cubierta por bosques, y un drenaje libre que permite el continuo lavado de los productos de meteorización de las rocas madres que dieron origen a estos suelos profundos y bien estructurados.

Las texturas dominantes subsuperficiales son arcillo-arenosas, con horizontes muy bien definidos. Se caracterizan por la baja fertilidad natural, alta acidez y escasa presencia de nutrientes en el suelo. Se diferencia muy claramente un horizonte antrópico a 40 cms de profundidad, que fue utilizado en épocas prehispánicas con un grado de utilización medianamente intensivo, que está en concordancia a nivel estratigráfico con el horizonte donde se inician las entradas de las múltiples tumbas de la tradición Sonsoide y Bolo–Quebrada Seca que se presentan en el área. (Fig. 4)

2.6.4.4. Suelos de los abanicos aluviales y coluvios del piedemonte (P). Gran abanico aluvial del río Nima

Los ríos Bolo, Nima, Aguaclara y Vilela formaron suelos de pH casi neutro a ligeramente ácido con contenidos de carbón orgánico bajo a medio, medios a altos en calcio y potasio; no son salinos ni sódicos, y, por consiguiente, sus suelos son excelentes para la agricultura. Se presentan franjas alargadas e irregulares de suelos arenosos. También se observan franjas alargadas de suelos arcillosos (Vertisoles en áreas más pequeñas). En general en este gran paisaje dominan los Mollisoles y los Vertisoles. Se encuentran suelos de texturas medianas a finas sobre sedimentos gruesos como cantos rodados y suelos franco–arenosos o franco–arcillosos sobre gravillosos o limosos. En general en esta zona hay pocos limitantes para la utilización intensiva de la tierra, incluyendo naturalmente la buena disponibilidad del agua por las corrientes abundantes y de buena calidad que bajan de la cordillera en estas áreas. El único limitante se refiere a la eventual posibilidad de un alud de lodos proveniente de la cordillera (IGAC, 1964, 1969, 1975, 1977).

2.6.4.5. Suelos de la terraza aluvial subreciente y antigua con aportes de cenizas volcánicas (T)

En este gran paisaje dominan los suelos de texturas moderadamente finas en el horizonte superficial y un poco más gruesas en los horizontes subsuperficiales. El

Tabla 1. Gran Paisaje Colinas terciarias carretera a La Buitrera

Profundidad cms	Granulometría		Textura Bouyucos	C.O. %	P. disponible p.p.m.	P. Total p.p.m.	pH 1:1	Complejo de Cambio Meg/100 g					Saturaciones %					Reacc NaF	
	% Arena	% Limos						% Arcilla	CCC	BT	Ca	Mg	K	Na	ST	SCa	SMg		SK
0-30	48	22	30	4.5	1.5	496	5.3	18.5	6.1	2.4	3.6	0.09	0.03	33.0	13.0	19.4	0.5	14.1	No
30-40	32	40	28	3.3	41.0	870	7.3	23.5	25.5	16.8	7.2	1.10	0.43		71.5	30.6	4.70		Ligera
40-70	50	8	42	1.3	0.5	186	4.6	16.5	1.0	0.6	0.2	0.02	0.02	6.1	3.6	1.2	0.12	75.0	Ligera
70- 40	50	14	36	0.2	0.5	150	5.2	15.5	8.0	4.6	3.4	0.01	0.07	51.6	29.7	22.0	0.06	4.8	Ligera
140- X	48	14	38	0.2	0.5	93	5.0	15.0	6.5	4.0	2.4	0.01	0.05	43.3	27.0	16.0	0.02	15.6	Ligera

Tabla 2. Palmira vía a Aguaclara. Gran Paisaje de Piedemonte

Profundidad cms	Granulometría		Textura Bouyucos	C.O. %	P. disponible p.p.m.	P. Total p.p.m.	pH 1:1	Complejo de Cambio Meg/100 g					Saturaciones %					Reacc NaF	
	% arena	% Limos						% Arcilla	CCC	BT	Ca	Mg	K	Na	ST	SCa	SMg		SK
0 - 30	38	32	30	2.8	13.5	950	6.7	32.0	33.4	20.8	12.0	0.25	0.36		65.0	37.5	0.78	No	No
170 - 200	36	24	40	3.0	12.0	422	6.9	37.5	40.0	25.2	14.0	0.38	0.43		67.2	37.3	1.01	No	No

relieve en general es plano, sin procesos de erosión aparentes, drenaje moderado a moderadamente rápido. En general la fertilidad de los suelos de la terraza es alta. Dominan los Mollisoles en la gran mayoría de la unidad. Rodeando la terraza se presentan suelos más arcillosos (Vertisoles) y en algunos casos hacia el río Nima suelos más arenosos.

En el área de Palmaseca se formaron suelos antiguos cementados y compactados, con problemas de carbonatos de calcio y sodio, además afectados por erosión laminar ligera a moderada. Los horizontes petrocálcicos indican suelos de avanzada evolución, con edades mayores que los demás de la región. En algunas otras regiones de la planicie central del Valle del Cauca (Ingenio San Carlos en Tuluá, Abanico de Río Frío), se presentan restos también de una superficie antigua (IGAC, 1988), posiblemente contemporánea o de edad muy próxima a la de la Formación Popayán, con presencia de Alfisoles con horizontes muy duros y cementados, como los que se encuentran en los alrededores del aeropuerto (veredas Palmaseca, La Herradura y Obando). Es importante anotar también que es en estos paisajes antiguos donde se han encontrado restos de megafauna en la zona plana del valle (mastodontes) aunque sin evidencias de asociación con pobladores humanos.

En la zona central de la terraza, cerca del casco urbano de Palmira, se presentan horizontes limosos subsuperficiales gruesos (40 cms) típicos de fuertes depositaciones de ceniza volcánica; frecuentemente sepultando suelos más viejos que se encuentran a profundidades de 1 m a 1,50 m y que pueden ser desde arenosos hasta arcillosos. Estas variaciones texturales en las secuencias de depositación, indican diferentes condiciones ambientales a lo largo del tiempo, desde vegas de ríos pequeños que atraviesan la terraza, hasta condiciones cenagosas y pantanosas en áreas arcillosas, con periodos en los cuales caen cenizas volcánicas sobre la región (IGAC, 1964, 1969, 1975).

2.6.4.6. Suelos de la llanura aluvial de desborde del Río Bolo (B)

Son abundantes los suelos generalmente finos franco-arcillo-arenosos. También los arenosos finos que producen en general suelos ricos de alta fertilidad (Mollisoles). Algunos suelos vérticos, que también son de alta fertilidad natural, sobre sedimentos medios y arenosos. Hacia la profundidad 4,5 a 5 metros se presentan suelos arcillosos pesados clasificados como Vertisoles que nos están indicando un cambio ambiental desde condiciones pantano-lacustres a condiciones de llanura aluvial de desborde. Algunas áreas son afectadas por encharcamientos y drenaje

Tabla 3. Universidad Nacional. Gran Paisaje terraza subcreciente y antigua

Profundidad cms	Granulometría		Textura	C.O. %	P disponible p.p.m.	pH 1:1	Complejo de Cambio Meg/100 g					Saturaciones %						
	% Arena	% Limos					% Arcilla	OCC	BT	Ca	Mg	K	Na	ST	SCa	SMg	SK	Sat. Al
310	56	36	8	Franco arenoso	0.03	39.0	8.8	11.0	13.1	9.6	3.2	0.05	0.22	87.2	29.1	0.45	Ligera	No
400	28	42	30	Franco arcilloso	0.3	33.0	8.4	20.3	22.9	14.4	8.0	0.13	0.41	70.9	39.4	0.64		No

Tabla 4. Coronado. Gran paisaje terraza subcreciente y antigua

Profundidad cms	Granulometría		Textura	C.O. %	P disponible p.p.m.	pH 1:1	Complejo de Cambio Meg/100 g					Saturaciones %						
	% arena	% Limos					% Arcilla	OCC	BT	Ca	Mg	K	Na	ST	SCa	SMg	SK	Reacc HCl
60	26	68	6	Franco limoso	0.2	24.5	7.8	5.0	6.9	2.6	3.0	0.23	1.10	52.0	60.0	4.6	No	No

lento. También son frecuentes los suelos con alta influencia antrópica prehispánica enterrados por los desbordes aluviales posteriores. En pocos casos encontramos suelos afectados por ligera salinidad.

En este gran paisaje se observan horizontes limosos que corresponden a cenizas volcánicas sepultadas por sedimentos del río Bolo o de zanjones y quebradas provenientes de la cordillera.

2.4.6.7. Suelos de la llanura aluvial de desborde del río Cauca (A)

En los diques y explayamientos se encuentran suelos de texturas franco-arenosas finas, franco-limosas y francas; en algunos cauces de los afluentes encontramos piedra, cascajo y gravilla, también en madrevejas y cauces abandonados. Son suelos de poco desarrollo pedogenético (jóvenes), con fertilidad natural limitada por frecuentes casos de niveles freáticos altos, carbonatos de calcio y sodio en el perfil.

En los basines se presentan suelos encharcados y algunas veces pantanosos, con mucho sodio, texturas francas a finas arcillosas y difíciles condiciones para la agricultura. Muchas de estas áreas se deberían conservar o restaurar a sus condiciones originales, para que sirvan de “puentes” en la función de corredores biológicos. Como el objetivo de este trabajo no es un reconocimiento geomorfo-pedológico, no se presentan separadas en el mapa, aunque sí se tomaron de las planchas topográficas del IGAC, usadas como mapa base, las indicaciones sobre áreas inundables o pantanosas, que forman la base natural para la recuperación o restauración de ecosistemas estratégicos para la vida silvestre en el transecto La Buitrera–CIAT (Fig. 1).

Con relación a la evaluación de los suelos y paisajes actuales adelantada por el equipo se puede concluir lo siguiente:

La mayor pérdida ocurrida hasta ahora, es la referente a la biodiversidad, la cual se ha empobrecido hasta extremos de extinción (dentro de la región y para ciertas especies animales o vegetales). Las aguas conservan todavía condiciones aceptables, dentro de rangos internacionales para riego y consumo, lo que indica que su degradación no es química. Es necesario tener en cuenta principalmente las cabeceras de las cuencas, que están siendo taladas aceleradamente y algunas veces contaminadas. Allí la reforestación o restauración de la vegetación y los suelos es urgente, porque la reducción de los caudales en épocas de sequía unida a la salinización y a la contaminación de los suelos y las aguas, podría llegar a ser un grave problema para muchas áreas agrícolas y urbanas.

La erosión de suelos y los movimientos masivos, están afectando principalmente a los grandes paisajes de colinas (C) y de montañas (M). También en el área

Tabla 5. Cañaduzal Bolo Italia - Zumbaculo. Gran paisaje lanura de inundación Río Bolo

Profundidad cms	Granulometría			Textura Bouyoucos	C.O. %	P. dis-ponible p.p.m.	P. Total p.p.m.	pH 1:1	Complejo de Cambio Meg/100 g						Saturaciones %					Reacc NaF
	% Arena	% Limos	% Arcilla						CCC	BT	Ca	Mg	K	Na	ST	SCa	SMg	SK	Reacc HCl	
0 - 30	28	28	44	Arcilloso	2.3	8.8	157	7.7	28.5	37.1	20.0	16.4	0.15	0.51		70.1	57.5	0.53	No	No
50 - 60	26	32	42	Arcilloso	1.5	7.4	157	8.4	27.5	36.0	19.2	16.0	0.08	0.65		69.8	58.2	0.29	Ligera	Ligera
80 - 90	36	36	28	Franco Arcilloso	1.3	8.8	676	8.6	22.5	31.0	14.8	15.6	0.08	0.52		65.8	69.3	0.35	Ligera	Ligera
100 - 110	28	46	26	Franco	0.5	19.1	924	8.5	17.0	21.6	10.0	11.2	0.04	0.40		46.3	65.9	0.23	Ligera	Ligera

Tabla 6. Hacienda Malagana Caño Chambique. Llanura de inundación Río Bolo

Profundidad cms	Granulometría			Textura Bouyoucos	C.O. %	P. dis-ponible p.p.m.	P. Total p.p.m.	pH 1:1	Complejo de Cambio Meg/100 g						Saturaciones %					Reacc NaF
	% Arena	% Limos	% Arcilla						CCC	BT	Ca	Mg	K	Na	ST	SCa	SMg	SK	Reacc HCl	
200	32	56	12	Franco limoso	0.10	43.0	924	8.8	9.5	13.8	8.0	5.6	0.02	0.22		84.2	59.0	0.21	Modera	NO

apical del abanico aluvial del río Nima se observan procesos de erosión acelerada. En la gran mayoría de la planicie, se presenta la compactación de los horizontes subsuperficiales del suelo, desde ligera hasta moderada y fuerte. La salinización de algunas áreas también es un problema para muchos suelos del transecto. Las prácticas de recuperación de la productividad en estas condiciones son costosas, pero la tecnología actual puede ejecutarlas adecuadamente.

Se recomienda la conservación de los relictos de vegetación nativa que aún subsisten y la revegetalización con especies apropiadas en ciertas áreas propicias como los humedales actuales o antiguos, las rondas de los ríos y la complementación mediante un trabajo mancomunado con la red de reservas naturales de la sociedad civil para la creación del corredor biológico Cordillera – Planicie – Cordillera.

Capítulo 3

El desarrollo prehispánico del Valle del Cauca

JOSÉ V. RODRÍGUEZ, *Universidad Nacional de Colombia, GIAB*
CARLOS A. RODRÍGUEZ, *Universidad del Valle, Grupo de Arqueodiversidad*
SONIA BLANCO, *INCIVA, GIAB*

3.1. Período Precerámico

El poblamiento del territorio colombiano se inició desde el Pleniglacial a finales del Pleistoceno, hace más de 10.000 años, como se ha evidenciado en los Andes Orientales (Van der Hammen, Correal, 2001). El inicio del Holoceno hace cerca de 10.000 años condujo a cambios bruscos en el clima y la vegetación de los primeros pobladores del territorio colombiano, y a nuevas respuestas adaptativas. El incremento de la temperatura en varios grados (2-3°C) hacia 7.000 años a.C., especialmente entre 3.000 y 1.000 años a.C. condujo al aumento de las zonas boscosas de tipo andino por encima de los 2.000 msnm y de subandino entre 1.000-2.000 msnm, hasta 500 metros encima del actual nivel; después del I milenio a.C. las temperaturas descienden y el límite del bosque se ubica hacia el nivel actual (van der Hammen, 1992:73). En estas zonas de vida abundaban animales como el venado, conejo, curí, borugo, zarigüeya, armadillo, coatí, pecarí, ratones y otros; en los pastizales de las tierras bajas del valle del río Cauca pastaban mastodontes que aprovechaban también los humedales para obtener sales minerales del cieno. Estos animales debieron conformar parte de la dieta alimenticia de los cazadores, que también recolectaban plantas, y en algún momento conocieron la manera de reproducirlas para su utilización posterior.

Durante el seguimiento de los animales de caza que trashumaban en búsqueda de pastos frescos, los cazadores se asentaban temporalmente en pequeñas terrazas coluviales cercanas a ríos y quebradas, desde donde podían avistarlos, espacios que a su vez suministraban recursos como peces y moluscos. Para el aprovechamiento de las plantas y restos de animales empleaban artefactos líticos en material local, como lascas, yunques con martillos, y lo más particular, cantos rodados con bordes curvos y dos escotaduras para enmangar (azadas) (Fig. 6) (Gnecco, Salgado, 1989:38). Los sitios excavados hasta el momento en la cordillera Occidental corresponden a campamentos o posiblemente estaciones cercanas a ríos y quebradas de pobladores

que practicaban la cacería, y a juzgar por los restos de aguacate (*Persea americana*), marantáceas y frutos de palmas hallados, también la horticultura itinerante.

Según las fechas obtenidas en yacimientos arqueológicos de la región Calima como Sauzalito, El Recreo (Herrera *et al.*, 1988) y El Pital (Salgado, 1986), este período podría comprender entre el VIII al IV milenio a.C. En El Dorado también se han encontrado granos de maíz fechados en 4730 ± 230 a.C. señalando una presencia temprana de esta gramínea (Herrera *et al.*, 1988).

Durante las labores de construcción del aeropuerto internacional Palmaseca de Palmira se hallaron restos de mastodonte del género *Stegomastodon*, pero sin asociación arqueológica. Es probable hallar en esta antigua terraza yacimientos precerámicos asociados a megafauna a juzgar por los descubrimientos realizados en Yumbo, Toro y La Virginia (Rodríguez CA, 2002:30).

3.2. Período Ilama (Bolo Temprano)

Existe un vacío de información sobre las sociedades que se desarrollaron entre el III y principios del I milenio a.C. Hacia la segunda mitad del I milenio a.C. tanto en la región Calima de la cordillera Occidental, como en el valle del río Cauca se localizan yacimientos arqueológicos que manifiestan desarrollos paralelos e independientes, aunque debieron compartir conocimientos a juzgar por sus similitudes culturales. En la región Calima este período se ha denominado Ilama, y para el valle geográfico del río Cauca aún no se ha acuñado ningún nombre, aunque bien se podría llamar Bolo Temprano, dado que en esta zona (Malagana) se ubicó por primera vez un yacimiento con rasgos de este estilo. En la región Calima (Cardale *et al.*, 1992; Rodríguez, 2002) se hallan La Iberia, La Alsacia (Bray *et al.*, 1981), El Topacio (Cardale *et al.*, 1986, 1989), El Pital (Salgado, 1986), Agualinda (Bray *et al.*, 1983), Samaria (Rodríguez, Salgado, 1990). En el valle del río Cauca existen yacimientos relacionados estilísticamente en cuanto a la cerámica, como La Cristalina (El Cerrito) (Rodríguez *et al.*, 2005), Malagana (El Bolo) (Botiva, Forero, 1995; Rodríguez *et al.*, 1993; Herrera *et al.*, 1994; Cardale *et al.*, 1995, 1999, 2005); Archila, 1996; Bray *et al.*, 1998, 2005; Bray, 2000), Coronado (Blanco *et al.*, 1999; Herrera *et al.*, 1999), Santa Bárbara (Blanco *et al.*, 2000), Estadio Deportivo Cali (Blanco, Cabal, 2004), El Sembrador (Blanco *et al.*, 2005), en el municipio de Palmira, fechados entre el siglo IV a.C. y el V d.C. En la cordillera Central las exploraciones arqueológicas evidencian, hasta el momento, la ausencia de asentamientos tipo Ilama-Bolo Temprano y corresponden esencialmente a períodos tardíos.

Las poblaciones de este período aprovecharon los fértiles suelos de origen aluvial y volcánico de la cordillera Occidental y el valle de inundación del río Cauca, con espesos bosques (que proveían animales de caza), recursos de arroyos y ríos (peces, tortugas, crustáceos) alternando períodos húmedos con temporadas secas. Dentro de las plantas se ha encontrado maíz (variedad Chapalote/Nal Tel/Pollo), frijol común, achiote (*Bixa orellana*), calabaza o ahuyama (*Cucurbita* sp.), arruruz (*Maranta arundinacea* L.), cuesco (*Scheelea butyracea*). Dentro de los restos de fauna se mencionan zaino (*Tayassu* sp.), cusumbo (*Nasua nasua*), venado (*Odocoileus* sp), ratón, perro (*Canis* sp), peces, aves, reptiles, invertebrados (moluscos terrestres). Dentro de los restos vegetales destacan las palmas (*Attalea*, *Scheelea*), importante fuente de aceite; maíz y cucurbitáceas (Cardale *et al.*, 1995, 2005).

Desde el punto de vista social eran poblaciones estratificadas, y poseían una economía estable de agricultura y caza. Algunas construyeron canales y jarillones como en Calima y Malagana para el manejo de las aguas. Las viviendas en la cordillera Occidental se establecían sobre terrazas artificiales, mientras que en el valle debió ser de tipo palafito para evitar las inundaciones (Fig. 54). En la primera región la planta de las viviendas tenía forma rectangular, techo a dos aguas con cumbra arqueada y ligeramente elevada en la cornisa, elaborado de hojas de palmas; las puertas ubicadas en los lados menores (Salgado *et al.*, 1993:94).

La cerámica es muy fina, de paredes delgadas, combinando los colores rojo sobre crema con pintura negra, con decoración incisa, entre ellas vasijas de doble vertedera y asa puente (alcarrazas), cuencos, vasijas con seres fabulosos (felinos, murciélagos, serpientes, aves, humanos) zoomorfas, fitomorfas o antropomorfas (Fig. 7). Son importantes las representaciones del chamán o sabedor quien se asocia con la capacidad de transformarse en animal, para esta región en murciélago (en el Amazonas se transforma en jaguar y en otras regiones septentrionales en ave) durante los momentos de trance producido por sustancias psicotrópicas como el yajé o el yopo. Los llamados “canasteros” que representan hombres portando a sus espaldas enormes canastos de fibras vegetales podrían indicar la capacidad de estas poblaciones de transportar diversos productos a regiones vecinas (Costa Pacífica, valle del río Cauca) interconectadas mediante una vasta red de caminos. Por otra parte, durante este período –más que en los posteriores- las representaciones femeninas son muy frecuentes en las figuras antropomorfas (Fig. 15), mostrándolas muy homogéneas con el cabello lacio partido por la mitad, con collares, ligaduras en el antebrazo, adornos corporales, amamantando o portando sus hijos. Entretanto, los hombres (Fig. 47, 48) son representados de distinta manera lo que podría señalar la

existencia de diversas categorías de individuos dentro de la sociedad Ilama (Bolo Temprano) (Rodríguez, Salgado, 1990; Cardale, 1992; Salgado *et al.*, 1993; Rodríguez *et al.*, 1993; Cardale *et al.*, 1995, 2005; Botiva, Forero, 1993; Herrera *et al.*, 1994; Archila *et al.*, 1996; Herrera *et al.*, 1997; Bray *et al.*, 1999, 2005; Herrera, Cardale, 1999; Rodríguez C. A., 2002).

En sus rituales de curación y en otras celebraciones al parecer, y tal como lo practican las comunidades indígenas supervivientes en las selvas colombianas, consumían sustancias psicotrópicas como la coca y el tabaco líquido –ambil-, para cuyo efecto empleaban poporos –calabazos para guardar el polvo de conchas que sirve para amortiguar el sabor amargo de las hojas de coca-, caracoles marinos y pipas en cerámica (Cardale, 2005:71).

Las prácticas funerarias se caracterizan en la región Calima por extensos cementerios ubicados en la cima de las lomas, y agrupaciones pequeñas de tumbas en las partes planas, 1,5-2 metros de profundidad, sin penetrar el horizonte de ceniza volcánica –lo que las diferencia de las tumbas Yotoco que son más profundas-; un pequeño nicho en el fondo del pozo y cámara lateral. No obstante, se han reportado tumbas majestuosas en Llanogrande, Restrepo, hasta de 8 metros de profundidad, con amplias cámaras y una gran cantidad de objetos entre ellos máscaras, narigueras y alcarrazas zoomorfas (Cardale, 2005:69). Infortunadamente la acidez de los suelos ha impedido la conservación de los restos óseos humanos de la región Calima por lo que no se puede decir gran cosa sobre sus pobladores. En el valle se ubican cerca de los ríos que descienden de la cordillera Central (Bolo, El Cerrito), y son de pozo y fosa, algunas monticulares con divisiones internas como La Cristalina (Fig. 5), otras muy suntuosas con ricos ajuares orfebres como Malagana (El Bolo).

Entre finales del I milenio a.C. y mediados del I milenio d.C. las poblaciones se vieron afectadas por una larga temporada de humedad, especialmente en la llanura de desborde del río Cauca, lo que las obligó a replegarse a terrenos más elevados. En la región Calima se construyeron camellones y zonas de drenaje. Durante esta época se aprecia la transición entre Ilama y Yotoco, como un desarrollo del período anterior.

Sobre los orígenes de Ilama se ha planteado que “no surgió como producto de la evolución sociocultural de las poblaciones con un modo de vida recolector-productor que ocuparon la región Calima entre 7000-2000 a.C.” (Rodríguez CA, 2002:102). No obstante, existen evidencias bioantropológicas que apuntan a mostrar que el poblamiento del municipio de Palmira se remonta a varios milenios

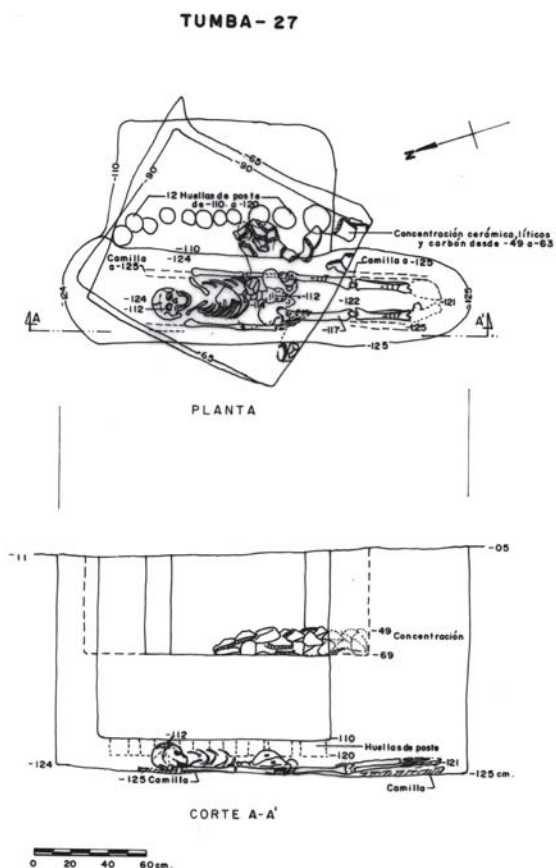


Figura 5. Tumba No. 27 de La Cristalina, El Cerrito, con fecha 340 ± 150 a.C. (Rodríguez et al., 2005:45).

antes de nuestra era. En primer lugar, en el registro óseo se observa una relativa homogeneidad morfométrica y una apreciable similitud con poblaciones andinas de la cordillera Oriental, lo que evidencia que comparten un tronco ancestral común que se remonta a una época bastante antigua. En segundo lugar, si bien es cierto que las poblaciones tardías manifiestan influencia caribe y una amplia variación, no obstante se evidencia la presencia de rasgos arcaicos de la población original como la dolicocefalia –cráneo alargado- (Rodríguez JV, 2005).

En Palmira este período se ha identificado en la llanura del río Bolo (Malagana) y en la terraza pleistocénica (Coronado, Santa Bárbara, estadio del Deportivo Cali, El Sembrador).

2.3. Período Yotoco

Período que transcurre entre los siglos I y V-VIII d.C. (Cardale, 2005:101) o entre 0-1100 d.C. (Rodríguez C. A., 2002:129) en la región Calima sobre la cordillera Occidental. Mientras que el período Ilama observa cierto grado de homogeneidad, el Yotoco se diversifica y amplía territorialmente –hasta Guacarí al norte–, dando lugar al Yotoco clásico en la región Calima y al Malagana en el río Bolo y parte del valle del río Cauca. El hecho de que no exista unanimidad en las fechas tanto de los inicios, y, especialmente del final de este período podría significar que su permanencia fue variable en las distintas regiones en que tuvo lugar su expansión territorial, que la transición entre Ilama y Yotoco fue gradual, y que existieron desarrollos paralelos e independientes tanto en la región Calima como en el valle del río Cauca.

Hay un apreciable incremento poblacional y sobre las laderas se adecuan terrazas (tambos) más amplias para la vivienda; las casas según la iconografía son de cumbreras rectas. Se establece una extensa red de caminos, se construyen sistemas de eras y zanjas para los cultivos (el maíz que desempeña un papel muy importante, calabaza, frijol y otros) en la parte plana y anegadiza del valle del Dorado (Calima); también se intensifica la tala de bosques. Para el valle del río Cauca tenemos evidencias de ocupación para inicios del I milenio d.C. en el río Bolo (Cardale *et al.*, 2000, 2005), Coronado (Blanco *et al.*, 1999; Herrera, Cardale, 1999) y La Cristalina (Rodríguez *et al.*, 2005). Malagana parece ser una variante regional de Yotoco pues el esplendor de la primera coincide con el desarrollo de la segunda, y posee más influencia de Yotoco que de Ilama, por consiguiente los sitios tempranos del valle del río Cauca (Malagana, La Cristalina, Coronado, Estadio Deportivo Cali, Santa Bárbara, El Sembrador) ubicados entre 400 a.C. y 500 d.C. bien podrían representar variantes regionales del período Yotoco.

A juzgar por la iconografía en la cerámica se plantea continuidad entre Ilama y Yotoco, aunque hay un mayor énfasis en el color y disminución del modelado. Aparecen vasijas grandes y se acude al uso de desgrasante de roca triturada. La cerámica en general se divide en burda, intermedia y fina (Bray, 2005:123). La primera representa grandes vasijas domésticas (ollas de cuerpos globulares y subglobulares), de color marrón oscuro, paredes gruesas, bordes evertidos y labios semiredondeados, generalmente sin decoración, con desgrasante roca triturada en cantidad apreciable y huellas de hollín (Rodríguez *et al.*, 2005:63). Las vasijas del grupo intermedio son más pequeñas y delgadas, algunas veces con engobe rojo e incisiones en el borde (ollas, copas con pedestal, jarras con cuerpos globulares), en algunas ocasiones pueden tener un rostro modelado en el cuello. Por su parte, las vasijas finas son las que

mejor definen el estilo Yotoco y se caracterizan por ser pequeñas, de paredes delgadas, borde evertido predominante, con arena fina como inclusión en la pasta, de colores rojo, naranja, crema o una combinación de estos (vasijas globulares y subglobulares, cuencos, alcarrazas, copas de base troncónica). Las vasijas de color rojo sobre crema son muy finas (3-6 mm de espesor); algunas pueden tener pintura negativa negra (Fig. 9).

En la orfebrería de este período uno de los temas predominantes es el rostro inmaterial, humano o divino, humano-animal –sea que representara al chamán, sirviera de amuleto o de identificador de pertenencia étnica-, como remate de alfileres, pendientes o palillos para extraer la cal de los poporos –que se mezclaba con las hojas de coca-; es lo que se ha denominado el “rostro Yotoco” que se caracteriza por corresponder a una joyería estandarizada, estar adornada de orejeras y narigueras y el cabello escalonado (Archila, 1996; Bray, 2005:115). Algunas tumbas carecen de oro como ajuar, otras lo contienen en pequeña cantidad y unas pocas, más profundas y majestuosas, con amplias cámaras y nichos, poseen varias piezas orfebres como máscaras, palillos para cal con remates de rostros, narigueras, pectorales, tiraderas, orejeras y brazaletes, señalando quizás mayor estatus social del individuo enterrado.

Durante este período se observan igualmente temporadas secas hacia mediados del I milenio d.C., y hacia el siglos XIII (Vander Hammen, Troncoso, 1992: 11). En este ambiente los caracoles marinos adquieren una gran importancia ritual (Fig. 8).

3.4. La Tradición Sonsoide (Bolo Tardío)

Hacia finales del I milenio d.C. se aprecian profundos cambios socioculturales en el territorio de Colombia, especialmente a mediados del siglo XIII d.C. cuando se presenta un período seco que contribuyó a ampliar los espacios de ocupación, con la reducción de los niveles de las aguas de lagunas y zonas de inundación aledañas a los grandes ríos. Algunas sociedades como la Muisca en los Andes Orientales se desarrolló a partir de sus propias dinámicas económicas; otras como la Sonso y Quimbaya tuvieron una gran influencia de los movimientos poblacionales caribes.

A pesar de su gran diversidad, es considerada una tradición (horizonte, serie) por compartir estilos similares en alfarería, patrones funerarios y de asentamiento; incluye el complejo Guabas-Buga, los estilos Quebrada Seca y río Bolo, Pavas-La Cumbre en la cordillera Occidental, Tinajas y Sachamate en Jamundí y Puerto Tejada, Quimbaya tardío en el norte del Valle (Obando, Cartago). Se extendió desde Popayán al sur hasta Bolívar y Trujillo al norte (Bray, 1989:108) y a la cordi-

llera Central (Aguaclara y La Buitrera en Palmira). En el cambio sociocultural influyó significativamente el movimiento de poblaciones procedentes de los valles interandinos sobre una extensa zona de la región Andina, que se apropiaron de territorios ajenos (Cardale *et al.*, 1989:17), tesis sustentada también por la gran heterogeneidad morfométrica de la población de ese período (Rodríguez JV, 2005). Durante este tiempo se construyeron grandes plataformas artificiales; las tumbas alcanzaron grandes profundidades, con enormes cámaras y reducidos ajuares, reflejando quizás la realización de enterramientos múltiples o la reutilización de los recintos funerarios; en algunos se han encontrado sarcófagos. La representación del rostro refleja igualmente formas diferentes, entre ellas la nariz aguileña y los ojos en forma de granos de café (Bernal, 1997; Salgado, 1996; Rodríguez C. A., 2002; Rodríguez J. V., 2005).

En general, tanto la cosmovisión como la organización sociopolítica y la cultura material de la tradición Sonsoide cambiaron sustancialmente con relación al período anterior. Los asentamientos son más amplios en extensión y tiempo de ocupación señalando un crecimiento demográfico significativo, hay mayor sobriedad y rudeza en los estilos cerámicos y orfebres, las tumbas son más profundas y múltiples, y se ubican en las partes altas de las colinas.

En las excavaciones adelantadas en Jiguales, región Calima, se halló que las viviendas se construían sobre terrazas artificiales en las pendientes de las lomas; eran de forma circular irregular, conectadas con sistemas de drenaje para el desagüe, pozos de almacenamiento, huecos para los postes; posiblemente la vivienda tenía piso de madera que sobresalía horizontalmente sobre la pendiente apoyado en gruesos postes; en sus cercanías se localizaban campos de cultivo también con sistemas de drenaje (Salgado *et al.*, 1993:107).

La mayoría de las vasijas son burdas, de paredes gruesas, con inclusiones de cuarzo, feldespatos y nódulos ferruginosos, ausencia de superficies pulidas suaves; las alcarrazas son muy raras; el nuevo repertorio estilístico lo integran los botellones de cuello angosto, las copas en pedestal, las vasijas en forma de calabaza, las ollas alargadas y los rostros modelados (Gähwiler, 2005:208). Las impresiones y los motivos incisos, las asas falsas y verdaderas y el relieve modelado representan los elementos decorativos de esta tradición cerámica (Fig. 74)

La orfebrería es más escasa y se incrementa el uso de la tumbaga.

Los yacimientos correspondientes a este período del municipio de Palmira se encuentran en todos sus paisajes, tanto en la llanura del río Bolo (Bolo), en la terraza (Palmaseca, Corpoica, CIAT, Cantarrano, Rozo), en las colinas (Cantaclaro,

La Ruiza), como en la montaña de la cordillera Central (Barlovento, Nirvana, La Ruiza, Villa Teresita).

A juzgar por esta sucinta exposición se evidencian vacíos de índole cronológica, espacial y metodológica. En el primer ámbito tenemos el período entre los milenios III y principios del I a.C., los siglos V-VII d.C. y XIV-XV d.C. Espacialmente se desconoce el desarrollo sociocultural de las poblaciones de la cordillera Central, especialmente de Palmira y del sur del valle del río Cauca. Desde el punto de vista metodológico no se ha planteado la relación de los grupos del valle del río Cauca con los de las cordilleras que lo enmarcan, especialmente de la Central que es la más antigua, la más rica en biodiversidad por abarcar páramos, recursos minerales y sobre todo de fuentes hídricas desde donde se abastece casi todo el valle. Finalmente, falta estudiar las condiciones de vida de sus antiguos pobladores, desde una perspectiva ecosistémica, poblacional, temporal y espacial para observar las principales tendencias evolutivas con relación a los cambios medioambientales y socioculturales.

3.5. Los indígenas a la llegada de los españoles

El cronista Pedro de Cieza de León (1922:90) describió en el siglo XVI el valle del Cauca como un valle muy plano y espacioso, siempre sembrado de maizales, yucales, con gran variedad de frutales –aguacate, guanábana, guayaba, caimito, ciruela, piña y otras-, palmares de las llamadas pijibaes. Los indígenas obtenían la carne de animales de monte como el venado, guadaquinaje, aves y otras presas y del pescado que obtenían de las lagunas que se formaban en las riberas del río Cauca. Sus casas eran redondas y altas, armadas sobre recias vigas de guadua, techo en paja y otras maderas; una puerta en el medio y cuatro ventanas. Generalmente ubicaban las viviendas en las laderas de los cerros aplanando el sitio antes de su construcción, y las huertas con sus yucales, maizales y frutales en las partes llanas; las riberas de los ríos eran utilizadas para campamentos estacionales durante la época de pesca. En cada casa cabían 6-7 moradores, pero habían otras más grandes donde se albergaban hasta 15-20 habitantes.

Existían numerosos poblados gobernados por caciques, pero Petecuy era el más poderoso y tenía una gran casa, y en la parte alta de la misma tenía muchos cuerpos trofeo de los guerreros enemigos presos en las batallas, desollados y rellenos con ceniza; sus rostros reconstituidos con cera para que tuvieran la impresión de estar vivos y atemorizar a los vecinos. En otro bohío cerca de la casa de Petecuy conservaba numerosas cabezas trofeo, símbolo de la grandeza y valentía de este señor (Cieza, 1922:91).

Eran de rostro largo, estatura baja (160 cm los varones, 149 cm las mujeres), tronco largo y fornido, espaldudos y de piernas cortas; de piel morena. La cabeza deformada, práctica que realizaban cuando nacía el niño aplicándole unas tabletas en la frente y occipital atadas con ligaduras, con el fin de darle una forma especial –estatus– y destacarse sobre el común de la población. Algunos andaban trasquilados. Vestían una pequeña manta como delantal y otra en la espalda; las mujeres se cubrían desde la cintura con mantas de algodón; usaban adornos corporales como los caricuríes –narigueras en oro-, gargantillas y grandes ramales de cuentas de hueso, blancas y coloradas –chaquiras-, aretes y otras piezas orfebres.

Practicaban la exogamia casándose con las hijas y hermanas de sus vecinos, sin que llegasen vírgenes al matrimonio; los señores principales podían tener varias mujeres. Dicen los cronistas que se podían casar con sus sobrinas –quizás hijas de sus hermanos– y que al morir el señor heredaba su hijo varón y si faltaba, el sobrino hijo de hermana, y no del hermano; la razón estribaba en que los hijos de las hermanas concebidos con esposos de otras localidades pertenecían al grupo del padre de ellas (Cieza, 1922:74).

Cuando a la mujer le llegaba la menstruación era recluida en pequeñas chozas aisladas, sin poderse comunicar ni con palabras ni con gestos, donde no podían entrar los varones pues la sangre menstrual era considerada impura, y como tal podía afectar las labores de cacería, pesca y de curación de los chamanes. Para evitar contacto con las menstruantes ponían los alimentos en las puertas de las chozas (Castellanos, 1997:873).

Celebraban sus fiestas cuando recolectaban la cosecha de maíz, los nacimientos, las bodas, sepelios y triunfos de guerra, con mucha chicha, tanto que se podían beber hasta una arroba durante toda la jornada; cantaban, bailaban y recordaban las historias de sus antepasados. Dicen los cronistas que en estos rituales practicaban la antropofagia, sacrificando guerreros enemigos apresados en las contiendas; el cuerpo de la víctima era supuestamente descuartizado, repartiendo los brazos y piernas; otros tomaban las tripas sin la asadura; unos terceros el riñón, hígado o bazo (Castellanos, 1997: 880).

A la guerra salían ataviados con sus adornos orfebres –coronas, brazaletes, narigueras, aretes, pectorales-, banderas elaboradas en algodón, el cuerpo y rostro pintados. Las mujeres principales acompañaban a los escuadrones de guerreros animándolos contra el enemigo, especialmente cuando se enfrentaron a los españoles, en cuyo caso la mujer de Petecuy los animaba gritándoles: “Romped, romped, y aphechugá con ellos y asidles de las barbas y cabellos” (Castellanos, 1997: 876).

Cuando enfermaban se bañaban y acudían a sus chamanes tradicionales que les curaban con plantas medicinales y realizaban rituales invocando la protección de su dios creador –el sol-. Los chamanes fumaban tabaco echando humo sobre el enfermo, soplando y chupando en las partes lesionadas para extraerles el mal que les afectaba.

En su cosmovisión tanto el mundo de los vivos como de los muertos eran una sola entidad, por lo que se creía que el alma era inmortal y salía del cuerpo una vez muerto para ir a disfrutar de los placeres del otro mundo. De aquí la costumbre de enterrar a sus muertos en las partes altas de las colinas con tierras rojas, en tumbas bastante profundas con amplias bóvedas a manera de casas, recordando quizá el útero y la sangre que les dio vida, y el pozo el cordón umbilical que los unía al mundo exterior. Para que disfrutara en el otro mundo y recibiera la energía iluminadora del oro fertilizador le colocaban como ajuar vasijas con alimentos y bebidas, adornos que habían usado en la guerra (ricas piezas de oro, coronas para sus cabezas, gruesos brazaletes para las muñecas, caricuríes), armas (dardos, lanzas, macanas de palma negra y de otro palo blanco recio) plumajes y otros menesteres, o simplemente volantes de huso. Los personajes principales demostraban su grandeza -y para imitar a los difuntos principales cuyas almas decían que veían, y a quienes también era menester el oro y las mujeres- enterrando a sus pies las mujeres más preciadas y bellas que tuvo en vida, al igual que algunos sirvientes, a quienes emborrachaban previamente hasta perder el sentido.

Los cuerpos eran colocados en barbacoas y sometidos al fuego hasta quedar secos, unos cremados y otros incinerados; en algunas partes se extraía la grasa del cadáver con fines rituales. La ceremonia de acompañamiento podía durar varios días, tiempo durante el cual los parientes lloraban, bebían chicha en abundancia, comían maíz, carne o pescado en el piso, sin manteles, cantando y recordando las cosas del pasado, bailando hombres y mujeres asidos de las manos. En algunas partes se introducía desde arriba de la tumba una guadua hueca para verterle chicha al difunto (Cieza, 1922; Rodríguez C. A. 1992; Rodríguez J. V. 2005).

Sobre el territorio del municipio de Palmira influían las provincias de Buga, Gorriones y Lile (Duque, 1970; Herrera, 2005).

3.5.1. Provincia de Buga

Colindaba con el río Cauca al occidente separándolos de los gorriones; al oriente con la cordillera Central que los separaba de los pijaos; al norte con el río Paila que limitaba con los quimbayas; al sur con el río Bolo, limitando con Caloto, tributario de Calambaz (Tascón, 1938). Como las zonas bajas eran muy cálidas e

insalubres por los mosquitos los indígenas de esta provincia preferían habitar de manera dispersa la zona montañosa en las faldas de la cordillera Central, tierra templada donde se daba mucha papa, frutas y otros alimentos. Allí construían terrazas para la ubicación de sus viviendas, según se reporta en las pocas excavaciones arqueológicas adelantadas en esa región (Información personal de Eduardo Forero, 2006). Fueron señalados como muy belicosos, manteniendo enemistades con pijaos y putimaes. Su número a la llegada de los españoles ascendía a 30.000 según Francisco Guillén Chaparro (1583/1983), quedando reducidos a 3.000 en 1582 y solamente 1000 en 1583.

3.5.2. Provincia de Gorriones

Ubicada entre la desembocadura del río Risaralda y Cartago Viejo (Pereira), al norte, donde entraban en contacto con los ansermas; al sur se extendía hasta el valle de Lile, a ambos márgenes del río Cauca –aunque no en las orillas pues se menciona que bajaban a pescar-, en términos y jurisdicción de Cali. Hábiles canoeros, pescaban en las lagunas y ríos gran cantidad de pescado que intercambiaban –pescado seco y aceite- con Cali y Cartago. El desborde del río Cauca conformaba la gran laguna de Sonso de una legua de largo que se comunicaba con el río mediante un canal construido por los mismos indígenas de 3 estados –un estado corresponde a una persona parada- de profundidad y 20-25 pasos de ancho, donde se criaba gran cantidad de peces; en verano se vaciaba el agua quedando hasta dos estados de peces que secaban en barbacoas. La tierra era fértil y rica en maíz y animales de monte.

Sus casas estaban apartadas de 2 a 4 leguas, juntas de 10 en 10 y de 15 en 15, grandes y redondas. No tenían ídolos ni casas de adoración. Fuera de las casas exhibían cuerpos humanos (cabezas, piernas, brazos) como signo de grandeza. Los muertos que eran más importantes eran envueltos en mantas y joyas y enterrados en profundas sepulturas. Se iban a guerrear a un cerro porque no había donde pelear por la presencia de tupidos cañaduzales. Anotaba los cronistas que eran grandes carniceros de comer carne humana, y que supuestamente hacían carnicerías sólo para comerla. Con las guerras contra los españoles se extinguió la gente del río. Según la *Relación de Popayán* (Anónimo, 1560/1983), no tenían señores entre ellos, pues eran behetría (comunidades independientes).

3.5.3. Provincia de Cali (Valle de Lile)

Los españoles la describieron como un valle llano con muchos maizales, yucales, palmares y frutales, y en sus montes venados pequeños. Estaba muy poblada por

grandes pueblos, con casas espaciosas, redondas, altas, edificadas sobre grandes vigas. Se contabilizaban más de 30.000 a la llegada de los españoles, quedando solamente 2.000 en 1582; K. Romoli (1974) por su lado, calcula en 120.000 el total de indígenas. Gobernaban seis caciques y señores, donde el pueblo de Petecuy resaltaba por tener una gran casa llena de cuerpos en tablas de prisioneros de guerra; en las casas principales del señor de esta provincia se contabilizaron 400 cuerpos desollados rellenos de ceniza. Esta práctica era señal de gran valentía y de arraigo ancestral. Fueron considerados vecinos bárbaros y caníbales. En Jamundí había 500-800 casas, despobladas por Belalcázar. Hacían fiestas los de un pueblo con otro, y después de la borrachera, al atardecer, organizaban escaramuzas entre grupos de guerreros, hasta 30-50 hombres, golpeándose, hiriéndose, inclusive matándose, retirándose después sin enemistades.

Pascual de Andagoya se asombraba en 1541 por la soledad en que quedó esta provincia cuando él pasó, hallándola tan despoblada que no encontró en toda la tierra un pato para poder criar, y donde anteriormente había en estas 30 leguas miles de casas, no quedaban 10.000 hombres por visitación; y la principal causa de su destrucción, fueron los maltratos infligidos por los españoles que no les daban paz ni tranquilidad.

Tabla 7. Secuencia ambiental, cronológica, cultural y biológica en el Valle del Cauca

Procesos geomorfopedológicos	Edad	Período	Procesos socio económicos	Población
Procesos de pedogénesis actuales. Erosión, degradación de suelos y paisajes	Presente	República Colonia	Agroindustria Formación de grandes haciendas	Mestizaje entre indígena, español y africano
Llanuras aluviales actuales, formación de terrazas. Lluvias de cenizas volcánicas	S. XVI d.C.	Conquista	Apropiación de tierras indígenas, Formación de encomiendas	Mestizaje indígena y español
	S, XIII d.C.	Sonso Bolo Tardío Quebrada Seca	Cacicazgos tardíos Grandes aterrazamientos, Incremento densidad poblacional	Mestizaje de chibchoide y caribe
Lluvias grandes de ceniza volcánica	I milenio d.C.	Yotoco	Cacicazgos intermedios Clásico Regional	Chibchoide
Formación de piedemonte actual Llanuras aluviales de desborde de los ríos Cauca y Bolo	I milenio a.C.	Ilama Bolo Temprano (Malagana)	Primeros agricultores, alfareros y orfebres	Chibchoide
	III- principio del I milenio a.C.	Vacío cronológico		
Deposición de abanicos aluviales recientes y subrecientes	VIII milrnio a.C.	Precerámico	Cazadores recolectores	Poblamiento temprano de origen chibchoide
Fases lacustres	¿	¿	¿	¿



Figura 6. Azadas de la Hacienda Lituania, Darién (Cortesía de Yolanda Jaramillo).



Figura 7. Alcarraza antropomorfa, El Bolo (Malagana), Palmira (Colección MAC, INCIVA).



Figura 8. Collar de caracoles marinos, Estadio del Deportivo Cali, tumba 46 (Colección MAC, INCIVA).



Figura 9. Vasija zoomorfa, Darién, Calima (Colección privada).



Figura 10. Máscara ceremonial 1, colección IMC.



Figura 11. Máscara ceremonial 2 (hombre-murciélago), colección IMC.



Figura 12. Máscara ceremonial 3, colección IMC.



Figura 13. Chamán tatuado sosteniendo su máscara ritual, colección IMC.

Capítulo 4

Asentamientos tempranos

SONIA BLANCO, *INCIVA, GIAB*

JOSÉ V. RODRÍGUEZ, *Universidad Nacional de Colombia, GIAB*

GUSTAVO CABAL, *INCIVA*

Con la aparición accidental del yacimiento Malagana en 1992 y otros sitios (Coronado, Santa Bárbara, estadio del Deportivo Cali, El Sembrador, La Cristalina) que comparten correspondencias cronológicas y culturales se ha demostrado que el valle geográfico del río Cauca fue poblado por sociedades que mantuvieron contactos e intercambios estilísticos en su cerámica, orfebrería, y ante todo, compartieron una misma cosmovisión mediante la cual ordenaron el universo y su propio mundo funerario. Gracias al trabajo sistemático adelantado por los arqueólogos del INCIVA con el apoyo de la Universidad Nacional de Colombia, los trabajos de “arqueología por contrato” han suministrado una amplia y valiosa información sobre sus pautas funerarias, tradición alfarera, orfebre y lítica, manejo del medio ambiente y uso de recursos, y sobre prácticas rituales entre ellas el chamanismo. En total se han excavado 234 tumbas, de ellas 17 en Malagana (Cardale *et al.*, 1999), 120 en Coronado (Blanco *et al.*, 1998, 1999; Herrera *et al.*, 1999; Cabal, 2006), 34 en Santa Bárbara (Blanco, 2001; Blanco *et al.*, 2002), 6 en El Sembrador (Blanco, Cabal, 2005), 40 en el estadio del Deportivo Cali (Blanco, Cabal, 2003) y 17 en La Cristalina (El Cerrito) (Rodríguez *et al.*, 2005).

4.1. Río Bolo (Hacienda Malagana)

Uno de los yacimientos más conocidos es Malagana, localizado entre el río Bolo y el zanjón Timbique, en suelos aluviales con zonas bajas e inundables con adecuación para vivienda, campos de cultivo y sitios ceremoniales (Botiva, Forero, 1993; Cardale *et al.*, 1994, 2000, 2005; Herrera *et al.*, 1995, 2001, 2002; Archila, 1996; Bray *et al.*, 1998, 2005). En este sitio existieron, según los autores, por lo menos dos ocupaciones anteriores a Malagana. La primera representada por una cerámica de rasgos similares al Ilama, aunque no típicamente, denominada Protollama; sus fechas oscilan entre 250±110 a. C. (Beta 84438) y 290±60 a.C. (Beta 79223). La segunda correspondería a la Ilama, de presencia reducida. La ter-

cera ocupación, Malagana, presenta la mayor cantidad de materiales culturales y los autores la relacionan con el período Yotoco de la región Calima (0-600 d. C.). Existe una fecha de 140±60 a.C. (2090±60 AP, Beta 79224). La cerámica resalta por ser de pasta fina, pintura roja y crema, con motivos geométricos. Sobresalen las alcarrazas con figuras antropomorfas, al igual que la fina orfebrería y el trabajo sobre piedra (cf. *Los tesoros de los señores de Malagana*, Museo del Oro, 1996).

Las tumbas eran de pozo rectangular, con los cuerpos en posición de decúbito dorsal y los miembros extendidos. Algunos cuerpos muestran signos de cremación. El ajuar funerario estaba compuesto por vasijas pequeñas, cuencos o alcarrazas, conchas marinas, cuentas de collar en cuarzo, estas últimas colocadas dentro de la boca o alrededor del cuerpo. Algunas tumbas presentaban un lecho de metates sobre el cual se colocaba el cuerpo (Cardale *et al.*, 1999:49).

Los esqueletos estaban enterrados con la cabeza orientada hacia el norte, exceptuando los entierros 16 y 2 que fueron colocados en posición este; el cuerpo en posición decúbito dorsal con los miembros extendidos. Siete de los cráneos (2, 4, 6, 7, 12, 15, 16) estudiados muestran deformación tabular erecta por compresión occipital. Dentro de las lesiones destaca EAD en codo, desgaste dental, opacidad del esmalte (Correal *et al.*, 2003).

De Malagana descuellan las tumbas suntuosas saqueadas con gran cantidad de piezas orfebres, alcarrazas, cuentas de collar de cuarzo y figuras humanas (Archila, 1996).

Dentro de los restos de fauna, se mencionan zaino (*Tayassu sp.*), cusumbo (*Nasua nasua*), venado (*Odocoileus s.p.*), ratón, perro (*Canis sp.*), peces, aves, reptiles, invertebrados (moluscos terrestres). Dentro de los restos vegetales destacan las palmas (*Attalea*, *Scheelea*), importante fuente de aceite, maíz, cucurbitáceas (Cardale *et al.*, 1995).

Malagana destaca por cuatro aspectos que la evidencian como una sociedad pujante, en expansión, con buenos conocimientos hidráulicos y de suelos, una economía autosuficiente que debía producir excedentes agrícolas y algunos individuos que acumulaban riquezas, un sistema de intercambio comercial conectado por caminos que la enlazaban con regiones de las cordilleras Occidental y Central de donde se abastecían de materiales suntuosos, y complejos rituales funerarios.

1. La construcción de un sistema de dos canales concéntricos entre el río Bolo y el zanjón Timbique, la existencia de un terraplén entre ambos en un área de un kilómetro cuadrado, evidencia la presencia de una sociedad con un

nivel tecnológico elevado (Fig. 14) (Cardale *et al.*, 1999:9; 2005:148), que aprovechaba las aguas y la fertilidad de los suelos enriquecidos con los depósitos fluviales para elevar la productividad agrícola. Esta productividad debió constituir la clave económica de su prosperidad, pues con los excedentes podían intercambiar productos de otras regiones como las cordilleras Occidental y Central, para abastecerse de oro, cuarzo, piedras semipreciosas, sal y otros materiales suntuosos, y sostener una mano de obra suficiente para el mantenimiento de los canales y caminos. Residuos de estos caminos se aprecian entre El Bolo y la cordillera Central, que pasan en línea casi recta por las lomas de la Hacienda La Ruiza, bordeando el río Vilela hasta ascender a la Reserva Natural Nirvana; aquí se remontan por los bordes de las lomas hacia el páramo de Las Hermosas.

2. En Malagana se encuentran, más que en otros yacimientos arqueológicos, figuras antropomorfas femeninas en posición sedente (Fig. 15), con buen tratamiento de la superficie y buen grado de naturalidad o estilización; el cuerpo en posición vertical o ligeramente inclinado, los codos sueltos, las manos descansando sobre las rodillas, los dedos de las manos delineados y los pies representados de forma estilizada (Cardale *et al.*, 1999:13). Como plantean las autoras de las excavaciones (Ibíd.:45) “la abundancia de figuras femeninas en el record arqueológico de una sociedad ocurre cuando ésta llega a una etapa de expansión, en la cual se hace necesario promover activamente la reproducción biológica y la producción económica. La mujer tiene un rol central en ambas formas de producción y su estatus se eleva; además es el nódulo de unión entre los grupos de parentesco que articulan la sociedad”.

Malagana compartiría algunas características con otras sociedades del Neolítico temprano de Europa, como ser una economía en transición hacia la producción intensiva de cultivos importantes para la despensa local, en nuestro caso el maíz, la existencia de diferencias por parentesco y rango que son desplazadas por la estratificación social, la presencia de una población con mayor crecimiento demográfico y el incremento de la comunicación y competencia entre distintas regiones vecinas por las tierras más fértiles (Ídem).

3. La presencia de suntuosas tumbas con ajuares integrados por grandes piezas orfebres como máscaras, collares de cuentas cilíndricas y zoomorfas, colgantes zoomorfos, placas colgantes, piedras preciosas y semipreciosas, cerá-

mica de un gran acabado (alcarrazas, figuras, copas), con los cuerpos yaciendo sobre lechos de metates, cuya magnitud no se había registrado anteriormente en los contextos arqueológicos de la región, plantea la existencia de jerarquías sociales y/o religiosas (Archila, 1996:55) que aprovechaban su estatus para adquirir bienes suntuosos por intercambio con excedentes agrícolas.

Las piezas orfebres (narigueras anulares, máscaras antropomorfas, figuras antropomorfas) de Malagana comparten rasgos estilísticos con la región Calima (Ilama, Yotoco), aunque también con Tolima, Tierradentro, San Agustín, Tumaco y Nariño. Este fenómeno se ha interpretado de diversas maneras: como producto de la existencia de una tradición cultural y tecnológica en un amplio espacio geográfico; por los contactos comerciales entre regiones distantes conectadas por intrincados caminos; por el compartimiento de ideas, creencias religiosas, formas sociales y una cosmovisión general; como mecanismo de las elites locales para sustentar el poder mediante el intercambio con bienes suntuosos (Ibíd.:56).

4. La localización de cuentas de cristal de cuarzo dentro de la boca, alrededor de la cabeza y de la pelvis en contextos funerarios de Malagana, Coronado, Santa Bárbara y en la región Calima (Ilama, Yotoco) demuestra la importancia de este material dentro de la ritualidad y cosmovisión de las sociedades de este período, como símbolo de poder, saber, energía, fertilidad, transparencia, diafanidad, y, por consiguiente, de salud (Cardale *et al.*, 1999:57).

4.2. Santa Bárbara

El predio se ubica geográficamente en el sur de Palmira, en la margen derecha de la vía que de Cali conduce a Palmira, en predios del actual Centro Comercial Llanogrande, antigua hacienda Santa Bárbara, a 6,9 Km. en línea recta de Malagana (Blanco, 2001; Blanco, González, 2002). El yacimiento corresponde a un sitio multifuncional, ya que además de la presencia de recintos funerarios, se evidenciaron en la misma área sectores rituales, de ocupación y para actividades domésticas relacionadas con los constructores de las tumbas.

En el yacimiento de Santa Bárbara se reportaron en general entierros primarios individuales y dos colectivos correspondientes a las tumbas 17 y 25 de mujeres con infantes, con cuerpos articulados, colocados en su mayoría en posición decúbito dorsal extendido y desarticulados (Fig. 16), orientados norte-sur (exceptuando las tumbas 10, 34 y 40 que estaban orientadas oeste-este).

El ajuar estuvo representado en tres de las tumbas por vasijas de uso doméstico (cuencos y cántaros), además de instrumentos líticos colocados cerca de la cabeza, los pies, o sobre las extremidades; en la mayoría de los casos se encontraron cuentas de collar de cuarzo, (lidita y pizarra en menos proporción), asociadas al esqueleto, específicamente al cráneo. La tumba 17 reportó además dos diminutas cuentas de roca redondeadas recubiertas con un baño de oro (Blanco, González, 2002).

La unidad de excavación No. 5 correspondió a un depósito ritual de forma ovalada que profundiza hasta los 150 cm., de grandes cantidades de cuentas de cristal de cuarzo y lidita, asociadas a abundantes fragmentos cerámicos, instrumentos líticos, semillas y carbón, depositados en lechos de cantos rodados, sin entierro de restos humanos. Posiblemente este depósito haya tenido una connotación ritual de acompañamiento funerario pues en sus cercanías se hallaban las tumbas 8 y 10.

La utilización de materia prima propia del lugar por parte de las sociedades prehispánicas, como el relleno con cantos rodados provenientes de ríos circundantes, puede obedecer a la intención de regular la humedad al interior de los depósitos, e incluso para oxigenar la tierra y facilitar así la construcción de los recintos funerarios aledaños. Igualmente hay que resaltar el extenso conocimiento que tuvieron de las características edafológicas de los suelos, lo que les permitió su manipulación para lograr la construcción de estas verdaderas obras de ingeniería.

El contexto 5 resultó muy similar, guardando las proporciones, a varios depósitos de cuentas de cristal de roca excavadas en cuadrículas como la A-E/1-2 en el marco del proyecto Malagana (Cardale, *et al*, 1999); la diferencia radicaría en la ausencia para el caso de Santa Bárbara, de objetos cerámicos completos como vasijas o figuras antropomorfas arrodilladas asociadas a las cuentas y la profundidad relativamente escasa del hallazgo.

Los rellenos antrópicos con función funeraria, se caracterizan por corresponder a la categoría de pozo simple rectangular, cuadrado u ovalado, a veces con presencia de nichos o “cámaras”, construidas desde la superficie o a partir de un escalón ubicado en uno de los lados mayores del pozo, elaborados en horizontes de texturas arcillo limosa o arenosa como consecuencia de la sedimentación aluvial del sector. Separando el pozo y la cámara se diferencia un área denominada “antecámara”, que puede estar insinuada mediante líneas de huellas de poste, escalones, separadores ó ángulos elaborados en la misma arcilla. La profundidad de los recintos varía entre 100 cm. y 150 cm.

La separación intencional de espacios entre lo que suele denominarse el pozo, la antecámara y la cámara, a través de la coloración misma de los rellenos -siendo

más claros en los pozos-, con presencia de huellas de poste en la antecámara, generalmente redondeadas cuyo diámetro no sobrepasa los 10 cm. de diámetro (posiblemente correspondan a guadua, *Guadua angustifolia Kunth*), utilizados como talanqueras y coloraciones oscuras en las cámaras, puede tener un sentido más simbólico que funcional, referido a la construcción de un espacio articulado con el cosmos, donde los diferentes colores podrían señalar partes del mundo (Velandia, 1994:123).

Además de la mezcla intencionalmente diferenciada de los horizontes, producto de la construcción de las diversas estructuras fúnebres, fueron adicionados a manera de relleno gran cantidad de elementos culturales como fragmentos cerámicos (principalmente de uso doméstico), líticos, barro quemado, carbón, huesos de animal y semillas carbonizadas, resultado de las actividades relacionadas con las largas ceremonias de inhumación a las que fueron sometidos los cuerpos –que en su mayoría fueron cremados-. Incluso en el relleno se registraron fragmentos faltantes de las vasijas que hicieron parte del ajuar (tumbas 1,7 y 13). Virtualmente, estas concentraciones a manera de túmulos, pudieron cumplir la función de demarcación o delimitación de la tumba a manera de lápida, similar a lo evidenciado en la tumba 15 del sitio La Cristalina, municipio de El Cerrito, también contemporáneo (Rodríguez *et al.*, 2005:37).

Santa Bárbara corresponde al mismo desarrollo cultural reflejado en los yacimientos de Malagana y Coronado, pero a diferencia de ellos y de acuerdo a los datos arrojados por los trabajos de arqueología (Botiva y Forero, 1993; Herrera, *et al.*, 1994; Archila, 1996; Herrera, *et al.*, 1997; Bray *et al.*, 1998; Cardale, *et al.*, 1999; Bray, 2000), no existen los suntuosos ajuares como objetos de oro, alcarrazas, vasijas antropomorfas silbantes, representaciones fitomorfas, máscaras como las obtenidas en las tumbas 47 y 51 de Coronado (Blanco *et al.*, 1999), entre otros objetos. A excepción de un fragmento de concha de caracol marino y de numerosas cuentas de cuarzo, lidita y pizarra, no fue evidente una presencia de categorías de objetos rituales importados que pudiéramos denominar “suntuosos o de prestigio”.

Las vasijas descritas, al igual que algunos fragmentos con decoraciones como engobes rojos, cafés y grises (en una o ambas caras); bandas de pintura roja en el borde y cuello de las vasijas, principalmente en cuencos, cántaros y copas; peloticas de arcilla aplicadas en la cara externa de las vasijas representando posiblemente texturas (pieles, diseños, plantas, entre otros); diseños geométricos incisos rellenos de círculos punteados formando motivos de reloj de arena; además de incisiones triangulares escalonadas y acanaladuras creando representaciones zoomorfas y

antropomorfas, recuerdan la diversa tecnología alfarera desarrollada por la sociedad Yotoco en Calima (Bray, 1992: 110-114). La presencia de bordes correspondientes a cuencos pequeños y medianos, hondos, de boca ancha, algunos con aquillamiento medio, copas con base de pedestal, cántaros de cuello restringido y fragmentos de alcarrazas evidenciadas en los rellenos de las tumbas, confirman las conexiones estilísticas del yacimiento con Ilama y Yotoco.

Igualmente, otras evidencias como la presencia de conchas marinas (fragmentadas), las formas y distribución de las tumbas, la disposición del ajuar, la orientación de los cuerpos, el tratamiento de los cadáveres, y algunas características formales, tecnológicas y decorativas de la cerámica, además de la presencia de cuentas de collar elaboradas en cuarzo, lidita y pizarra principalmente, permiten establecer semejanzas culturales del yacimiento, con sitios contemporáneos a él como es el caso de Malagana y Coronado.

No obstante, existen diferencias como la ausencia de pintura negra, baño crema sobre rojo, incisiones y achurados propios de las tradiciones cerámicas de la cordillera Occidental (Calima).

4.3. Estadio del Deportivo Cali

El yacimiento arqueológico ubicado en el estadio del Deportivo Cali, dista 9.1 Km. en línea recta al noroeste de Malagana, y se localiza en el corregimiento de Palmaseca, Km. 8 de la margen izquierda de la vía Cali-Palmira. En este lugar en donde se desarrolla la construcción del estadio el INCIVA rescató entre 2003-2004 un cementerio prehispánico con más de 40 tumbas que por sus características funerarias es muy diferente a los anteriores, aunque el ajuar se asemeja al estilo Malagana (Blanco, Cabal, 2003).

En cuanto a la posición de los cuerpos y las características del ajuar, las excavaciones de las tumbas en el Estadio evidencian hasta el momento dos sectores claramente diferenciados: el primero de ellos se localiza al norte del cementerio, donde son comunes los adultos en posición extendida, orientados norte-sur o este-oeste. En esta área se presenta una interesante diferenciación de individuos con ajuar hacia el oeste y sin ajuar hacia el este. En el segundo sector localizado al sur, se encuentran individuos adultos e infantes en posición flexionada, acompañados con frecuencia de ajuar; la excepción es el neonato del contexto 23. Estos yacimientos varían en posición y orientación de los esqueletos y algunas veces están muy juntos.

Es interesante la ubicación aislada de la tumba 13, que presenta una posición flexionada, pero está en un lugar separado del sector donde se encuentran los

enterramientos de este tipo. Igualmente, el individuo 30 se halló apartado de cualquier posible concentración de tumbas en el sector sur, presentando como ajuar vasijas poco comunes a las del estilo Malagana, lo que además podría estar sugiriendo una sectorización por antigüedad de algunos recintos.

De todas las tumbas la más espectacular es la No. 7 (Fig. 17), que corresponde a un enterramiento primario, individual, orientado este-oeste, de una mujer robusta de 35-40 años de edad, con deformación fronto-occipital tabular erecta, en posición de decúbito ventral con los miembros inferiores flexionados y las manos debajo de la pelvis –en posición sedente-. Esta inhumación es la que mayor número de objetos presentó como ajuar; lo más significativo, corresponde a 9 útiles elaborados en hueso humano –radio, peroné-, que se colocaron alineados al lado derecho del cráneo, orientados norte-sur, con las puntas hacia afuera. Los útiles corresponden a punzones –posibles desangradores- pues presentan un borde afilado con el canal medular abierto. Dos objetos tallados corresponden a flautas talladas en hueso animal, similares a otras elaboradas en láminas de oro recuperadas en el yacimiento de Malagana (Archila, 1996:47). También se hallaron cuentas en roca, un collar con cuentas en caracol marino en la parte posterior de la pelvis y una piedra de amolar (hacia el oeste). Manifiesta enfermedad articular degenerativa con osteofitos desarrollados en vértebras lumbares; una estatura de $154,1 \pm 3,5$ cm.

La tumba No. 10 corresponde a un entierro dual, donde el esqueleto desarticulado de una joven yace al lado derecho de un hombre con el cráneo entre sus piernas. El esqueleto se halla en posición de decúbito dorsal extendido, orientado hacia el SW, y corresponde a un individuo masculino, de 40-45 años de edad, con deformación cefálica muy acentuada. Observa eburneación por agudo proceso degenerativo en superficie distal de cóndilos femorales mediales y en carillas articulares proximales de tibias; el problema es más agudo en miembro izquierdo (Fig. 21). La estatura reconstruida es de $159,0 \pm 3,4$ cm.

El esqueleto de la tumba No. 24 está afectado por treponematosi (yaws o frambesia) (Rodríguez, 2006:245), y se halla en posición de decúbito dorsal extendido, orientado hacia el SW. Tenía restos de la misma vasija sobre el cuerpo –posiblemente matada o destruida al morir la persona-; líticos, hueso de animal junto a los pies y una vasija en la esquina SE. Corresponde a un individuo muy robusto de sexo masculino, de 30-35 años de edad, con aplanamiento del occipital; estatura reconstruida de $163,7 \pm 2,8$ cm.

En la tumba No. 43 se halló un enterramiento primario, colectivo. Al menos se evidenciaron tres cuerpos desarticulados, con huellas de exposición al fuego y

muchos huesos quebrados e incompletos. Ocupaban un espacio muy pequeño y no se logró la identificación detallada de cada uno de los esqueletos. No se evidenció ningún tipo de ajuar.

Llama la atención las características especiales de la tumba No. 44 (Fig. 18), de pozo simple de forma irregular con unas dimensiones de 120 cm. por 90 cm. que mantiene hasta los 65 cm. de profundidad. Corresponde a un enterramiento secundario y colectivo. Los huesos se encontraron desarticulados e incompletos de varias partes del cuerpo (cráneo, tórax, extremidades), de distintos individuos, de diferentes edades y sexos. Se aprecian niños, jóvenes y adultos. La coloración de los huesos varía entre negro, gris azulado y blanco grisáceo. En algunos fragmentos de huesos largos se aprecia la parte interna negra y la externa blanco grisáceo. Se evidencian dientes con la corona negra mientras que la mandíbula manifiesta un color blanco azulado. Las fracturas son transversas, con encurvamiento de huesos craneales y de falanges de individuos juveniles. Algunos fragmentos de tibia observan periostitis.

Como se ha reportado en estudios de tafonomía en restos humanos la acción del fuego produce en huesos secos fracturas longitudinales, con astillas; en huesos frescos fracturas curvadas, alabeadas y transversales. Las variaciones en color de huesos quemados son amplias, adquiriendo colores oscuros, negruzcos y ahumados si se han quemado en presencia de oxígeno, cuando la temperatura está por debajo de los 800°C, pues la materia orgánica no ha desaparecido completamente. Por encima de los 800°C se pierde completamente la materia orgánica y los huesos adquieren un color gris azulado a gris blanco. A mayor temperatura y mayor exposición alcanzan un color blancuzco. Hacia los 900°C la reducción del hueso es mayor, afectando sus tres dimensiones (Ubelaker, 1989:35; Lorenzo, Sinusia, 1996:166).

A juzgar por la tafonomía de los huesos de este contexto funerario se puede colegir que varios individuos de distintos sexos y edades fueron quemados colectivamente a altas temperaturas en presencia de oxígeno, cuando aún conservaban sus tejidos blandos. Las causas de este procedimiento son inciertas, quizás fueron víctimas de alguna epidemia y fueron quemados para evitar contagios, o simplemente sacrificados. No obstante, no se aprecian huellas de cortes en los huesos por lo que no se puede concluir que fueran consumidos.

En la tumba No. 46 (Fig. 19) se halló un individuo masculino adulto que yacía en posición de decúbito dorsal con los miembros extendidos, la cabeza orientada hacia el sur. Encima del tronco, entre las piernas y al lado del cuerpo tenía fragmentos de cerámica y líticos. Al lado este de la cabeza se encontró un conjunto

de varias decenas de caracoles marinos y al lado derecho de los pies un cuenco. Infortunadamente fue destruido por el paso de un canal de relleno.

En general, la población es muy heterogénea donde se combinan individuos braquicéfalos, algunos de ellos deformados, con dolicocefalos sin deformación. A juzgar por la tabla de vida la mortalidad infantil en los primeros 10 años de vida alcanzaba 16,1 años, muy baja en comparación con otras series del Valle del Cauca; la esperanza de vida al nacer llegaba a los 25,6 años de edad, la más alta hasta el momento en esta región. No obstante, a diferencia de otros sitios (Coronado, Santa Bárbara, El Cerrito, Guacarí, Guacandá) se aprecia la mayor mortalidad juvenil con 6,4% entre 10-15 años de edad. Las cohortes entre 20 y 30 años tenían la mayor probabilidad de muerte, quizás por la mayor carga en las actividades domésticas, misma que se incrementaba al llegar los 40 años de edad. No existía gente que superase los 50 años de edad.

La estatura promedio en hombres era de $160,9 \pm 3,4$ cm y la de las mujeres de $152,6 \pm 3,8$ cm. Sufrían de enfermedades degenerativas que les afectaba la columna vertebral, particularmente las vértebras lumbares y cervicales; algunos corrían intensamente como cazadores recolectores pues padecían de agudos problemas degenerativos en las rodillas como el individuo 10/1 (Fig. 21), que observa aplanaamiento occipital acentuado. Otros padecieron de problemas de presión ambiental en su infancia pues manifiestan defectos hipoplásicos del esmalte en los dientes (individuos 4, 10/2, 29) y de hiperostosis porótica aguda como el niño de cerca de 4 años de edad rotulado con el No. 29 que debió sufrir una anemia severa.

Desde el punto de vista craneométrico se caracterizan por ser de longitud y anchura craneal media, braquicéfalos, contrariamente al resto de grupos que resaltan por ser hiperbraquicéfalos, pues poseen bóvedas craneales más cortas. El rostro también se diferencia por ser más angosto, más alto –exceptuando a Dagua en la cordillera Occidental– y más perfilado; la nariz es más alta y mucho más ancha; las órbitas son más bajas.

La comparación craneométrica con otros grupos señala que el grupo de el Estadio es diferente a los otros vallecaucanos prehispánicos –como también se diferencian los de Quimbaya y Dagua–, y que la dolicocefalia (Fig. 20), nariz ancha, robustez, desgaste redondeado y extrema robustez de algunos individuos son más compatibles con poblaciones de cazadores recolectores que con grupos agroalfareros. Mientras que en Quimbaya y Dagua se percibe influencia Karib tardía, en el Estadio al contrario, se aprecia influencia de individuos pertenecientes a grupos muy antiguos –dolicocefalos– del Valle del Cauca. Llama la atención la extrema

dolicocefalia de dos niñas de 12 años ± 36 meses (tumbas 10/2, 43/2) que observan rasgos craneométricos muy similares y la misma edad.

Al parecer en esta serie tendríamos relictos dolicocefalos (Fig.20, 87, 88) de grupos antiguos que quizás se aislaron en las condiciones ambientales de la terraza pleistocénica de Palmaseca que no fue afectada por la formación de abanicos de las quebradas y ríos que descienden de la cordillera Central en épocas más recientes. Igualmente se podría colegir que el poblamiento de la llanura del río Cauca fue bastante antiguo, remontándose hacia finales del Pleistoceno o inicios del Holoceno, hace cerca de 10.000 años.

El cementerio indígena investigado se encuentra asociado a una serie de modificaciones estructurales arquitectónicamente relacionadas con todo el ritual fúnebre, que incluyeron zanjas de drenaje. De acuerdo con la fotointerpretación preliminar y a las observaciones de campo, se aprecia que las concentraciones de tumbas se encuentran ubicadas en antiguos montículos; recurriendo al principio de la gravedad se construyeron zanjas en formas de V que oscilaron entre 50 y 120 cm. de ancho, entre 5 m. y 15 m. de largo y hasta 4 m. de profundidad, desde la zona perimetral de la tumba hasta otra zanja, un poco más ancha y regular que canalizaba el agua hacia una fuente hídrica.

Este procedimiento posibilitó la apertura de los recintos fúnebres con antelación a la muerte de su ocupante, lo que a su vez se constituye en un posible indicador de especialización y de complejidad en el rito del enterramiento, que sin lugar a dudas requirió de varios días debido a variables analizadas como la cremación de los cadáveres, las estructuras de posible carácter transitorio alrededor de los recintos y las mismas obras de infraestructura (tumbas, zanjas) que requirieron mantenimiento permanente para evitar su deterioro.

En algunos sectores del cementerio analizado se observa la inhumación de entierros colectivos, mientras que en otros predominan los enterramientos individuales; de igual manera, esta zonificación guarda alguna analogía con la presencia o ausencia de ajuar, así como la posición flexionada o no de los cuerpos.

La suposición de que los cementerios prehispánicos tempranos eran de alguna forma concentrados no se corrobora ya que para un área amplia como la investigada hasta el momento, se han encontrado cuerpos aislados (incluso en diferente posición y orientación) al resto de tumbas aparentemente concentradas, posiblemente pertenecientes a trofeos de guerra, enfermos o individuos pertenecientes a otras comunidades. Estudios complementarios de ADN, paleopatología y poblacionales podrían aportar elementos para despejar estas incógnitas.

Dentro de las similitudes con otros cementerios afines tenemos:

1. La disposición de los cuerpos y del ajuar con respecto a la orientación del individuo es bastante similar a la registrada en los cementerios prehispánicos relacionados con Malagana, Coronado y Santa Bárbara. El ajuar se localiza generalmente debajo o sobre el cuerpo, arriba de la cabeza y cerca de los pies.
2. Como en otros yacimientos (Coronado, Santa Bárbara, El Sembrador y La Cristalina), fue bastante evidente la inhumación de restos de animales asociados a las tumbas.
3. Similar a lo registrado en El Cerrito y en Santa Bárbara, se presenta una relación de entierros colectivos correspondientes a mujeres jóvenes asociadas a esqueletos de niños, que quizás fallecieron durante el parto o en los primeros años de vida.
4. Es poco común encontrar individuos que sobrepasen los 50 años de edad al momento de su muerte, lo que confirma la baja expectativa de vida al nacer de estas comunidades prehispánicas tempranas.

Dentro de las diferencias con otros cementerios culturalmente afines tenemos:

1. Poca presencia de cuentas de collar al interior de la boca o asociadas al esqueleto.
2. No es muy común en las estructuras fúnebres encontrar marcadas diferencias entre pozo y cámara como las evidenciadas en los cementerios de Santa Bárbara y Coronado.
3. Existen algunas variaciones en la cerámica de sitios con otros yacimientos sincrónicos, especialmente en lo referido a formas.
4. Las obras complementarias fueron bastante evidentes en el yacimiento del Estadio y estuvieron relacionadas con el control del nivel freático del lugar ceremonial. Zanjas transversales provenientes de cada recinto desembocan o desaguan en zanjas longitudinales que a su vez se ubican perimetralmente al cementerio.
5. El relleno del pozo suele ser muy limpio en el sentido de que no se presentan concentraciones masivas de material cultural como cerámica o líticos.
6. Existe una alta presencia de entierros colectivos.
7. La orientación de los individuos no parece constituirse en un patrón como fue lo observado en Coronado y Santa Bárbara.

8. Presencia de rituales de acompañamiento caracterizados por el enterramiento de animales (dantas o tapires) como ofrendas, y depósitos redondeados con materia orgánica (carbón, semillas, restos de animales).

4.4. El Sembrador

La finalidad de este trabajo en la urbanización “El Sembrador” fue rescatar la mayor cantidad de sitios representados básicamente por tumbas prehispánicas pertenecientes al período Malagana. En total se realizaron 22 excavaciones, de estas se denominaron tumba a 11 de donde se recuperaron restos correspondientes a 6 individuos y en tres de ellos se rescataron restos de vasijas completas correspondientes a ajuares funerarios (Fig. 24, 25, 26). Además de estos 11 sitios se excavaron otros 11 rasgos de origen antrópico entre los que se pudo identificar un posible canal de desagüe y un sifón vertical utilizado para el control del nivel freático y de aguas lluvias, que debieron correr en sentido este-oeste en este sector.

También se excavó un relleno en el que se encontraron desechos de talla y varios rasgos oscuros asociados a contextos funerarios, que quizá hicieron parte del cementerio o cementerios prehispánicos, ya que se encontraron restos óseos humanos en dos sectores distantes entre ellos.

En la adecuación para la vía de la calle 18^a al norte de la manzana 46, apareció un evento arqueológico importante, consistente en un rasgo de un canal prehispánico, que posiblemente fue utilizado para el manejo de aguas, asociado a un pozo redondo de más de 4 metros de profundidad que eventualmente cumplió las funciones de sifón vertical, aprovechando precisamente las características de permeabilidad de estos suelos en sus horizontes inferiores.

Varios rasgos como este se han detectado en toda el área de construcción de El Sembrador, según informó el operario de la retroexcavadora. Con el fin de contextualizar este hallazgo, se realizaron dos cortes transversales en el rasgo del canal, detectándose cerámica prehispánica a manera de relleno que seguramente posibilitó la oxigenación del mismo. De acuerdo con el análisis espacial adelantado, todo parece indicar que el canal permitía que las aguas corrieran en sentido oriente-occidente, siguiendo la topografía del lote, además es muy posible que controlara las aguas superficiales que descienden de la cordillera Central hacia el río Palmira o Bolo e incluso la transportara hasta sitios adecuados con antelación para labores agrícolas.

Las labores de descapote permitieron hacer un seguimiento de la zanja prehispánica la cual reportó una longitud total de 30 m., el ancho promedio fue de

96 cm. para los lados más regulares, pero en algunos sectores se calculó un ancho de 200 cm., debido a que durante su uso, al colmatarse las paredes fueron derrumbándose progresivamente por la presencia de horizontes limo-arenosos sin estructura.

En general los cortes transversales practicados a la zanja prehispánica, arrojan datos interesantes como el reporte de manchas de oxidación que demuestran que efectivamente en algún momento estuvieron colmatados o por lo menos en uso, que la forma de los rasgos es bastante irregular, pero que a grandes rasgos conserva una silueta de bolsón en “U”, en cuyo interior se evidencia cerámica, líticos e incluso huesos de animal y piedrillas, que a manera de relleno pudieron facilitar la oxigenación de la obra y como detalle importante se evidencia el manejo de la pendiente del lugar por parte de las sociedades prehispánicas que podría superar lo que a su vez sugiere que el terreno no fue completamente plano hace 2.000 años.

Otro dato interesante correspondió al cálculo que logró hacerse de la pendiente de la zanja (Fig. 22) en una distancia de 14,6 metros que separan los dos cortes, y que fue calculada en 9 grados. Este tipo de evidencia puede estar sugiriendo dos cosas: la primera de ellas es que definitivamente queda demostrado que la llamada suela plana del Valle del Cauca no lo fue en tiempos prehispánicos y que por el contrario los antiguos habitantes de la región, manejaron una geomorfología ligeramente ondulada, la cual fue aprovechada precisamente para el manejo de las aguas subterráneas de superficie mediante una compleja red hidráulica.

El segundo aspecto, corresponde a las verdaderas intenciones de manejar este grado de pendientes en distancias tan cortas, como pudo ser el de aligerar la caída de las aguas o lograr procesos de desarenación de los sistemas hidráulicos.

Sin embargo, es posible que este tipo de obras de ingeniería hidráulica, hayan sido elaboradas como adecuaciones complementarias de sitios con alguna función específica como campos de cultivo, cementerios, zonas de vivienda entre otras; de hecho ya existen reportes de este tipo de obras asociadas a cementerios Tempranos, como el del Estadio del Deportivo Cali en Palmaseca y en el sitio arqueológico de Malagana en El Bolo (Blanco *et al.*, 2003, Blanco *et al.*, 2004; Herrera, Patiño y Cardale, 2002).

La cerámica manifiesta rasgos muy similares a los reportados en Coronado y el estadio del Deportivo Cali (Fig. 24, 25, 26). Un relleno antrópico de forma circular con densidades de material bastante altas entre lo que se recuperó carbón vegetal, semillas carbonizadas, líticos, cerámica y huesos de animal el cual estaba asociado a la tumba 1 fue el seleccionado para ser fechado por el método del C-14. Se obtuvo un dato de 50 ± 100 a.C. (Beta 203731).

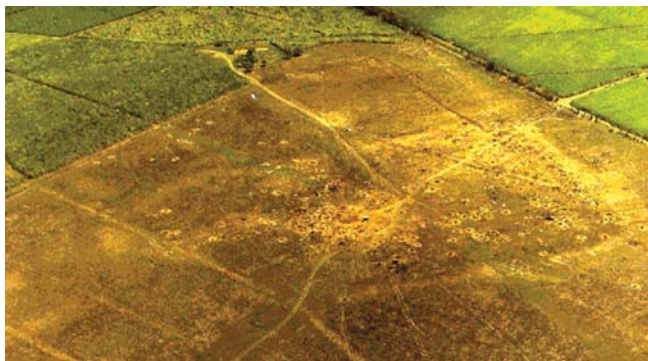


Figura 14. Vista aérea de Malagana donde se aprecian múltiples huecos de guaquería (Cardale, 2005:145).



Figura 15. Figuras sentadas de El Bolo (Malagana).



Figura 16. Santa Bárbara, tumba 36.



Figura 17. Estadio Deportivo Cali, tumba 7 (Chamana curadora).



Figura 18. Estadio Deportivo Cali, enterramiento colectivo de tumba 44.



Figura 19. Estadio Deportivo Cali, tumba 46.



Figura 20. Estadio Deportivo Cali, tumba 45.



Figura 21. Eburnación en cóndilo femoral medial, tumba 10/1, Estadio Deportivo Cali.



Figura 22. Canales de drenaje, El Sembrador.



Figura 23. Tumba 6 con pozo rectangular y fosa oval.



Figura 24. Vasija con diseño aplicado y decoración circular, tumba 6, El Sembrador (Colección MAC, INCIVA).

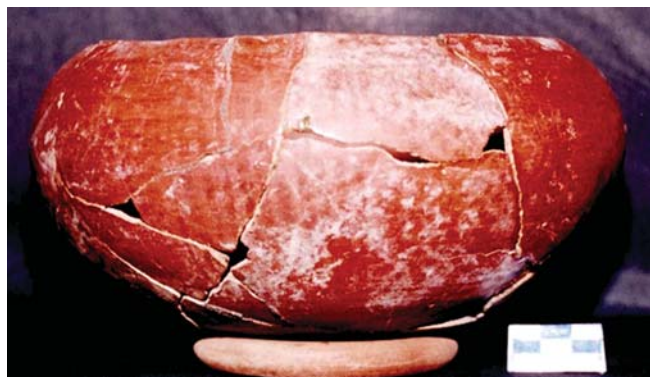


Figura 25. Cuenco rojo de boca y diseño geométrico en pintura negativa, tumba 6, El Sembrador (Colección MAC, INCIVA).



Figura 26. Cántaro de borde sinuoso, tumba 6, El Sembrador (Colección MAC, INCIVA).

Capítulo 5

Rituales funerarios y chamanismo en el cementerio de Coronado (Siglos III a.C. a III d.C.)

JOSÉ V. RODRÍGUEZ, *Dpto. Antropología Universidad Nacional de Colombia*

SONIA BLANCO, *Investigadora INCIVA*

ALEXANDER CLAVIJO, *Investigador INCIVA*

5.1. El ritual funerario como fuente de información

Todo ser biológico transita por el ciclo de vida: nacimiento, crecimiento, reproducción y muerte. Desde que las sociedades humanas tomaron conciencia de éste fenómeno –quizá desde el Paleolítico Medio- han intentado trascender después de la muerte, buscándole una última morada a sus difuntos, tratando de conservar el cuerpo para la posteridad, acompañando el ritual funerario con ceremonias y ofrendas características de cada época, según su filiación social, sexual, edad y circunstancias de la muerte, dejando para la posteridad evidencias a manera de recintos funerarios (tumbas, sarcófagos, pirámides, montículos), ajuares y restos humanos (Matos, 1999:12). Por esta razón, el ritual funerario constituye una de las fuentes más importantes para el conocimiento de las sociedades del pasado, en tanto que es una práctica universal y tradicional, diferenciada según las dimensiones del tiempo, el espacio y las características socioculturales de cada grupo. Además, las tumbas presentan una alta concentración de información (recinto, ajuar, cuerpo) dispuesta mediante un repertorio seleccionado de acuerdo a la cosmovisión de cada sociedad, muchas veces en buen estado de conservación lo que brinda una amplia y diversa información sobre su pasado.

Desde la perspectiva teórica se ha avanzado en su análisis. Si inicialmente se mantuvo cierto escepticismo sobre su significado por las dificultades de entender el mundo de los muertos, la arqueología soviética en los años 30, y, posteriormente la corriente occidental procesualista de los años 80 plantearon que existe una relación directa entre la complejidad de la ceremonia funeraria y la complejidad de la sociedad a la que pertenecía el individuo, por lo que trataron de medir la inversión de energía o grado de riqueza en las tumbas para ubicar los diferentes estratos sociales (Alekschin, 1983:139; Binford, 1972: 226-232; O'Shea, 1984). Posteriormente algunos críticos postprocesualistas anotaron que estas diferencias no son individuales sino de grupos socio-económicos y socio-ideológicos con asimetrías sociales, y

por consiguiente, el valor social de los productos funerarios debe ser calculado sobre la base del trabajo social necesario establecido por las relaciones sociales de producción (Mata, 1993; Lull, 2000:380). Finalmente, para los contextos americanos caracterizados por una gran complejidad de rituales como los sacrificios humanos, las cabezas trofeo y el canibalismo ritual en el ámbito de una cosmovisión ecosistémica, se ha anotado que su análisis es más difícil por el significado de objetos sin aparente valor material (caracoles marinos, cuarzo, jade, máscaras rituales) (Ruz, 1991; Manzanilla, Serrano, 1999; Rodríguez, 2005).

La arqueología funeraria ha desarrollado un enfoque que intenta analizar las relaciones entre los tres grandes componentes que participan en el ritual mortuario: la persona social (sexo, edad, deformación cefálica, tratamiento y disposición del cuerpo, enfermedades, demografía), el recinto funerario (forma, tamaño, construcciones internas, ubicación espacial) y la cultura material (tipo, cantidad, disposición y significado social del ajuar).

Una de las aportaciones del procesualismo fue el énfasis en el análisis estadístico para el descubrimiento de relaciones entre las variables (correlación de Pearson), la evaluación del significado estadístico de esas relaciones (prueba de Chi-cuadrado), la interacción de conjuntos de artefactos (análisis de componentes principales), y las comparaciones entre grupos (análisis de conglomerados jerárquicos) para determinar la filiación étnica; también en las comparaciones etnográficas como fuente para descubrir regularidades en el comportamiento mortuario de las sociedades del pasado (O'Shea, 1985:20).

En los recientes estudios funerarios se ha añadido la dimensión correspondiente a las condiciones de vida (estilo o modo de vida, ecología humana) de las poblaciones del pasado, en donde gracias al análisis de paleodieta, paleodemografía y paleopatología, además de craneometría, se puede establecer la relación entre la salud y la diferenciación social, con lo que se adquiere un conocimiento más complejo del pasado (Márquez, 1998; Wysocki, Whittle, 2000; Rodríguez, 2005).

En Colombia mediante el análisis mortuario se ha tratado de corroborar o desvirtuar las versiones de los cronistas del siglo XVI d.C. sobre la existencia de una fuerte jerarquización social en las sociedades tardías, consistente en entierros suntuosos, momificación y la ubicación de los restos en cuevas o sitios elevados (Simón, 1981). Para los muiscas del altiplano Cundiboyacense, por ejemplo, por un lado se ha planteado diferenciación de estatus en el área No. 4 de Sogamoso, expresada en la acumulación exclusiva de objetos tales como estatuillas de piedra y cerámica con representaciones antropomorfas o zoomorfas, pintaderas, instrumentos musicales

en caracol marino y adornos personales orfebres (Silva, 1945). Entretanto, los estudios de amplios cementerios del Cercado Grande de los Santuarios, Tunja, Boyacá (Pradilla, 2001:194) y de la Sabana de Bogotá (Boada, 2000:41), evidencian que en esos yacimientos no se aprecia un alto nivel de jerarquización sociopolítica, y que la diferenciación social se basaba en la dimensión rango heredado; dentro de este último se ha indicado que la deformación cefálica intencional la puede reflejar (Boada, 1995). Mientras que para Tunja se asevera que ni el sexo ni la edad constituyeron dimensiones de jerarquía, para Bogotá se sugiere que la diferenciación social estuvo basada en esas variables y en el rango heredado.

En el Valle del Cauca su estudio ha logrado ubicar diferencias en el tiempo y el espacio en cuanto a la forma y dimensiones de los recintos funerarios, y ante todo, según las características del ajuar funerario en los períodos Ilama, Yotoco y Sonso de la región Calima (Salgado, Rodríguez, 1996; Cardale, 2005). Para el valle del río Cauca se han adelantado aproximaciones sobre las prácticas funerarias de yacimientos agroalfareros tempranos (Blanco *et al.*, 1998, 1999, 2004, 2005; Cardale ed., 2005; Rodríguez, 2005; Rodríguez *et al.*, 2005;) y tardíos (Rodríguez, Stemper, 1994; Rodríguez *et al.*, 2000, 2006).

En La Cristalina, El Cerrito (Rodríguez *et al.*, 2005), se excavó un cementerio (siglos IV a.C. a V d.C.) con una nueva forma de enterramiento cuyo ajuar era monticular y la cerámica estilísticamente relacionada con los sitios tempranos (Coronado, estadio del Deportivo Cali, El Sembrador, Malagana), aunque sin cuentas de cuarzo (Fig. 5). En este cementerio del sexo dependen la deformación craneal, la presencia de ajuar, la orientación del esqueleto; de la edad dependen la forma de la entrada hacia el pozo y la ubicación de la tumba; las construcciones internas y la forma de la fosa y del pozo están muy relacionadas entre sí. Las condiciones de vida de esta población fueron muy precarias por las características anegadizas de la zona; también se reporta el único caso de agresión con el consecuente trauma craneoencefálico y en actitud defensiva de antebrazo. Sin embargo, la muestra de El Cerrito (24 individuos) puede estar influenciada por el tamaño reducido de la muestra y la ausencia de ajuar al interior de las tumbas, de ahí la alta probabilidad de sesgo en sus conclusiones. En este sentido el cementerio de Coronado ofrece una gran ventaja pues incluye una muestra de mayor tamaño (112 individuos) y la posibilidad de un análisis más representativo desde la perspectiva estadística.

El presente reporte expone un análisis estadístico sobre las distintas variables culturales y biológicas mortuorias de una necrópolis excavada entre 1998-1999 por el INCIVA y que hasta el momento no se tenían informes completos publicados,

con el propósito de tratar de entender la intencionalidad y condiciones de vida de la sociedad que la construyó.

5.2. El contexto arqueológico de Coronado

Ubicado sobre un aterrazamiento con coordenadas $3^{\circ} 33' 15''$ norte, $76^{\circ} 18' 54''$ oeste (entre las coordenadas $X= 884.000$ N y $X=886.000$ N y $Y=1'084.000$ E y $Y=1'086.000$ E) (Departamento Administrativo de Planeación Palmira, febrero 1997) (Fig. 27). Está delimitado por los barrios 20 de julio al oriente, Ingenio Central Tumaco al occidente, al norte con algunas ladrilleras y el barrio Coronado y hacia el sur con las urbanizaciones Villa Caimitos, Poblado Lourdes y Palma Real y el tradicional barrio Caimitos, derivados todos ellos de lo que antiguamente correspondió a la denominada hacienda Los Caimitos.

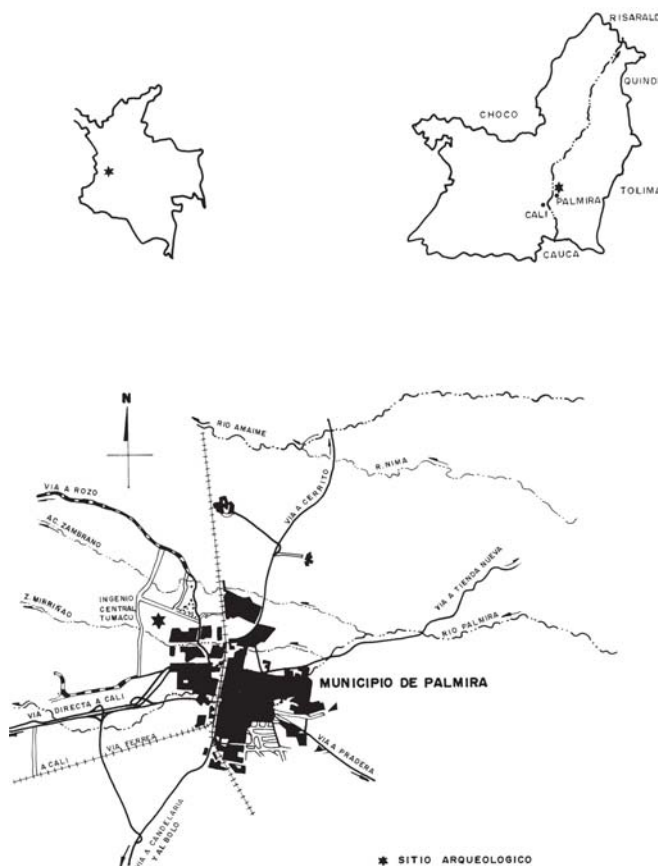


Figura 27. Plano de ubicación del yacimiento arqueológico.

Geomorfológicamente, la zona hace parte de la terraza aluvial subcreciente y antigua (T) donde se localiza el casco urbano de Palmira. Los zanjones Mirriñao y Zambrano también aportaron otros materiales conformando suelos de carácter fértil, situación que facilitó el asentamiento y la construcción de sitios ceremoniales como el cementerio evidenciado (Blanco, Clavijo, 1999).

Durante el proceso de excavación se dividió el sitio en tres áreas siguiendo la proyección de las vías trazadas en la ciudad, las cuales se denominaron Área 1, 2 y 3 (Fig. 28). Dentro de cada área se excavaron las distintas estructuras antrópicas tratando de conservar su forma arquitectónica original, hasta llegar al espacio del cuerpo (restos óseos), en donde la remoción del material se realizó más lenta para obtener un mejor registro y no deteriorar los cuerpos ni los ajuares. Estos contextos se nombraron consecutivamente en orden de aparición y de manera independiente para cada área.

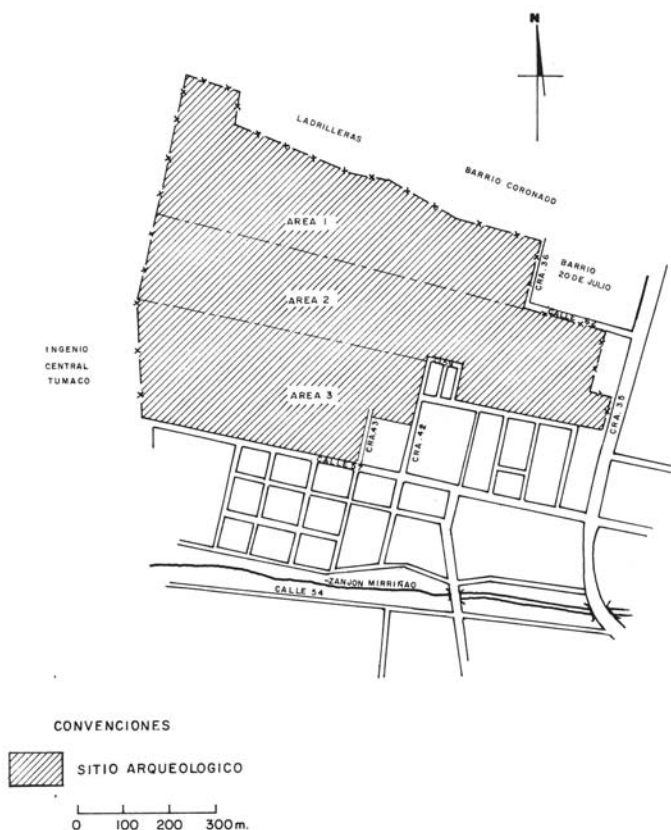


Figura 28. Delimitación de las áreas arqueológicas de Coronado.

De cada contexto se realizaron dibujos en planta a escala 1:10, indicando las profundidades de cada una de las líneas y objetos encontrados, lo mismo que el ángulo de desviación del eje del esqueleto con respecto al norte magnético; también se levantó un plano general del sitio a escala 1:200. Cada contexto se registró igualmente en diario de campo y se fotografió. Los restos óseos fueron analizados en el Laboratorio de Antropología Física de la Universidad Nacional de Colombia (Medina, Romero, 1999), y el ajuar en el laboratorio de arqueología del Museo Arqueológico Calima El Darién del INCIVA (Cabal, 2006). Las investigadoras Marianne Cardale y Leonor Herrera participaron en la excavación y análisis de las primeras 37 tumbas del área 1 (Herrera, Cardale, 1999). Para el presente reporte se revisó todo el material, al igual que los informes de campo y laboratorio, y se elaboraron las gráficas respectivas por parte de Yolanda Jaramillo con base en los borradores existentes en los archivos del INCIVA. El antropólogo Gustavo Cabal finalizó la labor de laboratorio, contribuyendo a la restauración de algunas piezas con cuyo informe obtuvo su grado profesional (Cabal, 2006).

La excavación del sitio evidenció 165 unidades, 86 excavadas en el área 1, 46 en el área 2 y 33 en el área 3. Durante el proceso de ubicación de los contextos y caracterización general del sitio se realizaron más de 200 pozos de sondeo y más de 1000 cateos con media caña. Todos los materiales culturales correspondientes a estos contextos se encuentran en el Museo Arqueológico Calima del INCIVA y existe una tabla descriptiva hasta la tumba 50 del área 1 presentada como informe al ICANH en junio de 1999 (Blanco *et al.*, 1998, 1999; Herrera, Cardale, 1999; Medina, Romero, 1999; Cabal, 2006).

Las tumbas en su mayoría eran de pozo con fosa frontal (semicámara, antecámara, cámara) rectangular, oval y cuadrangular, aunque también se evidenciaron nichos, escalones, zanjas y divisiones entre el pozo y la fosa. El esqueleto yace por lo general en posición de decúbito dorsal y los miembros extendidos, en posición sedente, de decúbito lateral izquierdo o derecho. La mayoría presenta orientación NS de la línea cabeza-pies, aunque se observan algunos orientados EW, NW e incluso SN.

El ajuar está compuesto por 162 vasijas rituales y domésticas (máscaras, cuencos grises y rojos, alcarrazas, vasos silbantes, cántaros, figuras zoomorfas, figuras antropomorfas, volantes de huso, piezas orfebres, cuentas de collar), colocadas cerca del cuerpo (al lado de la cabeza y hombros, entre las piernas, alrededor de los pies). Las ofrendas más llamativas fueron las máscaras antro-po-zoomorfas, que observan las mejillas hinchadas como si mascaran coca, con los ojos cerrados y el rostro adornado. Abundan las cuentas de collar de cuarzo entre la boca, alrededor

de la cara y cerca de la pelvis; además de cuentas de lidita de forma cilíndrica. También se encontraron cuentas de collar en oro con figura de babilla y otros adornos orfebres con figura de insectos.

La información sobre los contextos funerarios de esta necrópolis se procesó bajo el programa estadístico SPSS versión 14, con 112 casos y 72 variables, para un total de 8.064 registros. A cada variable se le asignaron diferentes etiquetas de valores tratando de abarcar las dimensiones del cadáver (sexo, edad, deformación, enfermedades, demografía, tratamiento, orientación, ubicación del cuerpo), del recinto (forma, tamaño, construcciones internas, ubicación espacial) y del ajuar (cerámica, lítico, hueso animal, orfebrería), en sus posibles variantes, y los casos en que no se pudo realizar la respectiva observación por el mal estado de conservación de los restos, se anotaron como valores perdidos. En total se analizaron 112 individuos teniendo en cuenta aquellos contextos que tuvieran información completa, por lo menos en lo concerniente al recinto y ajuar funerario; de ellos 74 (66,1%) corresponden al área 1, 23 (20,5%) al área 2 y 15 (13,4%) al área 3.

El yacimiento se puede ubicar cronológicamente, hasta donde las fechas lo permiten, entre el 200 a.C. al 200 d.C. (Tabla 8).

Tabla 8. Fechas de radiocarbono de las tumbas de Coronado

Área	Tumba	Beta-Analytic	Fecha	Calibrada
1	5	121151	200±70 d.C.	120-435 d.C.
1	10	121153	140±40 d.C.	
1	17	121154	140±50 d.C.	
1	47	121155	10±30 d.C.	
2	6	121152	200±80 a.C.	385 a.C.-25 d.C

5.3. El difunto

5.3.1. El sexo y la edad

Según el sexo 35 individuos (31,3%) corresponden a infantes a quienes no se les pudo establecer el género, 12 (10,7%) indeterminados por su precario estado de conservación, 20 (17,9%) son femeninos y 45 (40,2%) masculinos; la gran mayoría son varones, con una proporción por sexos de 1:2,25 mujeres, planteando un desequilibrio que bien puede obedecer a condiciones desiguales de vida, donde o había más hombres en la sociedad (característica de pueblos guerreros), o simplemente que ellos eran más susceptibles a la morbi-mortalidad (cuando la mujer goza de un buen estatus social).

La mayoría de la población es joven, donde 7 individuos (6,3%) son fetos, 23 (20,5%) infantiles del grupo I (de 0-6 años de edad), solamente 4 (3,6%) infantiles del grupo II (entre 7-12 años), 8 jóvenes (7,1%), un grupo grande de 29 (25,9%) adultos jóvenes (20-35 años), 30 (26,8%) adultos medios (36-55 años), ausencia de personas de edad senil, y 11 individuos (9,8%) no se pudieron clasificar por su mal estado de conservación. Comparativamente hay menor cantidad de jóvenes mujeres (5 o 27,8%) que varones (21 o 47,7%), pero mayor número de adultas medias (55,6%) que hombres (18 o 40,9%). El área 3 observa mayor población infantil (46,7%) y joven (20,0%) que las áreas 1 (23,9% y 7,0% respectivamente) y 2 (36,4% y 0% respectivamente).

La reconstrucción de la tabla de vida de este cementerio evidencia que la esperanza de vida era baja, 22,3 años al nacer, la mortalidad infantil alta para los primeros 10 años de vida alcanzando el 35,5%. La probabilidad de muerte entre los niños de 0-4 años es de 0,300, la de los jóvenes de 10-14 años de 0,000 –había muy poca probabilidad de que los muchachos fallecieran a esta edad- y se incrementa significativamente a partir de los 25-29 años, con una cifra inicial de 0,246, y de 0,664 entre los 40-44 años. No figuran personas de más de 50 años de edad

5.3.2. La deformación craneal

En esta sociedad se practicaba la deformación craneal, donde 33 individuos (29,5%) la manifiestan. A nivel sexual se aprecian diferencias muy pequeñas ya que 10 mujeres (52,6%) la manifiestan al igual que 22 varones (47,8%). El área 1 presenta mayor frecuencia de deformación (25 individuos o 33,8%), en comparación con las áreas 2 (5 o 21,7%) y 3 (3 o 20,0%). Respecto a otras variables tiene una relación positiva con la presencia de construcciones internas (0,407**) y negativas con la existencia en el ajuar funerario de cuentas orfebres (-0,309**) y caracoles marinos (-0,285*).³ Esto podría significar que la deformación craneal como práctica cultural tendría un estatus heredado, practicado tanto por hombres como mujeres, donde los individuos deformados no necesitaban destacarse con piezas orfebres ni caracoles marinos, pero sí mediante construcciones dentro de la tumba (canales divisorios, postes, nichos); con mayor frecuencia en el área 1.

5.3.3. El tratamiento del cuerpo

Esta variable es difícil de observar pues los procesos tafonómicos –de alteración postmortem del cuerpo- pueden tener tanto causas endógenas como exógenas.

³ Correlación bilateral de Pearson, * Significativo a nivel 0,05; ** significativo a nivel 0,01.

Los primeros se relacionan con los tratamientos que se le brindaron al cadáver durante el ritual de entierro, que pueden ser la pigmentación, el moqueado o cremación, la incineración y la momificación. Los exógenos dependen de la acidez y composición de los suelos, la presencia de agua subterránea, la vegetación cuyas raíces pueden penetrar y perturbar el material orgánico, la acción de fauna cadavérica y la perturbación por saqueo contemporáneo. Una de las orientaciones para establecer si el cuerpo fue cremado es la desarticulación que se puede producir cuando el cuerpo se seca; al ser colocado en parihuelas y puesto dentro de la tumba algunas partes, especialmente las piernas y brazos se pueden desarticular, sin que al excavar la tumba se detecten huellas de perturbación posterior al entierro. Otro rasgo orientador consiste en el grado de conservación de los restos, pues entre mayor temperatura alcance el cuerpo mayor será su degradación. Un cuerpo bien articulado y en buen estado de conservación se podría considerar sin tratamiento con fuego, o sometido a bajas temperaturas por acción del humo durante el moqueado sobre barbacoas.

La cremación es una forma de deshacerse del cadáver, de reducir el volumen y evitar los malos olores, ya sea por causas materiales o espirituales. Con este procedimiento se tenía la idea de que el alma se separara del cuerpo por efecto del fuego y ascendiera junto con el humo (Ruz, 1991:254).

Del total de 112 casos, 35 (31,3%) esqueletos manifiestan muy buen estado de conservación lo que podría indicar que no se les cremó o simplemente fueron sometido solamente a moqueado –secado o ahumado- sin que se detecte este tratamiento corporal; 33 cuerpos (29,5%) parece haber sido cremados y en 43 casos (38,4%) hay duda sobre su tratamiento.

5.3.4. La orientación

La mayoría de sociedades han tenido la creencia en un mundo de los muertos a donde van a descansar, *jepirra* entre los wayú de la península de la Guajira, los picos nevados entre los panches y quimbayas, *aniraiko* entre los huitotos, *chundwa* en el pico nevado (Colón) más alto de la Sierra Nevada de Santa Marta (Becerra, 1994), u otro “reino o mundo aparejado para disfrutar” (Cieza, 1922:29) como anotaron los cronistas para el valle del Cauca. De ahí que habitualmente los muertos son orientados con la cabeza hacia el lugar de origen, o simplemente mirando hacia donde nace el sol, o hacia donde se oculta para recibir su efecto iluminador, fertilizador.

Los cuerpos estaban orientados en su mayoría (65 esqueletos o 58,0%) nortesur, es decir, con la cabeza hacia el norte o con alguna desviación noreste (10-45°);

sigue la orientación este-oeste (30 esqueletos o 26,8%) y la sur-norte (8 o 7,1%); unos pocos tienen la dirección noroeste (6 o 5,4%), noreste (2 o 1,8%). La orientación del cadáver tiene una relación positiva con el área de pertenencia (0,318**), la inclinación del cuerpo (0,276**), la forma de la tumba (0,199*) y la presencia de figuras antropomorfas (0,207*), volantes de huso (0,207*), huesos animales (0,306**) y semillas (0,271**). La relación es negativa con el sexo (-0,259**), la edad (-0,280**) y la posición del cuerpo (-0,205*). Respecto a las diferencias entre las áreas arqueológicas, se aprecia que la orientación norte-sur predomina en las áreas 1 y 2, mientras que la este-oeste en el área 3, seguida de sur-norte. Esto significa que el Área 3 se diferencia significativamente de las otras dos, ya sea por distinciones cronológicas o sociales (Tabla 9).

Tabla 9. Distribución de la orientación del cuerpo por áreas

Área	Área 1		Área 2		Área 3	
	N	%	N	%	N	%
0-45° (NS)	53	71,6	11	47,8	1	6,7
46-90° (NE)	2	2,7	0	0	0	0
91-135° (EW)	12	16,2	8	34,8	10	66,7
136-180° (SE)	1	1,4	0	0	0	0
181-225° (SN)	1	1,4	3	13,0	4	26,7
271-315° (WN)	5	6,8	1	4,3	0	0

5.3.5. La posición

Las diferentes posturas (extendido, flexionado, dorsal, ventral, sedente, lateral, hacia el lado izquierdo o derecho) se han empleado de forma universal entre todos los pueblos del mundo, aunque algunas han primado sobre otras. Por ejemplo, entre cazadores recolectores del altiplano Cundiboyacense se colocaban flexionados sobre uno de los lados. No obstante, en las sociedades tempranas del Valle del Cauca ha predominado la dorsal extendida, pero, dado que los cuerpos eran cremados y colocados en camillas (parihuelas), parte de los miembros, especialmente los inferiores, se podían desarticular al ser inhumados. La posición boca abajo, hacia el quinto punto cardinal, el centro de la tierra, es muy particular. Entre los Tzutuhiles de México, los cuerpos que morían en accidentes, por asesinato o suicidio, eran considerados impuros y se les enterraba de prisa, sin ceremonia alguna por constituir una amenaza para los vivos; entre los Aymara de Perú y Bolivia eran enterradas en esta posición las mujeres muertas durante el parto, las hechiceras y suicidas (Ruz, 1991:18, 230).

La gran mayoría de esqueletos estaban orientados en posición de decúbito dorsal con los miembros extendidos (98 casos o 87,5%), sigue la posición lateral, por el lado derecho (2 casos o 1,8%) o el izquierdo (2 o 1,8%), la ventral (2 casos o 1,8%) y la sedente inclinado (un solo caso). A nivel sexual no hay mucha diferencia, pues los varones en un 95,5% ocupan la posición dorsal, en comparación con un 88,9% de mujeres. Por áreas la número 1 posee un 84,5% de los casos, mientras que las áreas 2 el 95,5% y la 3 su totalidad (100%); esta última no posee individuos en posición ventral, ni lateral, ni sedente. La variable posición se relaciona positivamente con la articulación anatómica (0,278**), las construcciones internas (0,236*) y la presencia de copas (0,200*); negativamente con la orientación (-0,205*) y la presencia de alcarrazas (-0,189*). Es decir, que los individuos enterrados en posición dorsal extendida habitualmente son los que están articulados con varias construcciones que separan el pozo de la fosa.

5.3.6. La articulación

El grado de articulación del esqueleto depende del tratamiento del cuerpo, y, eventualmente, de alteraciones tafonómicas por acciones antrópicas o de fauna cadavérica. La gran mayoría de restos están articulados anatómicamente (76 casos o 67,9%), el 28,6% (32 casos) estaba desarticulado parcialmente (Fig. 43) y el resto, 3,6% (4 casos), casi totalmente (Fig. 38). A nivel sexual no hay diferencias significativas, pues el 27,8% de mujeres y el 25,0% de varones la evidencian, al igual que el 28,1% de infantes. No obstante, sí existen diferencias entre las distintas áreas; mientras que las áreas 2 y 3 manifiestan una alta frecuencia de articulación con 86,4% (19 casos) y 93,3% (14 casos), respectivamente, el área 1 presenta 59,2% (42 casos), y un 36,6% de casos desarticulados parcialmente. El grado de articulación se relaciona negativamente con el área (-0,270**), la inclinación (-0,227*) y el tratamiento (-0,226*). Es decir, es más probable que un cuerpo cremado, colocado horizontalmente y ubicado en el área 1 tenga evidencias de desarticulación.

5.3.7. La inclinación del cadáver

Los cuerpos observan cierto grado de inclinación (Fig. 41) pues la cabeza se colocaba unos 10-50 cm. por encima de los pies, inclusive hasta asumir una posición casi sedente (T-47 del Área 1) (Fig. 32). El objetivo de este ritual puede obedecer a la intención de colocar la cabeza hacia el astro solar para recibir su efecto fertilizador. Del total de tumbas 46 cuerpos (41,1%) se hallaban dispuestos de manera inclinada y a 13 no se le pudo diagnosticar el grado de inclinación por el

mal estado de conservación de los restos. Los cuerpos femeninos son los más inclinados (10 casos o 52,6%), en comparación con los masculinos (18 casos o 39,1%) e infantiles (14 o 40%). Con relación a la distribución espacial, el área 3 presenta el mayor número de cuerpos inclinados (12 individuos u 80%), mientras que en la 1 solamente 26 (35,1%) y 8 (34,8%) en la 2. Entre las diferentes variables la ubicación por área (0,304**), la orientación (0,276**), la forma de la tumba (0,345**), el tratamiento del cuerpo (0,214*) y la presencia de ollas (0,199*) en el ajuar funerario tienen relación positiva; entretanto, la articulación (-0,227*), el número de individuos (-0,209*) y la forma de la fosa (-0,336**) poseen una relación negativa. Al parecer hay mayor probabilidad de que un cuerpo del Área 3, orientado NS, femenino, con tumba de pozo y fosa (antecámara), individual, se encuentre inclinado.

5.3.8. La clase de entierro

La totalidad de tumbas corresponde a la clase de entierros primarios, es decir que se les inhumó inmediatamente después de la ceremonia mortuoria. El entierro secundario, cuando los restos son removidos para ser colocados en urnas funerarias no se observa en este cementerio.

5.3.9. El tipo de entierro

Los cuerpos pueden ser colocados directamente sobre la tierra, dentro de camillas o parihuelas, en sarcófagos, urnas funerarias, copas o ataúdes. En Coronado en un 18,5% se apreciaron las huellas de parihuelas (Fig. 42), pero no se descarta que dado que el material empleado a manera de ataúd era perecedero éstas no se hallan conservado.

5.3.10. El número de individuos

La gran mayoría de tumbas están representadas por entierros individuales (89,8%); el resto, 10,2% corresponde a entierros duales, pertenecientes quizás a miembros del grupo familiar, hombre y mujer, o grupo de niños.

5.4. El recinto funerario

5.4.1. Forma de la tumba

La mayoría de tumbas son de pozo con fosa (semicámara o antecámara pues no constituyen una cámara completa con techo abovedado) frontal o lateral (81 o 72,3%), predominando en las áreas 1 (93,3%) y 2 (76,1%), y en igual proporción

con relación a las tumbas de pozo simple en el área 3 (50%). Esta última forma de tumba se halla en el 23,9% y 6,7% de los casos de las áreas 1 y 2, respectivamente. La forma de pozo y fosa predomina más en los entierros femeninos (88,9%) que en los masculinos (71,1%), y, al contrario, el pozo simple en los masculinos (30,4%) en comparación con los femeninos (10,5%) e infantiles (25,7%). La forma de la tumba observa una relación directa con la inclinación del esqueleto (0,345**), las construcciones internas (0,228*) y la orientación del esqueleto (0,191*); negativa con la forma de la fosa (-0,966**). Es decir, las tumbas de pozo y fosa poseen habitualmente el esqueleto inclinado orientado hacia el norte y en su interior se destacan las construcciones internas; predominan los individuos femeninos.

5.4.2. Forma del pozo

El pozo habitualmente es de forma rectangular, en un 94,6% de los casos totales, y en el 91,9%, 100% y 100% de los casos de las áreas 1, 2 y 3, respectivamente. Las formas cuadrangular, oval e irregular son muy raras. El pozo varía entre 50-110 cm de anchura y longitud.

5.4.3. Forma de la fosa

Si bien predomina la forma rectangular (60,2%), también se aprecian las formas irregulares (6,5%), ovals (4,6%) y sin fosa (27,8%). La forma oval se encuentra solamente en entierros femeninos (11,1%).

5.4.4. Construcciones internas

Algunas tumbas tienen un escalón (25%) entre el pozo y la fosa, otras un canal divisorio (4,5%), unas terceras presentan huellas de postes divisorios (13,4%) y muy pocas nichos (4,5%); la gran mayoría no evidencia divisiones (48,2%). Los postes (22,2%) y canales divisorios (11,1%) predominan en los entierros femeninos, y los escalones (33,3%) en los masculinos.

A su vez, el área 3 concentra la mayor cantidad de construcciones internas reportadas, como los postes (20%), escalones (46,7%) y canales divisorios (26,7%), aunque no se evidencian nichos. Su relación es positiva con la deformación craneal (0,407**), la posición del esqueleto (0,236*), la forma de la tumba (0,228*), el área arqueológica (0,201*) y el número de individuos enterrados (0,186*); la relación es negativa con la forma de la fosa (-0,241*). Esto significa que las tumbas con construcciones internas por lo general, corresponden a individuos deformados, enterrados en posición dorsal extendida en tumbas de pozo y fosa.

5.5. El ajuar

La costumbre de ofrendar a los muertos se remonta al Paleolítico y marca el inicio de los rituales funerarios. En casi todas las sociedades prehispánicas de Suramérica se creía que el alma de los muertos viajaba a otro mundo, semejante al que tuvo en la tierra, donde iba a enfrentar muchas pruebas amenazadoras, por lo que requeriría de sus enseres. Por temor a las venganzas o desagrazos del muerto y evitar daños a los sobrevivientes, o recordar su memoria, se le rendían honores a manera de recordatorios (flores u otros objetos). De aquí la costumbre de colocar ofrendas a los difuntos, por lo general comida, bebida, sus pertenencias personales –cuando no se destruían o “mataban”-, como útiles de trabajo, armas, adornos, figurillas y otros. En algunas ocasiones se sacrificaban animales, inclusive seres humanos como prisioneros presos en los combates y las mujeres de los personajes principales. La casa del difunto se abandonaba, desmantelaba e inclusive se podía quemar. Las ofrendas funerarias tenían como objetivo no solamente agradar a los muertos, sino también “los medios de proseguir en el más allá la vida material que tuvieron sobre la tierra, de que sigan existiendo como “cadáveres vivos” (Ruz, 1991:261).

A la llegada de los españoles Pedro de Cieza de León (1922:78) refería que los indígenas daban algún crédito a pensar que “los cuerpos todos han de resucitar... en parte que ellos han de tener gran placer y descanso, por lo cual les echan en las sepulturas mucha cantidad de su vino y maíz, pescado y otras cosas, y juntamente con ellos, sus armas, como que fuesen poderosas para librar de las penas infernales”.

La cantidad, calidad, tipo de material y significado del ajuar se relacionaba con las normas de la sociedad según su concepción de la vida y de la muerte, el grado de desarrollo sociocultural, la presencia de jerarquías o estatus (sociales, sexuales, por edad) y el tipo de muerte.

En Coronado hay una gran diversidad de ofrendas de cerámica, hueso, lítico y orfebre. Referente a la cerámica aquí predominan las piezas de superficie monocromas rojas y cafés, y la decoración más recurrente es la impresión circular que aparece en los cuencos con forma de campana invertida, con variantes en cuanto a la cantidad de impresiones y diseños construidos. Otra decoración menos recurrente es la construcción de diseños a partir de incisiones y la presencia de apliques. Aparecen igualmente algunas representaciones de animales, figuras humanas (completas y máscaras), una representación de vivienda, representación vegetal y figuras estilizadas.

5.5.1. Ubicación espacial

El ajuar por lo general se ubica cerca del cuerpo y dentro de la fosa o antecámara; en el pozo básicamente se hallaron fragmentos cerámicos.

5.5.2. Ubicación cerca del cuerpo

Las personas que procedieron a la inhumación de los cuerpos en esta sociedad, por lo habitual rodeaban el cuerpo con distintas ofrendas como si se quisieran retener las energías del difunto. A lado de la cabeza colocaban alcarrazas, cuencos y otras vasijas, y dentro de la boca cuentas de collar de cuarzo. Al parecer también ubicaban collares de lidita y de cuentas orfebres alrededor del cuello, las narigueras en su lugar anatómico; a los pies colocaban igualmente cuencos y otras vasijas.

5.5.3. El tipo de ajuar

5.5.3.1. Máscaras y chamanismo

Este tipo de ajuar solamente se presentó en dos tumbas del área 1 (No. 47 y 51), puestas por parejas, una de tipo humano (Fig. 44, 45) y otra zoomorfa, entre ellas el hombre-murciélago (Fig. 46). Es uno de los objetos más representativos y espectaculares de Coronado, y en general de los yacimientos tempranos de Palmira (Malagana) (Fig. 10, 11, 12, 13). Se encuentran relacionadas con la presencia de narigueras cerámicas (0,626**), huesos animales (0,491**), pulidores líticos (0,395**) y figuras antropomorfas (0,297**).

La máscara es definida como una pieza que recubre el rostro, elaborada de diversos materiales (oro, cerámica, calabaza, tallada en madera), mediante la cual su portador pretende disfrazarse y personificar aquello que la máscara representa. En todo uso de máscaras existe un trasfondo de concepciones mágico religiosas, donde los portadores encarnan a dioses y demonios, que suelen intervenir con carácter festivo en “danzas de máscaras”, cuya finalidad es el conjuro, la magia de la caza o el rito de iniciación (Becker, 1997:206). Algunas veces la máscara representa el emblema de una sociedad secreta, y con sus decoraciones entre grotescas y tristes de semblante humano con formas animales intentan espantar. Las máscaras fueron parte de la parafernalia de los chamanes americanos y valle caucanos. (Cardale, 2005: 66-67).

La decoración de las máscaras de Coronado parece reflejar el estado de trance de los chamanes después de ingerir sustancias alucinógenas. En el noroeste de Suramérica el psicotrópico más empleado es el yajé (*Banisteriopsis caapi*) o “bejuco de los dioses”, intoxicante mágico “para liberar el alma de su confinamiento corporal para que viaje libremente fuera del cuerpo y regrese a él a voluntad. El alma, así liberada, lleva a su poseedor de las realidades de la vida cotidiana a un reino maravilloso que considera real, en el que él permite comunicarse con sus antepasados” (Schultes, Hofmann, 2000:124).

El yajé es la gran medicina y guía de chamanes especializados; produce náuseas, vértigo y vómito y conduce a estados eufóricos o agresivos, donde la persona en

trance “vuela como las aves” y ve serpientes gigantescas, jaguares, murciélagos o seres fantásticos. En este estado el chamán se puede convertir en uno de esos animales y ejercer sus poderes; puede diagnosticar enfermedades, resguardar a su pueblo de desastres u otros ataques, adivinar las tretas de los enemigos o profetizar el futuro. Quienes lo ingieren ven a sus dioses, primeros humanos y animales y llegar a comprender el lugar que ocupan en sus comunidades (Ibíd., 127). Estas visiones suelen estar representadas en la cerámica (Archila, 1996; Rodríguez C. A., 2002; Cardale, 2005) y en la orfebrería (Reichel-Dolmatoff, 2005) de los períodos Ilama (Bolo Temprano) y Yotoco del Valle del Cauca (Calima, El Bolo).

En la orfebrería de este periodo en la región de El Bolo (Malagana) también son frecuentes las máscaras orfebres que expresan semihumanos o semianimales, sea que representen al chamán en su trance, o sirvieran de amuleto o de identificadores de pertenencia étnica (Bray, 2005:115).

Las máscaras en los contextos de las sociedades indígenas poseen una connotación muy especial, pues habitualmente se relacionan con los mitos fundadores de cada grupo, semihumano y semianimal de los protagonistas, con los rituales de iniciación cuando se accede a un nuevo título o su tránsito a un nuevo estatus (Llanos, 1995:155). Cada máscara posee un mensaje en oposición, donde una connota y otra vehicula, cumpliendo funciones sociales o religiosas, y a cada tipo de materiales se vinculan mitos que tienen por objeto explicar su origen legendario o sobrenatural. Como señala Claude Lévi-Strauss (1981:18):

“Considerado desde el punto de vista semántico, un mito no adquiere sentido sino una vez devuelto al grupo de sus transformaciones; igualmente, un tipo de máscara, considerado desde el solo punto de vista plástico replica a otro tipo, cuya éntasis y colores transforma asumiendo su individualidad. Para que esta individualidad se oponga a la de otra máscara, es preciso y basta que impere una misma relación entre el mensaje que la primera máscara tiene por función transmitir o conotar y el mensaje que, en la misma cultura o en una cultura vecina, la otra máscara se encarga de vehicular. Desde este punto de vista, por consiguiente, deberá apreciarse que las funciones sociales o religiosas asignadas a los diversos tipos de máscaras que oponemos para comparar, guardan, entre ellas, la misma relación de transformación que la plástica, el grafismo y el colorido de las máscaras mismas consideradas como objetos materiales.”

De esta manera, las cuatro máscaras de este cementerio (tumbas 47 y 51 del área 1) pueden tener relación con los chamanes de esta sociedad, con el cumplimiento de funciones rituales (curación, iniciación) que incluían el manejo de sustancias psicotrópicas pues las máscaras parecen tener una expresión de trance con las mejillas hinchadas, los ojos pequeños y arrugados, la boca tensionada, la cabeza con tocado posiblemente de plumas de aves vistosas, la nariz pintada con líneas perpendiculares, círculos alrededor de los ojos, y la cara pintada con trazos en zigzag manifestando expresiones humanas y animales. La pareja de máscaras representaría una dualidad entre el origen semihumano, por un lado, y el semianimal (tipo murciélago de la tumba 51), por otro, de la sociedad de Coronado.

5.5.3.2. Figuras antropomorfas

En este tipo se incluyen piezas que representan figuras humanas de cuerpo completo (femeninas y masculinas), como por ejemplo silbantes, alcarrazas, vasos, poporos y algunas piezas fragmentadas (Fig. 47, 48, 61). Son poco frecuentes, y acompañan al 5,8% de los individuos femeninos, solamente el 2,2% (1 ejemplar) de los masculinos, y 2,9% de los infantiles; a nivel de áreas 4 (5,4%) se hallan en la número 1, una (4,3%) en la 2 y ninguna en la número 3. Su presencia se relaciona con la existencia de semillas (0,439**), máscaras (0,297**), narigueras cerámicas (0,385**), la ubicación espacial del ajuar (0,286**), la orientación del cuerpo (0,207**) y los volantes de huso (0,191*). Este elemento se podría considerar objeto de curación o iniciación, por su intencionalidad ritual, por su rareza, su grado de elaboración con materiales escasos o ausentes en la región.

Es probable que las figuras representen a las personas sociales allí enterradas como en la cultura Tumaco-La Tolita o de la costa Caribe (Pineda, 2003:32), entre ellas mujeres embarazadas, personas con impedimentos físicos (jorobados, personas que sufren, lesionados por parálisis facial) (Fig. 48); en posición sedente pueden reencarnar al chamán u otros ancestros en posición ritual, o roles importantes para la sociedad como los comerciantes o “canasteros” (Fig. 62), cuya pieza habría sido elaborada para recordar su rostro, tal como se estilaba en algunas sociedades contemporáneas que esculpen un busto o una lápida con la figura del difunto encima de la tumba o mausoleo, según su importancia. Como anota Marcel Mauss (1979:319, 333) “un inmenso grupo de sociedades ha considerado la noción de personaje, como la del papel que el individuo juega en los dramas sagrados, del mismo modo que juega un papel en la vida familiar ... de una simple mascarada se pasa a la máscara, del personaje a la persona, al nombre, al individuo: de éste se pasa a la

consideración del ser con un valor metafísico y moral, de una conciencia moral a un ser sagrado, y de éste a una forma fundamental del pensamiento y de la acción”.

5.5.3.3. Caracoles marinos

Objeto poco frecuente (6 casos con una pieza y dos con varias), acompaña a pocos varones (8,7%) y niños (5,7%), especialmente de las áreas 1 (5,4%) y 2 (4,3%); ausentes en mujeres y en el área 3. Se relaciona negativamente con la deformación craneal (-0,285*), y positivamente con la presencia de narigueras orfebres (0,267*). Su uso fue más frecuente en el estadio del Deportivo Cali, donde se han localizado collares enteros con numerosas cuentas de caracoles marinos (Blanco *et al.*, 2004). Habitualmente los caracoles se asocian con las lluvias, la fertilidad y las buenas cosechas en las sociedades agrícolas, por lo que representa un objeto con un profundo significado cosmológico (Fig. 8). En el mundo Maya las conchas marinas simbolizaban la tierra, el inframundo, el reino de la muerte, el rumbo hacia la tierra de los muertos (Ruz, 1991:42).

5.5.3.4. Copas

Elemento del ajuar muy escaso (2 en total), presente en tumbas infantiles de las áreas 1 (2,7%) y 2 (4,3%) (Fig. 49). No observa ninguna relación con los otros elementos del ajuar, aunque sí con la posición del cuerpo (0,200*). Las copas por lo general poseen una connotación ritual.

5.5.3.5. Platos

Elemento igualmente muy escaso, solamente se hallaron 6 casos en tumbas de las áreas 1 (8,6%) y 2 (5,3%), especialmente de niños (8,6%); también se halla acompañando a mujeres (5,3%) y varones (2,2%). Hay platos de borde tubular, de color café oscuro, con pequeñas esferas de barro cocido dentro del espacio tubular que con el movimiento producen un sonido, quizás para llamar a los espíritus (Fig. 50).

5.5.3.6. Narigueras cerámicas

Objeto muy escaso pues solamente se hallaron 2 piezas en tumbas masculinas (4,4%) del área 1 (2,8%) (Fig. 51). Se relacionan significativamente con las máscaras (0,626**), los huesos animales (0,626**) y las figuras antropomorfas (0,385**). Es probable que en su elaboración se emplearan materiales especiales de difícil consecución, o que pertenecieran a figuras antropomorfas con algún significado social muy especial, por lo que su presencia se asocia a actividades rituales.

5.5.3.7. Alcarrazas

A pesar de su colorido, exuberancia y diversidad de formas (antropomorfas, zoomorfas, estilizadas, en forma de vivienda), son bastante frecuentes (28 casos con una pieza y 4 con varias), especialmente en el área 3 donde constituyen el 73,3% del total, contra el 24,4% y 17,3%, de las áreas 1 y 2, respectivamente. Los varones con 19 casos (41,3%) parecen tener mayor número de alcarrazas que las mujeres (7 casos o 36,9%) y niños (7 casos o 20%) (Fig. 48, 49, 50). Su presencia se relaciona negativamente con la posición del cuerpo (-0,189*), pero positivamente con el área (0,288**), la ubicación espacial del ajuar (0,348**), la ubicación del ajuar cerca del cuerpo (0,294**), el tratamiento del cuerpo (0,212*), la presencia de cuencos (0,223*), cuentas de cuarzo (0,209*) y de huesos animales (0,216**).

Por ejemplo, la alcarraza compuesta de cuerpo globular y color rojo, tiene en la parte superior dos apliques opuestos y perpendiculares al asa-puente en los que se representa un ave estilizada (Fig. 53). Otras son de tipo ornitomorfo donde el cuerpo de la vasija representa un ave (Fig. 52). Una en particular representa un diseño de casa de planta cuadrangular, techo a dos aguas, soportada sobre cuatro barriles o pilotes, de color rojo; es la única pieza de este tipo (Fig. 54).

5.5.3.8. Cuencos

Es la pieza más frecuente (28 casos con una pieza y 19 con varias), conjuntamente con las alcarrazas, estando presente en el 41,9% (31 casos) de las tumbas del área 1, 43,5% (10 casos) del área 2 y 53,4% (8 casos) del área 3. En el ámbito sexual se observa con mayor frecuencia en las mujeres (63,2% o 12 casos) que en varones (43,4% o 20 casos) y niños (12 casos o 34,3%). Su forma varía ampliamente, incluyendo cuencos con protuberancias aplicadas en el borde (borde invertido, labio redondeado, forma semiglobular, color rojo) (Fig. 55, 52).

También se hallan cuencos en forma de estrella o flor (Fig. 56), café oscuro, semiglobular, con diseño aplicado justo debajo de donde estaría el borde (cinta aserrada). Del aplique salen cuatro asas que van a cerrarse en la parte superior de la vasija, las cuales presentan en su superficie una decoración impresa circular.

5.5.3.9. Cántaros

No son muy frecuentes (6 casos con una pieza y uno con varias), y no observan diferencias en cuanto género o área arqueológica. Se relacionan con la ubicación del ajuar cerca del cuerpo (0,223*) (Fig. 57, 58). Existen varias formas, unos con asas, otros sin ellas. Varios son zoomorfos con decoración incisa, borde directo, labio

plano, semiglobular achatado. Uno tiene forma de sapo con boca y ojos modelados, en la parte superior del cuerpo; presenta diseños geométricos incisos y punteado, la parte inferior es lisa, con engobe café en toda la superficie.

Los hay más simples, con decoración zoomorfa aplicada, semiglobular, de borde evertido, labio plano, con dos figuras zoomorfas aplicadas entre el cuerpo y el borde, opuestas diametralmente.

5.5.3.10. Instrumentos musicales

Son muy raros, elaborados en hueso de animal (un caso) o en cerámica (dos casos); generalmente tienen aspecto zoomorfo (caracol, ave); se hallaron dos casos en la unidad 1 y otro en la 2 (Fig. 59).

5.5.3.11. Poporos

Objeto poco frecuente pues solamente se hallaron dos casos, uno de ellos en la tumba 25 del área 1, perteneciente a un individuo posiblemente masculino, 35-40 años de edad, pozo de forma irregular con fosa ovalada, cuerpo alterado por otras tumbas, en posición de decúbito dorsal extendido, inclinado, orientado 16° NE. El objeto fue elaborado en arcilla y tiene forma de chicharra (Fig. 60). También se presentó una figura antropomorfa que puede ser poporo o canastero (Fig. 62), de la tumba 4 del área 2, perteneciente a un individuo masculino de 30-35 años de edad, enterrado horizontalmente en una tumba de pozo con fosa. Se asocia positivamente con la forma del pozo (0,457**). El poporo es un calabacito que contiene el polvo de conchas marinas, mismo que se extrae con un palillo para “mambear” o mascar las hojas de coca para amortiguar su sabor amargo. Entre los Kogui de la Sierra Nevada de Santa Marta se le entrega el calabacito a los jóvenes durante el ritual de iniciación, indicándoles que representa a una mujer con la que el iniciado se casa y perfora el calabacito imitando la defloración femenina; el palillo representa el órgano masculino (Pineda, 2003:31).

5.5.3.12. Cuentas de cuarzo

Es otro de los objetos característicos de Coronado, pues se halla en las áreas 1 (29,7%), 2 (30,4%) y 3 (53,3%), en ambos sexos (masculino 32,6%, femenino 31,6%) y en infantes (37,1%) (Fig. 62). Se localiza preponderantemente dentro de la boca, alrededor de la cabeza y de todo el cuerpo. Se encuentran positivamente asociadas a las cuentas de lidita (0,521**), y la ubicación del ajuar alrededor del cuerpo (0,536**).

La localización de cuentas de cristal de cuarzo en contextos funerarios de Coronado y otros sitios tempranos (Malagana, Santa Bárbara y en la región Calima), evidencia la importancia de este material dentro de la ritualidad y cosmovisión de la sociedad de este período (finales del I milenio a.C. a principios del I milenio d.C.). En algunas comunidades indígenas el cuarzo se emplea para absorber las malas energías y también para cargarse de energía vital, por lo que se le considera símbolo de fertilidad, transparencia y salud (Cardale *et al.*, 1999:57). En el mundo Maya las piedras dentro de la boca se colocaban para que el difunto recibiese su ánima, para que no le faltase alimento; también hacía las veces de corazón, con fin mágico o amuleto (Ruz, 1991:69). Entre los Desana los cristales de roca son típicos de los chamanes, por su forma hexagonal y su función de modelo para diversos campos del universo indígena, y connota ideas de transformación (Pineda, 2003:30). El chamán Tukano emplea las propiedades del cristal hexagonal de cuarzo para percibir los cambios cromáticos que señalan desequilibrio, con el fin de restablecer la armonía y el renacimiento de los pacientes (Cayón, 2001:236).

5.5.3.13. Cuentas de lidita

Estas piezas se hallan en entierros tanto masculinos (21,7%) como femeninos (26,3%), de las áreas 1 (24,3%), 2 (8,7%) y 3 (20%). Su presencia se encuentra positivamente relacionada con las cuentas de collar de cuarzo (0,521**). Al parecer estas cuentas hacían parte de los adornos personales, conjuntamente con las de cuarzo, y su significado sería más simbólico que material (Fig. 63).

5.5.3.14. Piezas orfebres

La presencia de piezas orfebres es muy rara pues solamente se halló una nariguera en oro (Fig. 64, 84) en la tumba 60 de área 1, correspondiente a un individuo masculino, adulto joven; también dos conjuntos de 7 objetos en oro en forma de babilla para colgar (tumba 3 de área 1, infante de 8-16 meses de nacido) (Fig. 65). Como se ha señalado, el oro es símbolo de sol, luz, inseminación y fertilidad, más que de riqueza material para el mundo indígena.

Con el propósito de establecer si las diferencias mínimas entre dos distribuciones acumuladas son significativas a un nivel específico, se aplicó la prueba estadística de Kolmogorov-Smirnov (Z). Si la diferencia observada es igual o mayor que ésta, entonces será significativa estadísticamente en el nivel propuesto. Al incluir como variable de agrupación la deformación craneal observamos que las únicas variables que se diferencian entre individuos deformados y no deformados son el

Tabla 10. Distribución del ajuar funerario por tumbas de las tres áreas arqueológicas

Área	A1		A2		A3	
	N	%	N	%	N	%
Ajuar						
Alcarrazas	18	24,4	4	17,3	11	73,3
Máscaras	2	2,7	0	0	0	0
Cuencos	31	41,9	10	43,5	8	53,4
Ollas	10	13,6	2	8,7	3	20,0
Copas	2	2,7	1	4,3	0	0
Platos	6	8,1	0	0	0	0
Cántaros	3	4,1	3	13,0	2	13,3
Nariguera cerámicas	2	2,8	0	0	0	0
Volantes de huso	1	1,4	2	8,7	1	6,7
Instrum. musicales	2	2,7	1	4,3	0	0
Cuentas de cuarzo	22	29,7	7	30,4	8	53,3
Cuentas de lidita	18	24,3	2	8,7	3	20,0
Metates	1	1,4	1	4,3	0	0
Manos de moler	3	4,1	0	0	0	0
Caracoles marinos	5	6,8	1	4,3	0	0
Huesos animales	2	2,8	0	0	1	6,7
Semillas	1	1,4	0	0	0	0
Torzales	2	2,7	0	0	0	0
Cuentas orfebres	2	2,7	0	0	0	0

Tabla 11. Prueba Z de Kolmogorov-Smirnov de las variables con diferencias significativas según la deformación craneal (variable de agrupación).

Z	Variable	Sexo	Edad	Forma fosa	Constr. internas	Ubicac ajuar	EAD	Cariados
Diferencias más extremas	Absoluta	,236	,273	,255	,436	,291	,273	,255
	Positiva	,000	,073	,255	,000	,291	,000	,016
	Negativa	-,236	-,273	-,042	-,436	,000	-,273	-,255
Kolmogorov Smirnov Z		,759	,876	,817	1,401	,934	,760	,763
Significado asintótico bilateral		,612	,427	,516	,039	,347	,610	,605

sexo, la edad, la forma de la fosa, la presencia de construcciones internas, la ubicación espacial del ajuar, la enfermedad articular degenerativa (EAD) y la afectación de los dientes por caries (Tabla 11).

5.6. De la taxonomía numérica a los posibles grupos sociales

Con el fin de establecer la afinidad entre las distintas tumbas según todas las variables, se aplicó un procedimiento de taxonomía numérica, mediante el análisis

de conglomerados jerárquicos, empleando distancias euclídeas al cuadrado y construyendo el dendrograma de correlaciones según el método de Ward. De esta manera se conformaron 5 grandes enjambres, que podrían corresponder tentativamente a grupos diferenciados social, cronológica o espacialmente, por un conjunto de características comunes pero diferentes de otras agrupaciones.

La prueba Z (Kolmogorov-Smirnov) evidencia diferencias estadísticas significativas entre los grupos –como variable de agrupación– según la presencia de las siguientes variables: tipo de entierro, posición y tratamiento del cuerpo, articulación, número de individuos, forma del pozo, ubicación espacial del ajuar, la presencia en el ajuar de alcarrazas, figuras antropomorfas, copas, máscaras, poporos, ollas, platos, cántaros, volantes de huso, fragmentos cerámicos, instrumentos musicales, narigueras cerámicas y orfebres, cuentas orfebres, pulidores, metates, punzones, cuentas de lidita, caracoles marinos y terrestres, huesos animales, agujas en hueso, semillas. En cuanto a las enfermedades se incluyen los defectos del esmalte y los traumas.

Grupo 1 (Tumbas sencillas)

Grupo de las tumbas más sencillas en cuanto al recinto, tratamiento del cuerpo y las características del ajuar.

Área 1: entierros 11A, 11B, 13, 21, 23, 28, 46 (Fig. 29), 49, 56, 59A, 59B, 62, 67, 68, 80, 84, 86.

Área 2: entierros 1 (Fig. 30), 4 (Fig. 31), 5, 8, 10, 20, 34, 36.

Área 3: tumba 22.

Corresponden básicamente a las áreas 1 y 2, además de la tumba 22 del área 3; están orientadas generalmente norte-sur, en su gran mayoría son individuos masculinos, adultos y niños, con baja frecuencia de deformados, cuyos cuerpos fueron colocados horizontalmente en tumbas de pozo simple, en posición dorsal extendido y lateral, con baja frecuencia de construcciones internas. El ajuar generalmente estaba colocado al lado de la cabeza, sin cuentas orfebres, con muy pocas alcarrazas, presencia de copas y metates.

Llama la atención el individuo de la tumba 46, de pozo simple rectangular, orientado 30° NE, muy deteriorado, enterrado bocabajo y asociado con fragmentos de cerámica, carbón y líticos. Al estar enterrado hacia el quinto punto cardinal, el centro de la tierra, se tiene la intención de que las energías se retengan allí y no perturben al mundo de los vivos. Quizás esta persona infringió alguna regla de la

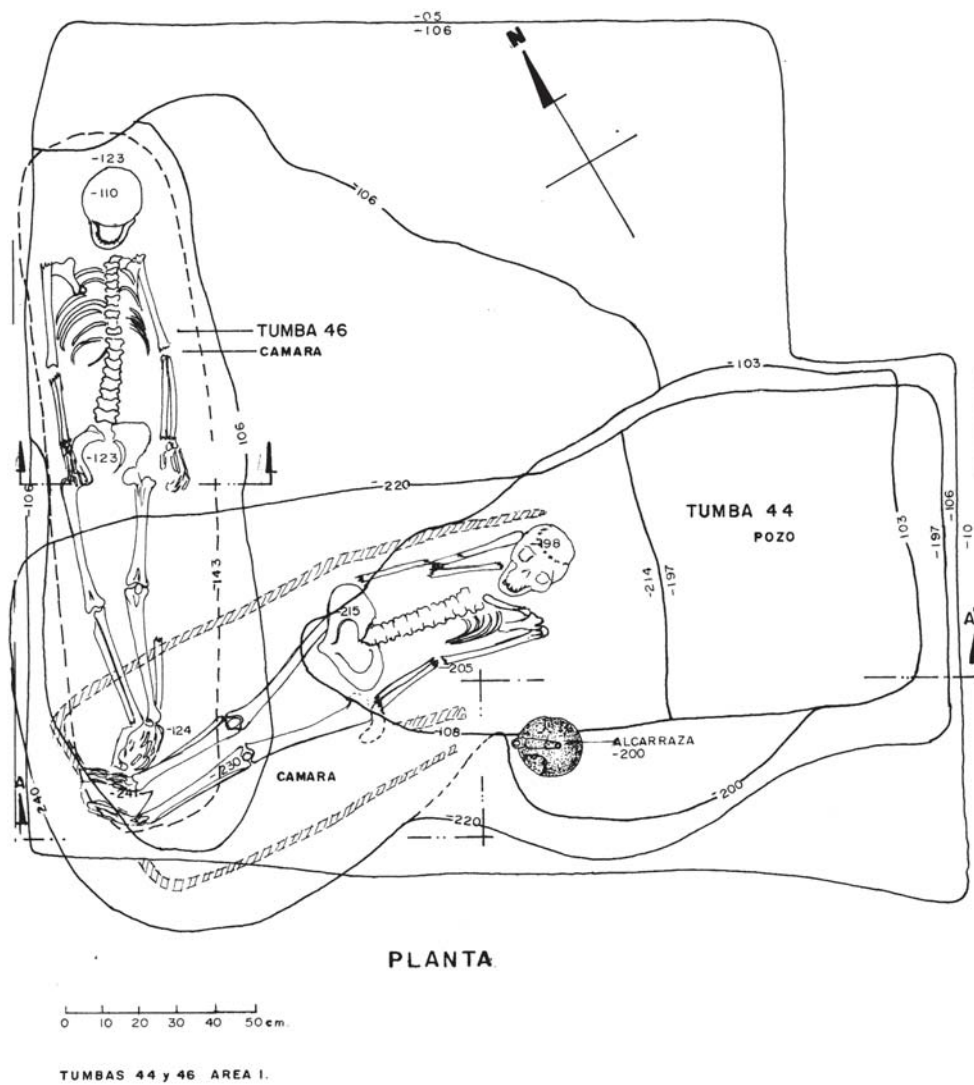


Figura 29. Tumbas 44 y 46 del área 1.

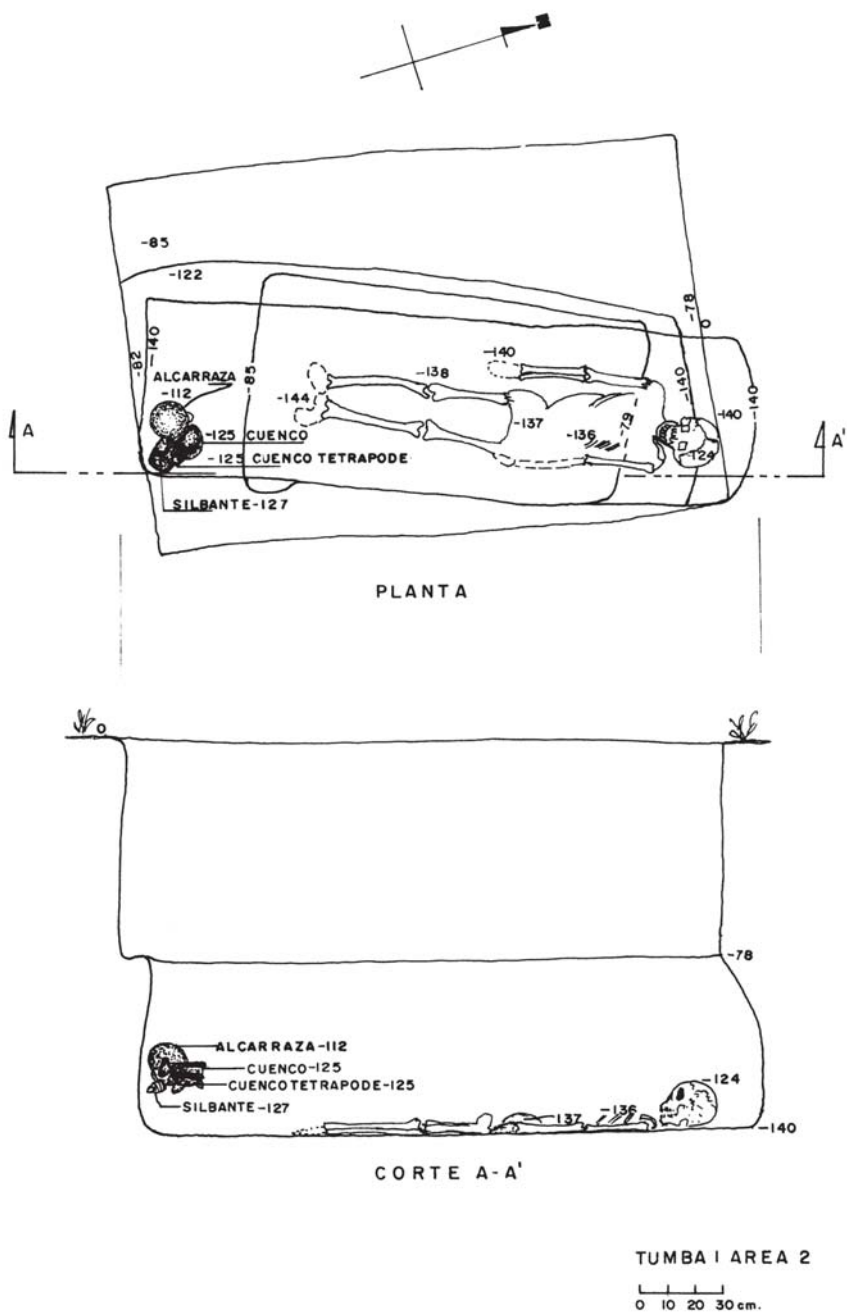


Figura 30. Tumba 1 del área 2.

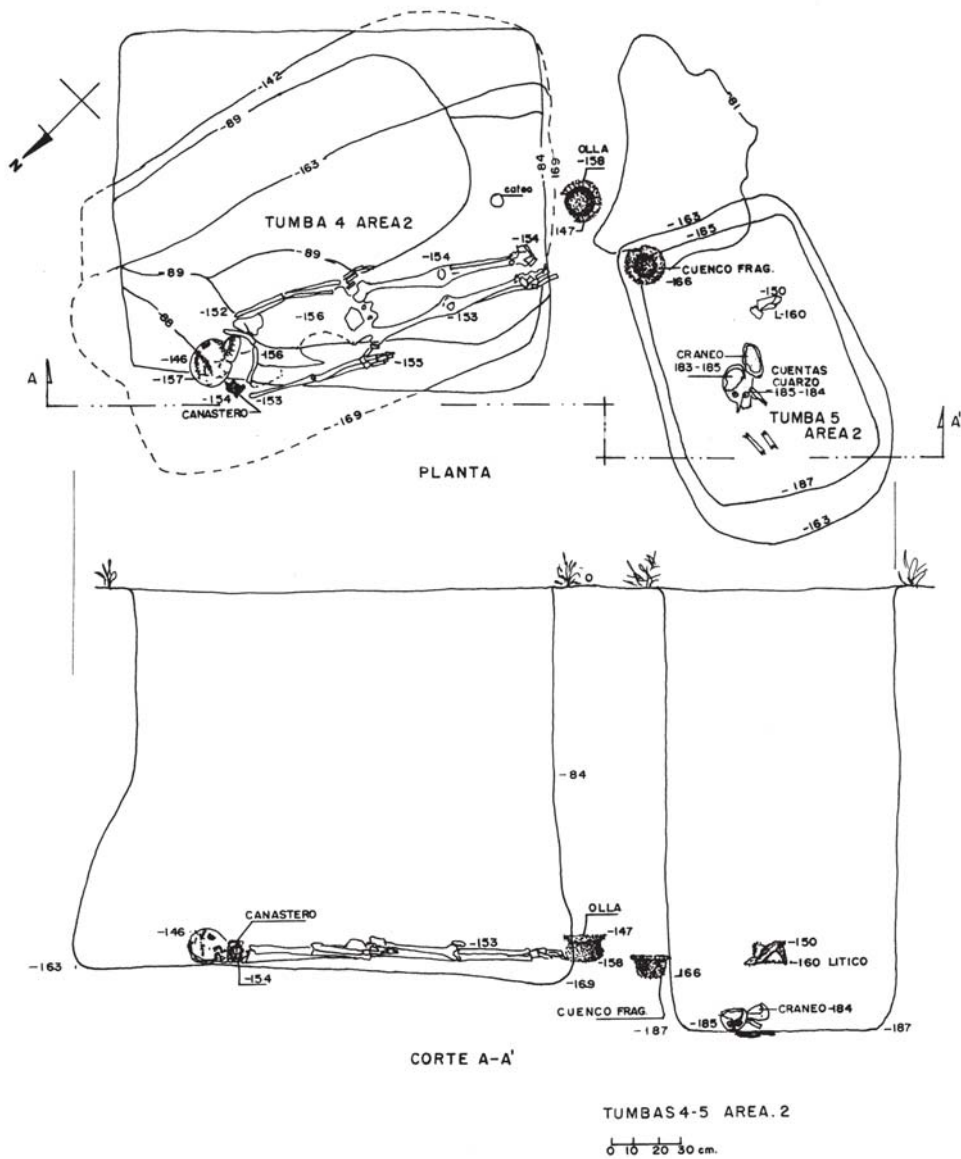


Figura 31. Tumbas 4 y 5 del área 2.

sociedad o tuvo un tipo de muerte indeseado por la sociedad (suicidio) y fue dispuesto de esa manera, habiendo sido cremado para expiarle las malas energías.

La tumba 1 del área 2, de pozo rectangular, contenía un individuo masculino de 35-40 años de edad, deformado (aplanamiento lambdoideo), afectado por líneas hipoplásicas (defectos del esmalte). El cuerpo estaba orientado hacia el noreste, en posición de decúbito dorsal extendido, horizontalmente. Hacia los pies tenía como ajuar una alcarraza, un cuenco, otro fitomorfo tetrápode y un silbato. Dentro de un cuenco había un caracol terrestre.

Grupo 2 (Los chamanes de Coronado)

Área 1: tumbas 47 y 51. Corresponde a los “personajes principales” de Coronado quienes se destacan por su deformación cefálica (No. 47), la presencia de varios objetos en el ajuar, como máscaras en cerámica, narigueras cerámicas, figuras antropomorfas, cuentas de collar en cuarzo y lidita, cuencos, alcarrazas, cinceles, carbón, además de la marcada inclinación del cuerpo y la gran profundidad de las tumbas –casi de 300 cm.-. No tenían caracoles marinos, ni platos ni metates, aunque sí poseían manos de moler; sus enterramientos eran individuales.

La tumba No. 47 (Fig. 32), de pozo rectangular con fosa (semicámara) lateral rectangular, ubicada 69 cm más abajo, corresponde a un individuo masculino, adulto joven, deformado, orientado 74° NW, visiblemente inclinado con un ángulo de 18°. Incluye un amplio ajuar consistente en dos máscaras ubicadas sobre la pelvis y en el costado izquierdo del cuerpo; cuentas de collar de cuarzo sobre los maxilares; entre las costillas cuentas de lidita; un cincel al lado de la pierna izquierda, nariguera cerámica y otras cuentas entre las piernas, dos cuencos (uno tetrápode) a ambos lados de los pies; una alcarraza ornitomorfa al lado derecho de la cabeza, y una cabeza antropomorfa. Al parecer el cuerpo estaba “protegido” por todos los lados con diferentes elementos de ajuar, y quizá cuentas de cuarzo dentro de la boca. Las aves y las plumas del tocado de la máscara antropomorfa y la expresión de trance de la misma parecen señalar el “vuelo chamánico”, en el momento en que su portador se comunica con los seres sagrados. Las figuras antropomorfas podrían representar personajes sociales, entre ellos al individuo enterrado a quien se ofrendó de una manera muy singular, diferente a cualquier otra tumba. Posiblemente este personaje podría corresponder a un chamán con una fuerte tradición arraigada dentro de la sociedad de Coronado de la época (siglo I d.C.).

En la tumba No. 51 (Fig. 33) (individuo adulto muy cremado por lo que sus restos óseos están muy deteriorados, aunque por el grosor de los pocos huesos

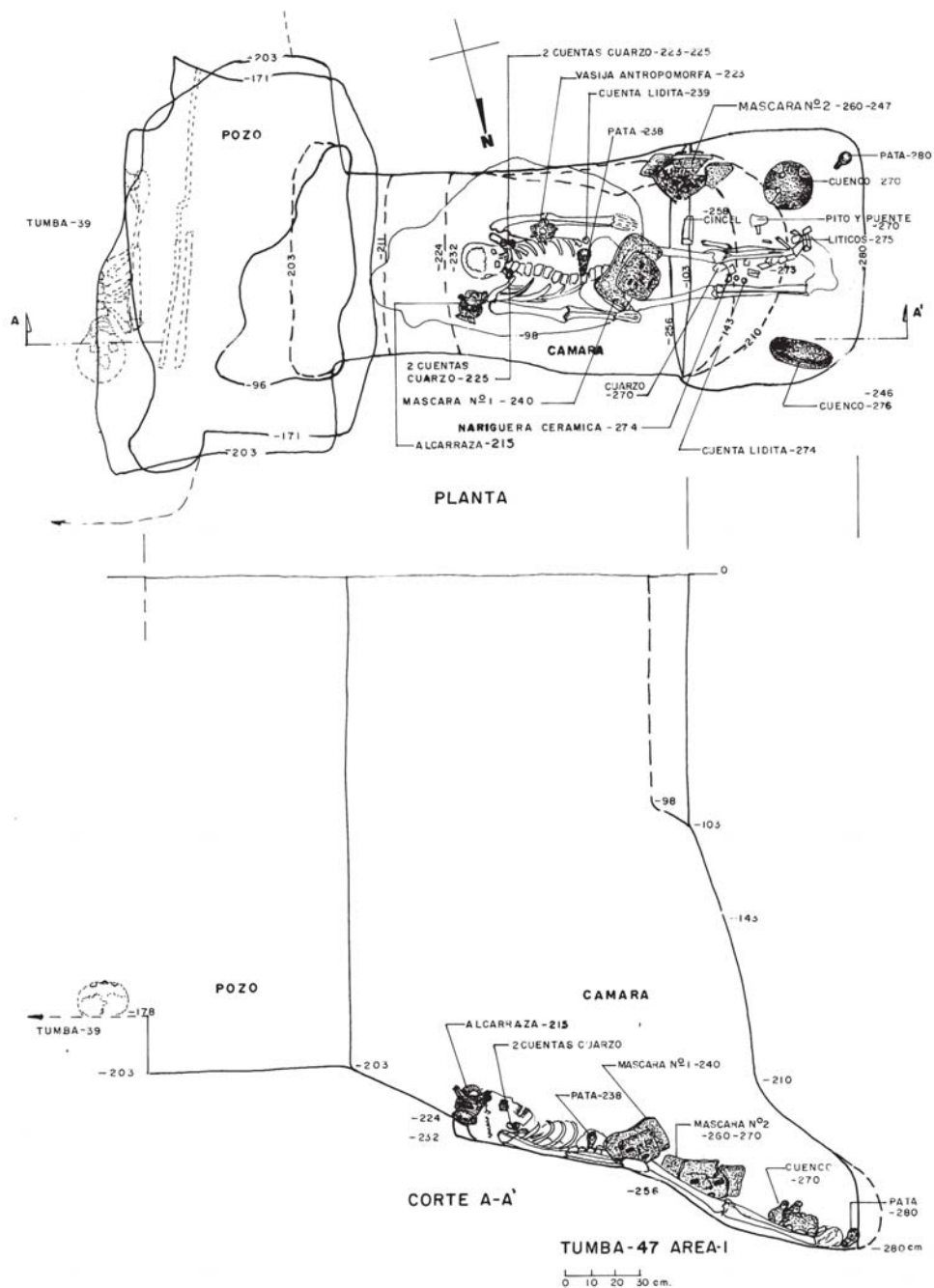


Figura 32. Tumba No. 47 del área 1.

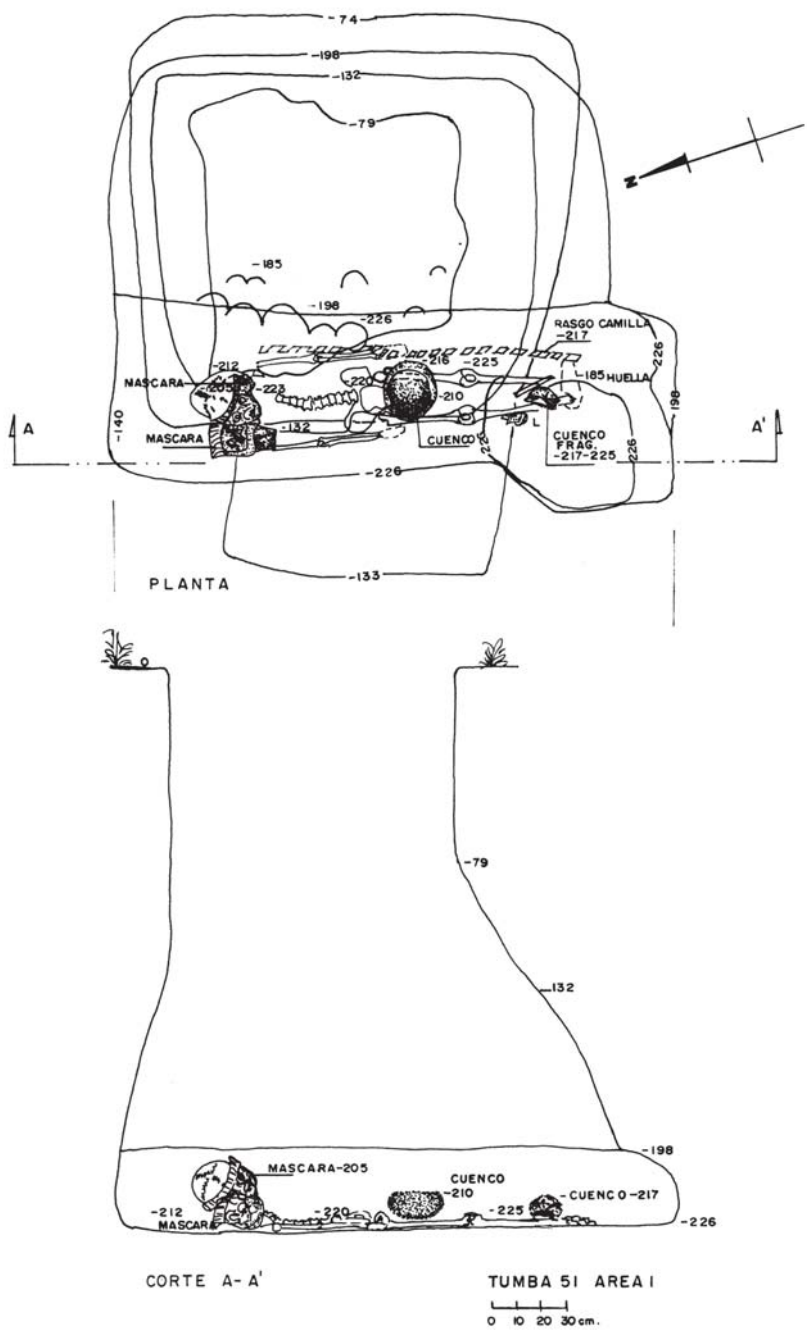


Figura 33. Tumba 51 del área 1.

podría ser masculino) se hallaron dos máscaras, una sobre el cráneo, zoomorfa (posiblemente un murciélago), de color rojo (frente y boca) sobre crema (ojos y orejas); la segunda se localizaba sobre la anterior, antropomorfa, corresponde a una persona que pareciera estar soplando. La tumba es de pozo rectangular con una fosa al lado, con huellas de poste (separando el pozo de la fosa) y de parihuela; el cuerpo no estaba inclinado, en posición de decúbito dorsal extendido, la cabeza orientada hacia el noreste. También se hallaron dos cuencos, uno entre las piernas y otro al lado de los pies, fracturado; igualmente carbón cerca del cuerpo.

Vale la pena resaltar que la muerte del chamán en las sociedades indígenas es un acontecimiento muy especial, pues este sabedor es el depositario del conocimiento ecológico, médico, religioso y cultural (tradiciones, mitos, leyendas) de la sociedad que deben permanecer para su supervivencia. El chamán recibe este conocimiento y poderes de su predecesor, y los debe pasar a un sucesor, previamente elegido según sus cualidades. Además de legar el poder, el chamán “debe convertirse en espíritu protector y dueño de un lugar en el campo. Cuando el chamán es temido, los ritos funerarios pueden reflejar ese miedo y el emplazamiento del espíritu se convierte en un lugar inseguro” (Vitebsky, 2006:95).

Grupo 3 (Rango medio)

Área 1: entierros 5 (Fig. 34), 6 (Fig. 35), 9, 10, 14, 16, 17, 19, 27, 29, 36A, 58, 60, 63, 78, 85.

Área 2: entierro 45 (Fig. 36).

Área 3: tumbas 15, 20 (Fig. 37), 23.

Grupo que incluye individuos de ambos sexos, de todas las edades, donde predominan los adultos deformados, inclinados, en posición dorsal extendida, orientados norte-sur en su mayoría aunque también hay hacia el este; las tumbas poseen construcciones internas y son de pozo y fosa. En el ajuar predominan las ollas, las cuentas de cuarzo y las alcarrazas; también se hallan figuras antropomorfas femeninas, narigueras cerámicas, volantes de huso, metates, manos de moler, semillas, punzones, dijes, narigueras orfebres.

La tumba 5 del área 1 (Fig. 34) corresponde a un pozo rectangular con fosa (cámara) oval, a 260 cm de profundidad. El individuo es femenino, cercano a los 40 años de edad, sin deformación; al parecer tuvo varios partos y padeció de enfermedad articular degenerativa y de una fractura distal de cúbito izquierdo, alineada y cicatrizada. El cuerpo estaba inclinado 22° con una diferencia de 50 cm entre la cabeza y los

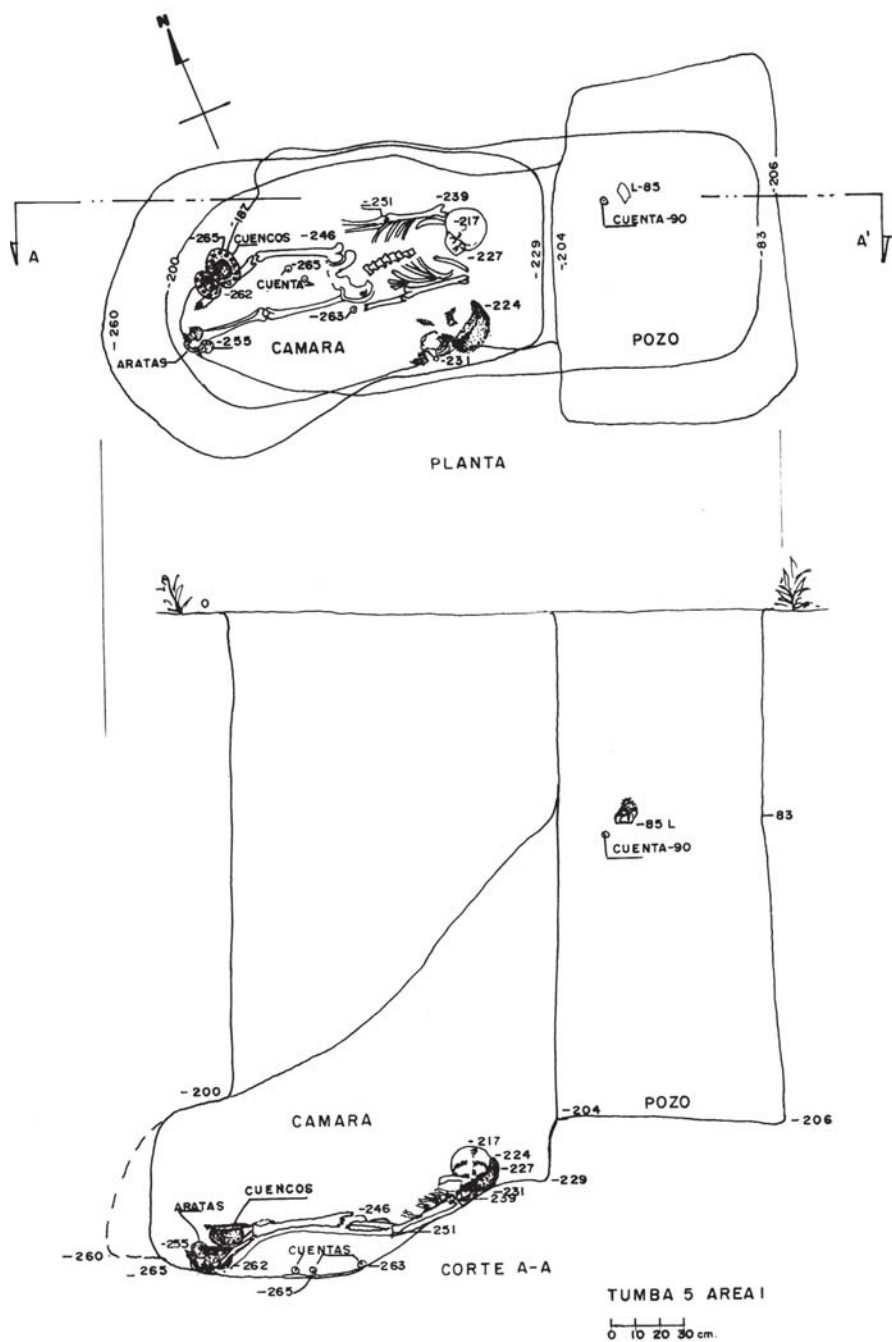


Figura 34. Tumba 5 del área 1.

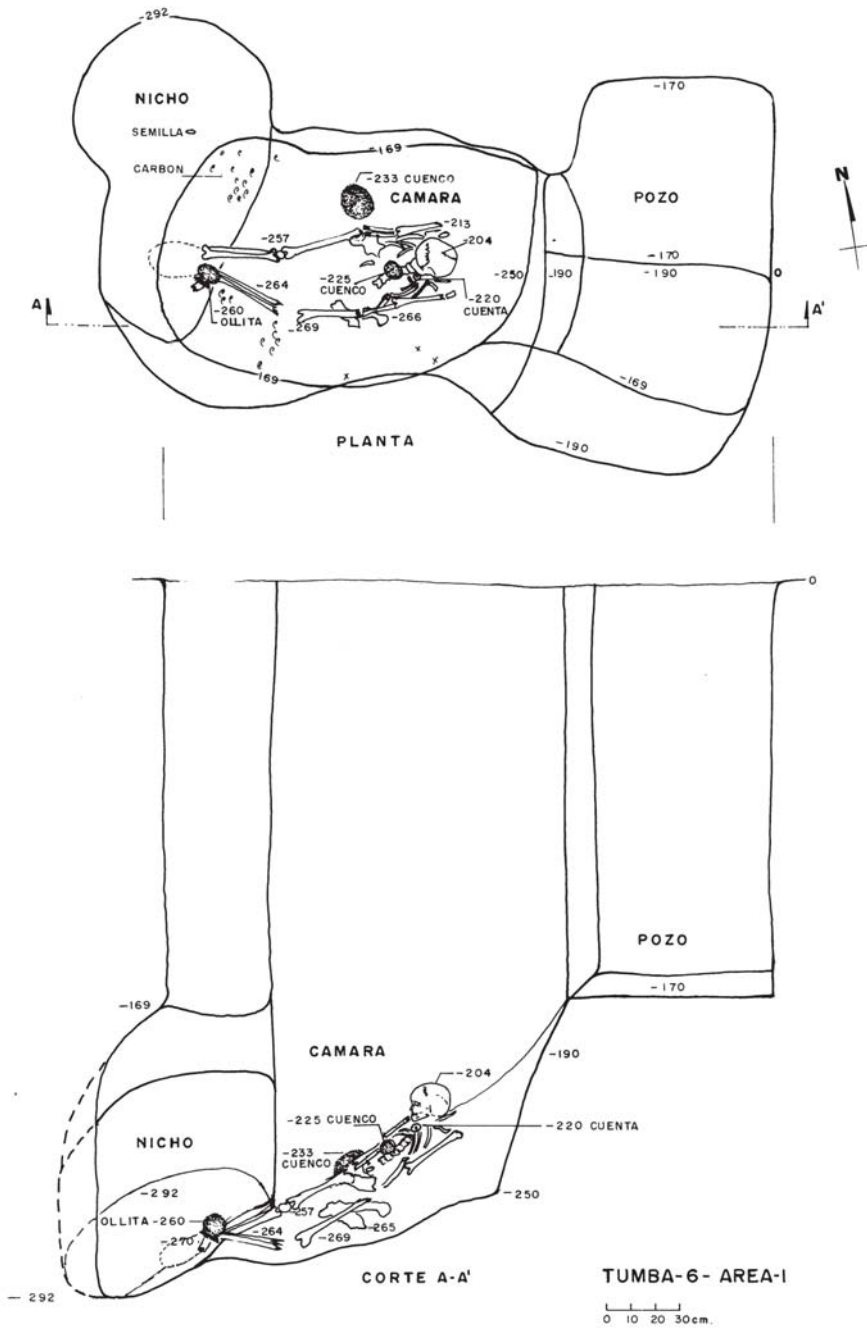


Figura 35. Tumba 6 del área 1.

pies, orientado hacia el este, en posición de decúbito dorsal extendido. Como ajuar poseía cerca de los pies dos cuencos grises con impresiones anulares, unas aratas (vasija doble unida por una asa puente), el fragmento de una alcarraza, cuentas de collar de cuarzo entre las piernas y dentro de la boca. En el relleno se localizaron fragmentos de manos de moler. Se obtuvo una fecha de 200 ± 70 d.C. (Herrera, Cardale, 1999).

La tumba 6 del área 1 (Fig. 35) es de pozo rectangular con fosa oval y un nicho. Corresponde a un individuo femenino, 30-35 años de edad, con pérdida antemortem de dientes mandibulares. El cuerpo estaba orientado hacia el este, inclinado (casi sentado), en posición de decúbito dorsal extendido, con el lado izquierdo desarticulado. Tenía un cuenco rojo junto al pie izquierdo y otro de color café bocabajo sobre el pecho junto a cuentas de cuarzo.

La tumba 45 del área 2 (Fig. 36) presenta un pozo con dos escalones longitudinales a ambos lados del cuerpo. Contenía un individuo masculino de 25-30 años de edad, deformado y con presencia de hueso Inca adicional. Al norte de la cabeza tenía como ajuar una concentración de objetos, entre ellos una alcarraza fracturada, un cuenco burdo globular, otro con pintura roja y una pequeña alcarraza al lado derecho del cráneo; en la misma concentración se hallaron tres caracoles y dos líticos.

La tumba 20 del área 3 (Fig. 37), de pozo rectangular y cámara ovalada, presentaba un rasgo a la entrada de la cámara a manera de escalón entre el pozo y la cámara. Individuo masculino, deformado, de 30-35 años de edad. El cuerpo se encontraba inclinado, en posición de decúbito dorsal extendido, con la cabeza hacia el este. Presentaba abundante ajuar representado por un cuenco fitomorfo de cuatro puntas y decoración incisa junto al codo derecho (Fig. 56); una alcarraza en forma de vivienda sobre barriles con techo a dos aguas, junto a la mano derecha (Fig. 54); un cántaro zoomorfo junto a la rodilla derecha; un cántaro grande y una vasija pequeña al lado del fémur izquierdo.

Grupo 4 (Infantes)

Área 1: entierros 2, 3, 4A, 4B, 26, 31, 33, 36B, 43, 57, 75A, 75B, 76.

Área 2: entierros 6, 13, 14, 16, 26, 31, 32, 33, 35.

Área 3: entierros 5, 10 (Fig. 38), 14, 16, 17, 27.

Predominan ampliamente los niños y jóvenes (82,1%), no deformados, con los cuerpos tanto en posición horizontal como inclinada, dorsal extendido, orientados norte-sur aunque también hay este-oeste; las tumbas son de pozo y fosa con

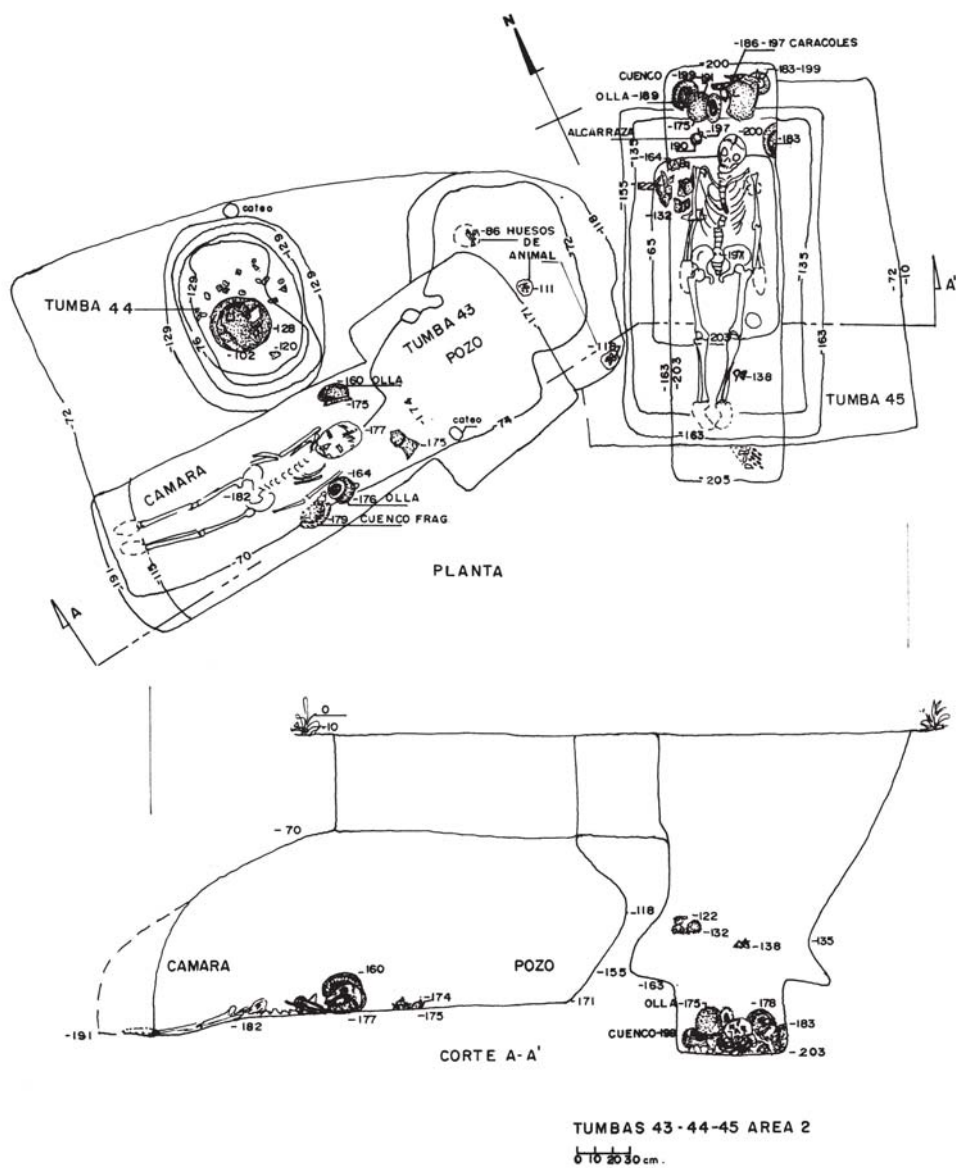


Figura 36. Tumbas 43, 44 y 45 del área 2.

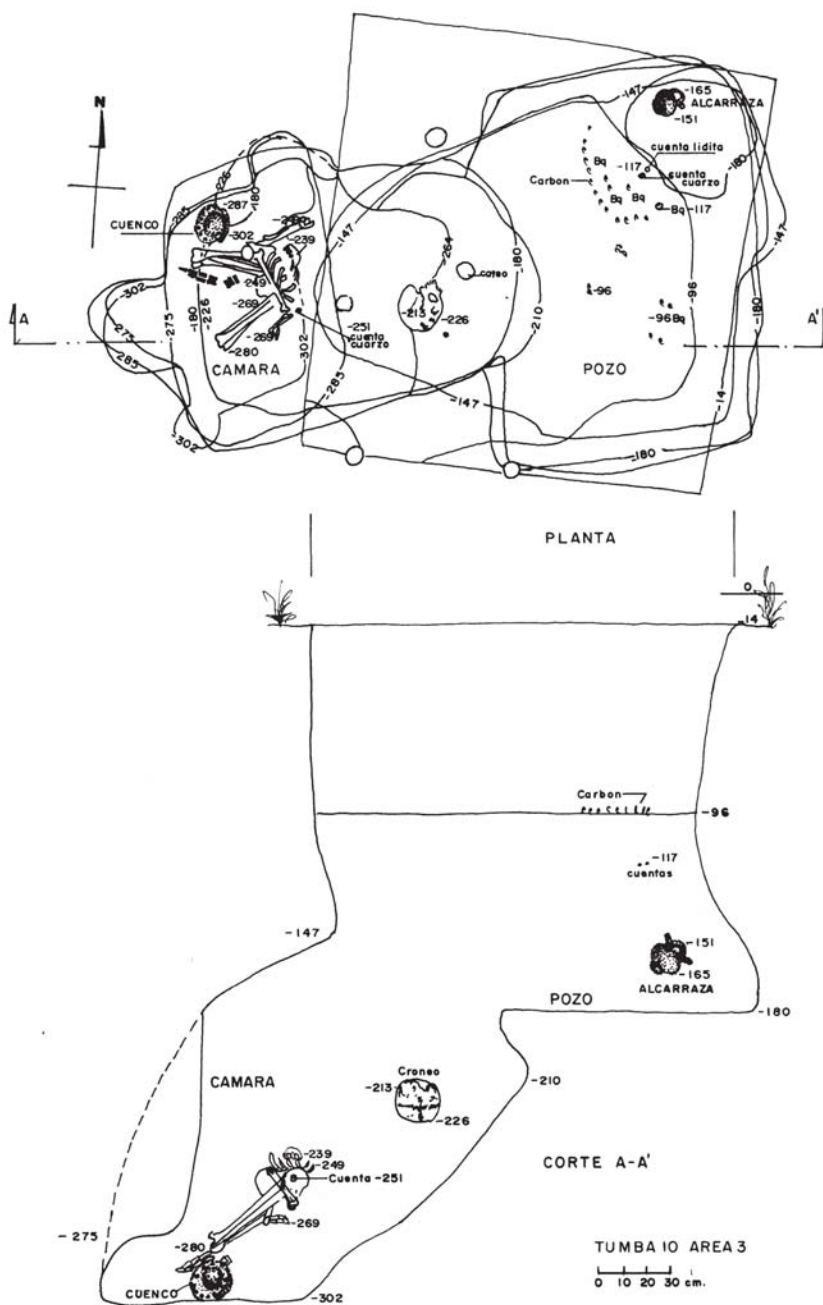


Figura 38. Tumba 10 de área 3, individuo juvenil.

varias construcciones internas. En el ajuar se hallan cuentas orfebres (en forma de babillas), cuentas de collar de cuarzo y volantes de huso; no se hallan platos.

La tumba 10 del área 3 (Fig. 38) es de pozo rectangular con cámara oval, un escalón entre el pozo y la cámara y un nicho en el pozo donde se localizó una alcarraza; un cuenco yacía al lado de las rodillas; algunas cuentas de lidita, una cuenta tubular de cuarzo y dos fragmentos de volantes de huso se localizaron cerca del cuerpo. El individuo corresponde a un joven entre 16-18 años de edad, deformado, orientado hacia el este, muy inclinado; el cuerpo se encontró bastante desarticulado.

Grupo 5 (Rango alto)

Entierros del Área 1: 7, 8, 18, 20, 22, 24, 25, 30A, 30B, 32, 37A, 37B, 38, 39, 40, 41, 44A, 44B, 50, 52, 53, 54, 73, 74, 81.

Entierros del Área 2: 21, 24, 37A, 37B, 43.

Entierros del Área 3: 3, 11, 18, 26 (Fig. 39), 28 (Fig. 40).

En este grupo predominan los adultos deformados, en su mayoría varones (61,1%), en posición tanto horizontal como inclinada, muy desarticulados con evidentes huellas de cremación; si bien predomina la orientación de la cabeza hacia el noreste, no obstante se hallan varios casos orientados este-oeste (30,6%); las tumbas son solamente de pozo y fosa, con varias formas de pozo y varias construcciones internas. El ajuar se localiza en varias partes alrededor del cuerpo y consta de varios objetos frecuentes en este cementerio, aunque sin cántaros ni instrumentos musicales ni volantes de huso.

La tumba 26 del área 3 (Fig. 39) es de pozo rectangular y cámara rectangular, con huellas de postes y un escalón entre el pozo y la cámara; es la única tumba donde el pozo se localiza por debajo de la respectiva cámara. El individuo corresponde a un joven entre 15-20 años de edad, afectado por defectos del esmalte (hipoplasia). Yacía en posición de decúbito dorsal extendido, orientado hacia el este, ligeramente inclinado. Como ajuar tenía una alcarraza cerca del cráneo, un cuenco rojo a la derecha del brazo derecho.

La tumba 28 del área 3 (Fig. 40), de pozo rectangular y cámara de la misma forma, también presentaba escalón y huellas de postes entre el pozo y la cámara, y de parihuela alrededor del cuerpo. Pertenece a un individuo masculino, deformado, de 30-35 años de edad, inclinado, orientado hacia el este. Como ajuar presentaba una alcarraza al lado izquierdo de la cabeza.

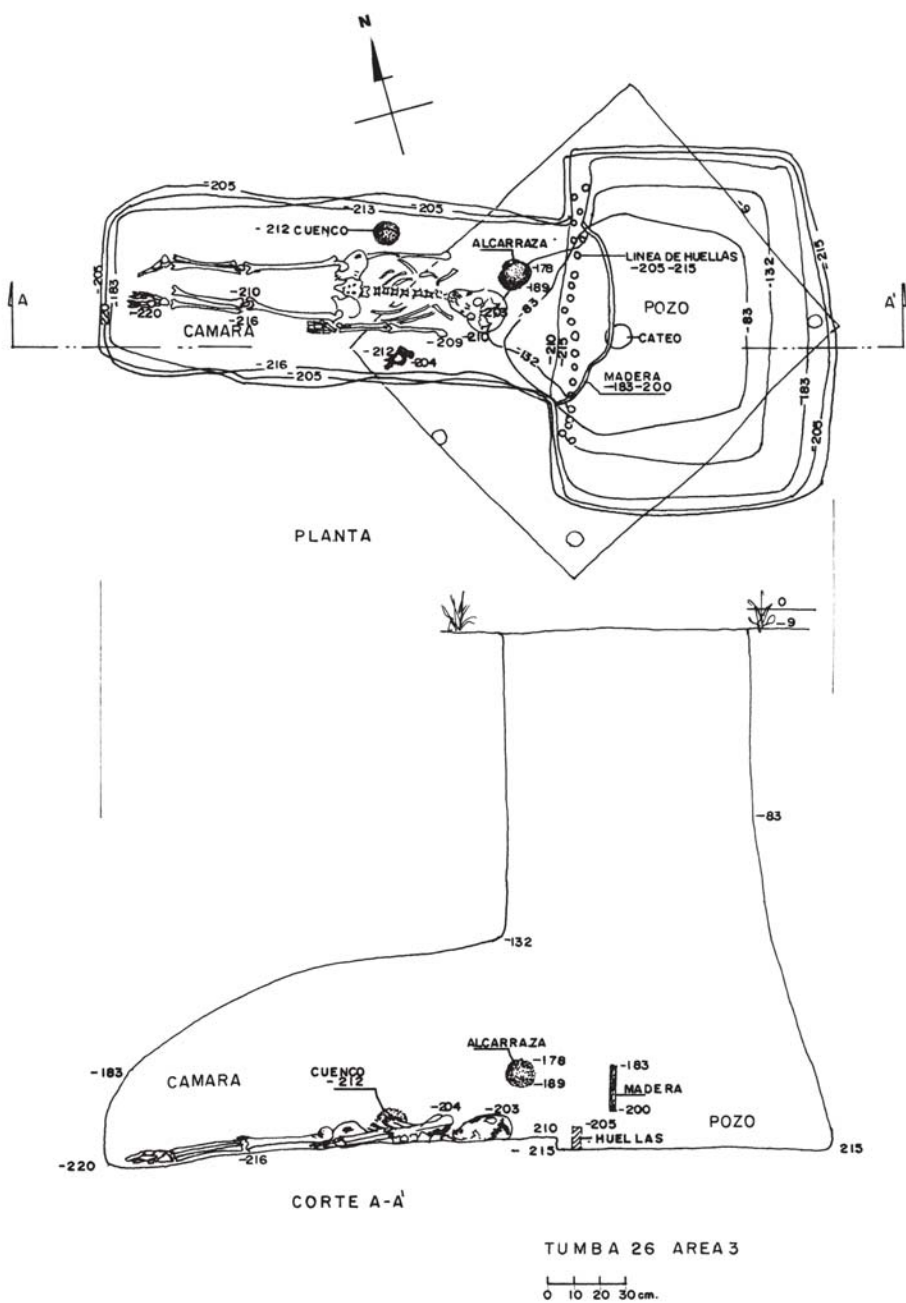


Figura 39. Tumba 26 del área 3.

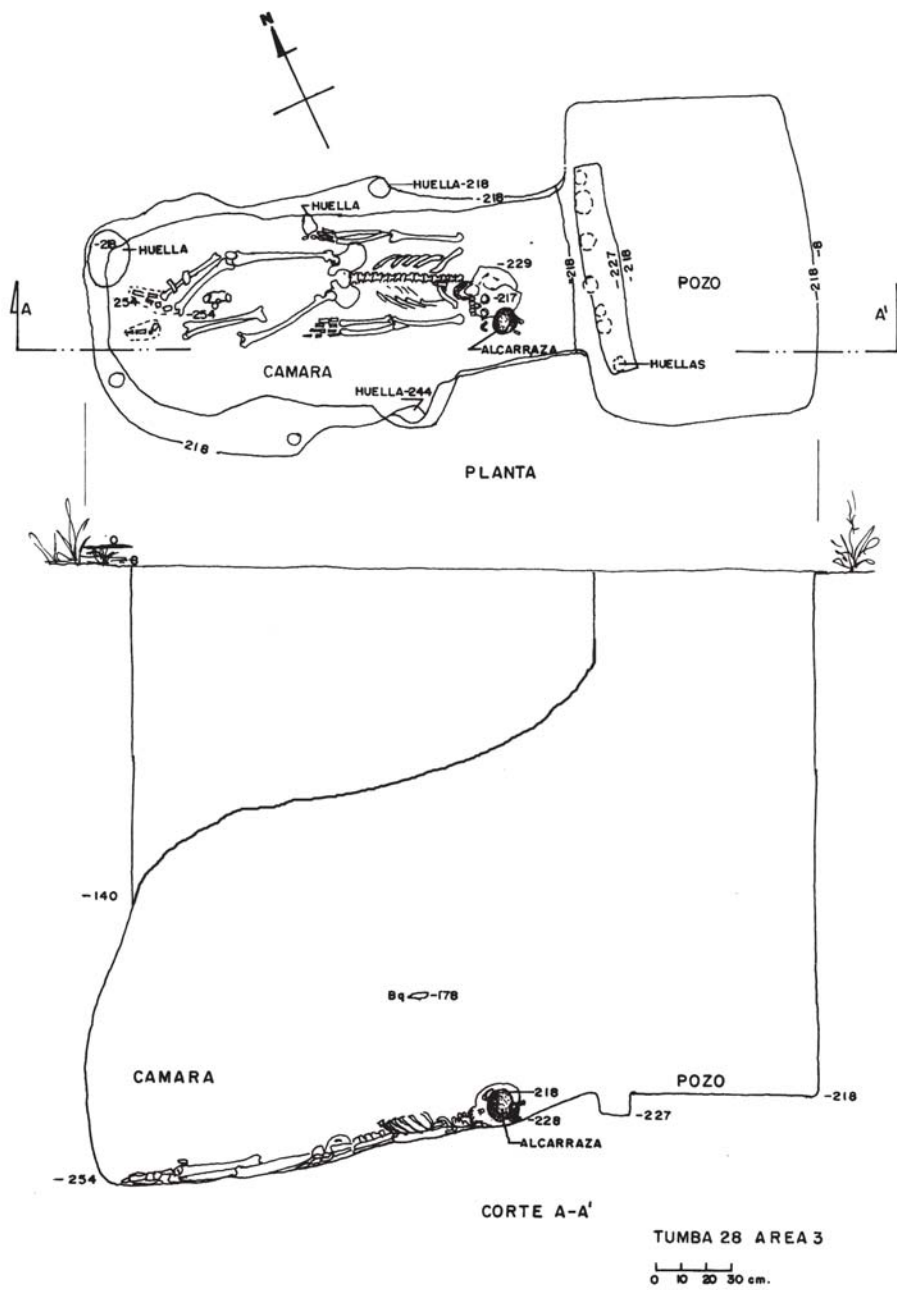


Figura 40. Tumba 28 del área 3.

Con estos 5 grupos se aplicó un análisis multivariado discriminante con el fin de establecer qué variables entre todas son las más valiosas para diferenciar grupos, si una serie de variables se desempeña igualmente tan bien como otras, qué grupos son más diferentes y qué casos son marcadamente disímiles (Shennan, 1992). Entre las variables más valiosas para diferenciar los grupos el sistema introdujo la forma del pozo, las narigueras cerámicas, las figuras antropomorfas, la deformación craneal, la enfermedad articular degenerativa y los traumas. El grupo más diferente es el 2 y el caso marcadamente distinto a los otros constituye la tumba 47 del área 1 por sus máscaras, forma de la tumba y ajuar (Tabla 12, Fig. 66).

Tabla 12. Matriz de estructura de las funciones discriminantes

Variables	Función			
	1	2	3	4
Metate**	.130*	-.014	.110	.016
Semillas**	-.120*	.085	-.061	.044
Punzón**	.102*	.000	.065	.084
Hiperostosis**	-.019	.431*	.389	.250
Cuenta orfebre**	.270	.271*	.048	-.232
Cuentas líticas**	-.038	.254*	.107	.011
Defecto esmalte**	-.005	-.238*	-.113	.124
Caracol marino**	-.124	-.211*	-.093	-.124
Mano**	.122	-.159*	.126	.121
Enfermedad articular**	-.060	.087*	-.068	.065
Nariguera cerámica	.007	.071*	.020	.004
Figura antropomorfa	.007	.053*	.036	.045
Orientación esqueleto	-.001	.050*	.022	.043
Pulidor**	.122	-.059	.456*	-.376
Nariguera orfebre**	-.033	.101	-.334*	-.143
Sexo	.025	.005	-.068*	.015
Plato	.002	-.006	-.045*	.001
Área	.000	-.008	-.041*	.033
Tipo entierro	.008	-.014	-.039*	-.037
Número	-.010	-.003	-.023*	-.018
Lasca**	.038	-.107	.324	-.410*
Cariados y perdidos**	.062	-.222	-.026	.241*
Huesos animales**	-.103	.148	-.129	.241*
Edad	.055	-.012	-.041	.181*
Trauma**	.071	-.089	.057	.177*
Forma de la tumba	-.013	.016	-.102	.162*
Forma techo de la cámara**	.013	-.016	.102	-.162*
Forma de la planta cámara**	.013	-.016	.102	-.162*
Cuenco	.008	.033	.109	.139*
Forma de la fosa	.008	-.013	.090	-.138*

Olla	.006	-.002	.063	.126*
Alcarraza	.005	.011	.013	.119*
Cuentas cuarzo**	.071	-.090	-.072	-.118*
Ubicación espacial del ajuar	.000	-.001	.064	.108*
Articulación anatómica	-.010	-.010	-.040	-.098*
Construcciones internas	.000	-.011	-.021	.098*
Cántaro	.004	-.001	.042	.084*
Ubicación ajuar cuerpo	-.001	.017	.074	.080*
Posición	.004	-.003	.018	.070*
Instrumento musical	.003	-.001	.028	.056*
Forma de paredes pozo	.003	-.001	.028	.056*
Tratamiento del cuerpo	-.002	-.013	-.035	.054*
Deformación craneal	.008	.009	-.013	.039*
Forma del pozo	.003	-.005	-.017	.037*
Volante de huso	-.005	.000	.027	.028*
Inclinación del cuerpo	.010	.010	-.015	.024*

Correlaciones intra-grupo combinadas entre las variables discriminantes y las funciones discriminantes canónicas tipificadas.

Variables ordenadas por el tamaño de la correlación con la función.

* Mayor correlación absoluta entre cada variable y cualquier función discriminante.

** Esta variable no se emplea en el análisis.

Tabla 13. Comparaciones de los grupos por pares según distancia de Mahalanobis

Grupo		1	2	3	4	5
1	F		24.543	9.841	27.414	10.448
	Sig.		.000	.000	.000	.000
2	F	24.543		13.208	11.014	16.019
	Sig.	.000		.000	.000	.000
3	F	9.841	13.208		31.597	8.020
	Sig.	.000	.000		.000	.000
4	F	27.414	11.014	31.597		26.445
	Sig.	.000	.000	.000		.000
5	F	10.448	16.019	8.020	26.445	
	Sig.	.000	.000	.000	.000	

Podemos apreciar que los grupos 1, 3, 5 se aproximan entre sí, especialmente el 1-3 (F=9,841), 3-5 (F= 8,020); el grupo 4 es el que más se distancia de los demás, seguido del 2. Es decir, los posibles rangos sociales bajo (1), medio (3) y alto (5) no se diferencian tan ampliamente entre sí, como con el grupo infantil (4) y el de los “personajes principales” (2). Los niños, al parecer, poseían un estatus especial, quizás como consecuencia de la alta mortalidad infantil (Tabla 13, Fig. 66).

5.7. Los grupos espaciales y temporales

5.7.1. Área 1

Representa la mayor concentración de tumbas (74 o 66,1%); la de mayor número de individuos deformados, con la cabeza orientada norte-sur, entierros duales, con huellas de cremación; en el ajuar predominan las máscaras, figuras antropomorfas, platos, narigueras cerámicas, manos de moler, punzones, narigueras orfebres, cuentas metálicas, caracoles marinos; en cuanto lesiones observan la mayor frecuencia de traumas. Presenta la menor cantidad de niños, cuerpos orientados este-oeste, en posición de decúbito dorsal extendido, articulados, pozo de forma rectangular, ajuar al lado de la cabeza; en el ajuar tiene la menor cantidad de cántaros, volantes de huso, cuentas de cuarzo; respecto a las lesiones dentales es la de menor frecuencia de cariados y perdidos antemortem. Sus fechas están entre 10 d.C. a 200 d.C.

5.7.2. Área 2

Observa la mayor cantidad de individuos masculinos, con tumbas de pozo simple, ajuar al lado de la cabeza, copas, volantes de huso, instrumentos musicales, metates. La menor frecuencia de tumbas de pozo y fosa, ollas, cuentas líticas. Observa comparativamente buenas condiciones de vida, con menor frecuencia de enfermedad articular degenerativa, defectos del esmalte, periostitis e hiperostosis porótica. Tiene la fecha más antigua de 200 años a.C.

5.7.3. Área 3

Es la zona con la mayor frecuencia de niños y juveniles, cuyos cuerpos están orientados sur-norte, inclinados, con huellas de parihuelas, en posición dorsal extendido, articulados, tumba de pozo y fosa, ajuar ubicado en varias partes; mayor presencia en el ajuar de alcarrazas, ollas, cuencos, cuentas de cuarzo, pulidores. Desde la perspectiva patológica tiene las mejores condiciones de vida, con menor frecuencia de enfermedad articular degenerativa, defectos del esmalte, periostitis, hiperostosis porótica, dientes cariados y perdidos. No tiene fechas.

5.8. Los grupos por género y edad

5.8.1. Infantiles

Los niños constituyen la mayoría de la población (31,3%), en los que menos se puede observar la práctica de la deformación por su precario estado de conservación.

Su cuerpo generalmente se orienta con menor frecuencia norte-sur (42,9%) y observa menos evidencias de parihuelas; en varias oportunidades se les ve enterrados en tumbas duales con adultos u otros niños, con pocas huellas de cremación. Su ajuar se diferencia de los adultos pues presentan menor cantidad de alcarrazas, cuencos, cántaros, volantes de huso, artefactos líticos; pero tienen mayor cantidad de copas, platos y cuentas de cuarzo. Pueden tener caracoles marinos, cuentas orfebres y metates.

5.8.2. Femeninos

Casi la mitad (52,6%) de las mujeres manifiesta aplanamiento lambdoideo (occipital), orientación norte-sur e inclinación. La mayoría de las tumbas son de pozo y fosa de forma rectangular, aunque se aprecia menor frecuencia de construcciones internas. Sus cuerpos manifiestan huellas de cremación con más frecuencia (47,4%). En el ajuar son los individuos que poseen mayor cantidad de figuras antropomorfas, ollas, cuencos, cuentas de lidita y semillas. Desde la perspectiva paleopatológica observan mayor frecuencia de dientes cariados (84,3% de los individuos), traumas (10,6%) y de ausencia de defectos del esmalte (52,6%); la menor de enfermedad articular degenerativa.

5.8.3. Masculinos

Los varones presentan también deformación craneal (47,8%). El cuerpo generalmente está con menor frecuencia inclinado que las mujeres, aunque la mayoría se orienta norte-sur. Las tumbas presentan con mayor frecuencia la forma de pozo simple. En el ajuar se aprecia mayor número de objetos como máscaras, narigueras cerámicas, instrumentos musicales, lascas, pulidores, punzones, cuentas orfebres, narigueras orfebres, caracoles marinos y terrestres, y huesos animales; menor cantidad de volantes de huso y metates. Dentro de las enfermedades son más frecuentes los defectos del esmalte, pero la enfermedad articular degenerativa, la caries y dientes perdidos ante mortem son menos frecuentes que en mujeres.

5.9. Características físicas y etnogénesis

Casi la mitad de personas de este cementerio, tanto mujeres como hombres, están afectados por la deformación cefálica intencional de tipo aplanamiento occipital, producida por la aplicación de alguna tabla deformatoria con fuerte presión, de forma plana en la parte posterior, ligada en la región frontal por algún elemento de forma curva. Por la deformación se producían cabezas muy cortas, muy anchas y muy altas. La frente es amplia, inclinada. El rostro muy ancho,

aplanado, con los pómulos sobresalientes, muy corto de altura. Los ojos se ubican en órbitas angostas de mediana altura, sin que sean tan rasgados como se representa en algunas vasijas antropomorfas. La nariz es corta, ancha, poco prominente. La mandíbula muy robusta, ancha, con fuertes inserciones musculares. La estatura en hombres se aproxima a los 160 cm. y a los 149 cm. en mujeres. Su tronco es largo, de piernas cortas.

Por sus características morfométricas la población de Coronado se aproxima más a las contemporáneas (siglos IV a.C. a IV d.C.) de El Cerrito, Santa Bárbara y Malagana (Rodríguez *et al.*, 2005; Correal *et al.*, 2003), y se diferencia de la excavada en el Estadio del Deportivo Cali, pues esta última presenta una cabeza más alargada y angosta, más baja, frente más angosta y recta, rostro más angosto y más alto. Las diferencias no son tan amplias con relación a las poblaciones tardías de Guacarí y Buga, pero muy grandes respecto a Dagua en la cordillera Occidental y Quimbaya del norte del Valle y Eje Cafetero (Rodríguez, Rodríguez, 1998).

En conjunto se parece más a las poblaciones andinas de la cordillera Oriental de Colombia (Período Herrera, Muisca, Chibcha), por lo que se ha planteado que comparten un tronco ancestral común bastante antiguo (Rodríguez, 2005:182). Entretanto, Dagua y Quimbaya parecen tener alguna influencia Caribe, quizás como producto de migraciones tardías. Es decir, las poblaciones que ocuparon la región del Valle del Cauca tendrían sus raíces en grupos de cazadores recolectores que traspasaron la cordillera Central, proveniente del tronco ancestral común chibcha que se escindió en algún momento del tiempo y el espacio, después de haberse remontado por el valle del río Magdalena. Posteriormente, en épocas tardías grupos caribes se habrían extendido por la región Quimbaya, cordilleras Central y Occidental, mezclándose con la ancestral, pero sin desplazarla completamente.

5.10. Condiciones de vida de la población de Coronado

En el análisis de las condiciones de vida se tuvieron en cuenta los indicadores paleodemográficos (sexo, edad, esperanza de vida, mortalidad infantil, mortalidad adulta) y paleopatológicos (enfermedad articular degenerativa, hiperostosis porótica, defectos del esmalte, dientes cariados y perdidos ante mortem, periostitis, osteolisis, traumas) (Rodríguez, 1990; Pérez-Pérez, 1993; Larsen, 2000; Steckel, Rose, 2002).

Dentro de los indicadores paleodemográficos destaca la relativa alta mortalidad infantil para los primeros 10 años de vida (35,5%), una baja probabilidad de muerte para la cohorte de 10-15 y 20-24 años y una esperanza de vida al nacer (22,3 años) ligeramente superior al promedio prehispánico (20 años).

La enfermedad articular degenerativa es la lesión más frecuente en personas adultas, afectando la columna vertebral, especialmente la región lumbar, la pelvis (en mujeres) y las rodillas. Se manifestaba en toda la población adulta, deformada o no deformada, de ambos sexos, especialmente en adultos medios, mujeres y, paradójicamente –si no existe sesgo estadístico–, en los deformados. Por áreas la que presenta menor incidencia es la 3 (53,3%), seguida de la 1 (33,8%) y la 2 (26,1%). Se relaciona positivamente con la edad, sexo, tipo de entierro, forma de pozo, la pérdida de dientes por caries y los traumas. Negativamente con los defectos del esmalte.

Los defectos del esmalte se presentan en forma de líneas, hoyuelos y en contadas ocasiones de bandas, en incisivos, caninos, y en menor medida en premolares y molares. Por sexo es mayor la ausencia en infantiles (65,7%) y mujeres (52,6%) que en hombres (37,0%). Por áreas está ausente casi con la misma frecuencia en las tres (47,3, 39,1 y 46,7%, respectivamente de la 1, 2, 3).

La cribra orbitaria que habitualmente se relaciona con la anemia ferropénica es muy poco frecuente; se presentó solamente en un individuo infantil.

La caries y los dientes perdidos ante mortem por esa lesión afectaban preferentemente a las mujeres (84,3%) que a los varones (58,7%), especialmente del área 1, y, en menor medida de las áreas 2 y 3. También afectaba a los individuos deformados (69,8%) más que a los no deformados (46,8%).

Los traumas fueron muy poco frecuentes, manifestándose en dos mujeres y dos varones del área 1. Se relaciona positivamente con la presencia en el ajuar de manos de moler, la enfermedad articular degenerativa y los dientes cariados.

En general el cuadro paleodemográfico y paleopatológico de Coronado señala que todos los grupos sociales participaban de las labores de producción que exigían del transporte sobre sus hombros de pesadas cargas, lo que afectaba sus articulaciones. Igualmente todas las cohortes de edad eran impactadas por las condiciones pantanosas que existieron en esa época –quizá por el consumo de agua empantanada–, lo que incidió en problemas de arresto del crecimiento durante la infancia por posible anemia ferropénica producida por parasitosis. Finalmente, el procesamiento del maíz y otros productos entre piedras (metates, manos de moler) y la elaboración de la chicha afectaban el sistema dental, produciendo desgaste, caries y la posterior pérdida de piezas dentales por abscesos periapicales, sin importar los grupos sociales, incluidos los chamanes. Como se sabe, entre los grupos indígenas esta actividad no es especializada, pues, por ejemplo, entre el grupo Embera del Chocó, el jaibaná –sabedor– debe realizar todas las actividades correspondientes a tumar monte, sembrar, cazar, elaborar sus instrumentos; si son mujeres cuidarán los ni-

ños, fabricarán cerámica y cestería y cargarán la leña, el agua y la cosecha (Vasco, 1985:29).

A pesar de estas condiciones ambientales, no obstante las condiciones de salud de la sociedad de Coronado eran superiores a las de muchas poblaciones mundiales de hace 2.000 años de antigüedad, pues tenían una baja frecuencia de caries, defectos del esmalte, lesiones por anemia ferropénica (hiperostosis porótica, cribra orbitaria) y de traumas, en comparación con las reportadas en el estudio sobre el hemisferio occidental (Steckel, Rose, 2002).

5.11. Relaciones culturales de Coronado

Culturalmente Coronado se relaciona con Malagana, Santa Bárbara, El Sembrador y el Estadio, de la terraza de Palmira, con estilos cerámicos y orfebres del período Yotoco en la región Calima, y con el yacimiento de El Cerrito en el valle del río Cauca. Entre estos se encuentran los engobes rojos, cremas y grises en una o ambas caras de las vasijas; las formas zoomorfas y antropomorfas de las alcarrazas; las figuras humanas en posición sedente; la decoración y forma de los cuencos; los diseños geométricos incisos rellenos de círculos punteados formando motivos de reloj de arena; además de las incisiones triangulares escalonadas y acanaladuras configurando tipos zoomorfos y antropomorfos. También es frecuente encontrar en los sitios sincrónicos cuentas de collar de cuarzo dentro de la boca y alrededor del cuerpo; igualmente caracoles marinos. Por lo general, los cuerpos están orientados norte-sur, en posición de decúbito dorsal con los miembros extendidos, con signos de cremación y en algunos casos de desarticulación (Botiva, Forero, 1991; Bray et al., 2005; Cardale *et al.*, 1992, 1995, 1999, 2005; Herrera *et al.*, 1994, 1999; Blanco *et al.*, 1999, 2004, 2005; Rodríguez *et al.*, 2005).

No obstante, Coronado se diferencia de Malagana (Correal *et al.*, 2003:194-196) pues no presenta la monumentalidad orfebre de los entierros saqueados durante los años 90; tampoco la forma de las tumbas pues allí predomina el pozo de forma irregular, sin antefosas, y en algunas se encontró el piso recubierto de metates o bloques de piedra, estando ausente en Coronado. De El Cerrito se diferencia pues no observa la forma monticular de disposición del ajuar encima de la tumba; tampoco comparte la forma de las tumbas. Las diferencias con El Estadio son también bastante marcadas en lo referente a la forma de las tumbas y la ausencia de entierros múltiples dispersos, además de la presencia de individuos dolicocefálicos (cabeza alargada).

Finalmente, cabe destacar la singularidad de Coronado en lo concerniente a las máscaras cerámicas antropro-zoomorfas, las narigueras cerámicas, la marcada incli-

nación de algunos cuerpos y la misma forma de las tumbas de pozo rectangular con una cámara (fosa, antefosa, antecámara, semicámara) frontal de forma también rectangular.

Todos estos yacimientos comparten la práctica de la cremación de los cuerpos que reportaron los cronistas en el siglo XVI, la ubicación de ajuar para la vida en el más allá y quizás ideas similares sobre la muerte (Cieza, 1922; Andagoya, 1993; Belalcázar, 1985; Sardela, 1993; Sarmiento, 1993), planteando una tradición milenaria para la cosmovisión indígena vallecaucana.

5.12. El cementerio de Coronado y la discusión sobre los orígenes de la diferenciación social

En el cementerio de Coronado no se manifiestan evidencias de barbarie y canibalismo como señalaron malintencionadamente –para justificar los vejámenes de la conquista y expropiación de las tierras y tesoros indígenas- los cronistas para las sociedades del siglo XVI (Escobar, 1988; Jaramillo, 1995), ni la idea de la guerra de todos contra todos (Trimborn, 2005:289; Eckert, 2002), ni la competencia por bienes suntuosos, entre ellos esclavos para el consumo caníbal (Carneiro, 1991:185), o el acceso diferencial a la tierra como bien de producción por los segmentos que conformaban la sociedad (Sánchez, 2005:152). La guerra tampoco evidencia ser el motor del surgimiento de la estratificación social, pues no hay huellas de violencia (traumas craneo-encefálicos severos ni en actitud defensiva), ni de corte de los huesos para el consumo de la carne; además que las complejas prácticas funerarias de estas sociedades reflejan un sistemático ordenamiento del mundo tanto de los vivos como de los muertos. Tampoco se aprecia la acumulación de una gran cantidad de riquezas materiales dentro del ajuar (Rodríguez, Salgado, 1990; Rodríguez, 2005).

Al contrario, el cumplimiento de algunas funciones rituales de iniciación, como portador del conocimiento ancestral que implicaba el manejo de sustancias psicotrópicas (coca, yopo u otras) para la comunicación con el mundo cósmico, parece ser el motor inicial de esa diferenciación social, donde los individuos –al parecer hombres- ejercían mayor poder espiritual –ideológico- que económico, sin acumular mucha riqueza personal (Llanos, 1995:46; Gnecco, 1995:95; Drennan, 2000:135). Aquí la deformación craneal sería sinónimo de estatus heredado (Boada, 2000:21; Rodríguez *et al.*, 2005:88), mientras que los caracoles marinos, las narigueras cerámicas y las narigueras orfebres serían reflejo de estatus adquirido. No obstante, un individuo podría señalarse de ambas maneras, pues por un lado ade-

más de deformación cefálica podría destacarse con máscaras cerámicas y otros objetos, como el personaje masculino de la tumba 47 del área 1, cuyo cuerpo estaba muy inclinado y tenía una singular orientación (74° NW quizás para recibir la energía del astro solar de pies a cabeza durante su curso diario), quien a pesar de corresponder al personaje principal de Coronado, sufrió durante la niñez de desajustes de salud como se evidencia por los defectos del esmalte.

En general, las prácticas funerarias del cementerio de Coronado dependían del sexo, la edad, la posición social de la persona, y, al parecer, de la causa de muerte, lo que incidió en el tratamiento del cuerpo, su orientación, posición, forma, tamaño y construcciones internas de la tumba, la disposición, características y significado del ajuar funerario.

La medición de la inversión de energía o de riqueza mediante el conteo del número de piezas o del tamaño de las tumbas como indicadores de estatus, tal como se planteó desde el procesualismo (Binford, 1972) no es muy adecuada como se indicó desde la crítica postprocesualista (Lull, 2000), pues el valor social de los productos funerarios como las máscaras, figuras antropomorfas, caracoles marinos y otros, tiene su propio significado desde el referente que los vinculó a la esfera ritual, simbólica o ideológica, difícil de medir materialmente. El mismo oro entre los indígenas tenía un significado más ritual –fertilidad, energía– que material.

De aquí surge la necesidad de diferenciar las formas de los objetos (antropomorfos, zoomorfos, fitomorfos, otros), pues pueden connotar roles sociales de las personas asociadas a ellos. Por ejemplo, las semillas y metates relacionadas a las mujeres, los huesos de animales a los hombres.

En conclusión, la sociedad de Coronado fue muy espiritual y reflejó su esencia más en las formas y significados de las ofrendas, y menos en el tamaño y cantidad de las mismas. Es decir, su riqueza fue más ritual que material, “pobre” desde la perspectiva occidental, pero muy “rica” en enseñanzas según su propio sentido de la vida que buscaba la supervivencia como objetivo principal de sus estrategias adaptativas.



Figura 41. Cuerpo inclinado, articulado, orientado NE, en posición de decúbito dorsal extendido, las manos debajo de la pelvis, tumba 66 de Área 1.



Figura 42. Huellas de parihuelas y de postes en tumba 5 del Área 2.



Figura 43. Tumba 28 del área 3, con los miembros inferiores desarticulados.



Figura 44. Máscara antropomorfa, área 1, tumba 47. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 45. Máscara, Área 1, Tumba 51. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 46. Máscara zoomorfa, área 1, tumba 51.



Figura 47. Silbante antropomorfo masculino, Área 1, Tumba 10. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 48. Figura antropomorfa con alteración facial, área 2 tumba 31. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 49. Copa con base, área 1 tumba 86. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 50. Plato de borde tubular, Área 1, Tumba 37. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 51. Nariguera cerámica, área 1, tumba 47. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 52. Alcarraza en forma de ave estilizada, Área 1, Tumba 49. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 53. Alcarraza ornitomorfa estilizada, Área 1, Tumba 47. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 54. Alcarraza en forma de vivienda, Área 3, Tumba 20. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 55. Cuenco con borde sinuoso, Área 1, Tumba 75. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 56. Cuenco fitomorfo, Área 3, Tumba 20. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 57. Cuenco tetrapode, tumba 47, área 1. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 58. Cántaro zoomorfo inciso, Área 3, Tumba 20. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 59. Cántaro con decoración zoomorfa aplicada, Área 3, Tumba 11. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 60. Instrumento musical, área 1, tumba 29. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 61. Poporo zoomorfo, área 1, tumba 25. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 62. Poporo-canastero antropomorfo, área 2, tumba 4. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 63. Cuentas de cuarzo. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 64. Cuentas tubulares de lídita. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 65. Nariguera orfebre, A1 tumba 60. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 66. Cuentas en oro en forma de babilla, área 1 tumba 3. (Colección MAC, INCIVA)



Figura 67. Figura en oro zoomorfa doble (escarabajo y tortuga). (Colección MAC, INCIVA)

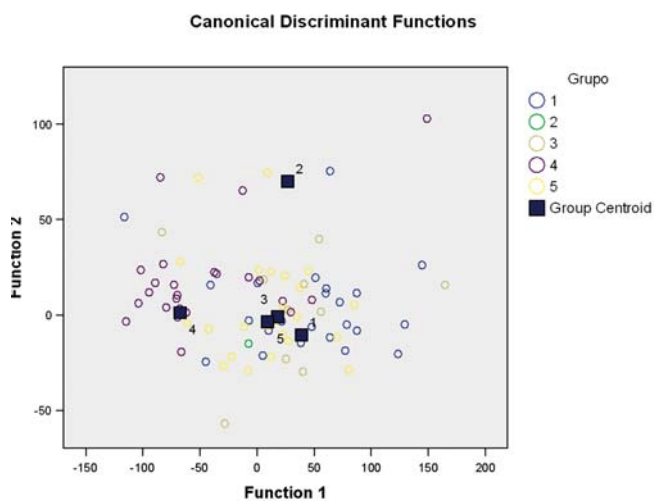


Figura 68. Diagrama de dispersión de todos los grupos según las funciones canónicas discriminantes.

Capítulo 6

Asentamientos tardíos

JOSÉ V. RODRÍGUEZ, *Universidad Nacional de Colombia*

SONIA BLANCO, *INCIVA*

ALEXANDER CLAVIJO, *INCIVA*

6.1. Los antecedentes arqueológicos

Mientras que los yacimientos tempranos conocidos hasta el momento en el territorio del municipio de Palmira se localizan esencialmente en la terraza y llanura del río Bolo, los tardíos se extienden, además, en las montañas de la cordillera Central. En los años 40 James Ford (1944) realizó estudios arqueológicos en la vertiente este de la cordillera Occidental, proponiendo el complejo Pichindé, y en la vertiente oeste de la cordillera Central los complejos Bolo y Quebrada Seca, para los asentamientos tardíos. En los años 60 Julio César Cubillos (1984) adelantó investigaciones en Palmaseca, cerca del aeropuerto “Alfonso Bonilla Aragón”, donde excavó sitios de vivienda y unos montículos circulares de 950 cm. de diámetro y 150 cm. de altura; obtuvo una fecha de 1140 ± 80 d.C. El autor estableció tres fases que denominó Sachamate, Tinajas y Quebrada Seca, según los tipos cerámicos fino, medio y grueso, teniendo en cuenta las partículas incluidas en el desgrasante (Cubillos, 1984:38-83). La Fase Sachamate se ubicaría cronológicamente hacia finales del siglo XII y comienzos del XIII; la Fase Tinajas estaría enmarcada cronológicamente dentro de la anterior o quizás un poco posterior a ella; a su vez, la Fase Quebrada Seca la identifica dentro del Complejo Quebrada Seca propuesto por Ford (1944), señalando, gracias a la excavación de sitios estratificados que la cerámica no solamente tuvo una función ritual, sino también de factura doméstica, y estaría cronológicamente un poco antes o después de la conquista, hacia 1535 d.C. (Cubillos, 1984:93).

En los años 70 Lucía Rojas de Perdomo (1985) llevó a cabo exploraciones arqueológicas en La Buitrera, cerca de Cali, encontrando tumbas de pozo muy profundas con cámara frontal, en donde solamente se hallaron rústicos volantes de huso.

6.2. Terraza de Palmira

6.2.1. CIAT

Entre 1991 y 1992 los investigadores Carlos A. Rodríguez y David Stemper, adelantaron dos temporadas de campo en el Centro Internacional de Agricultura Tropical CIAT y la Ladrillera Panamericana en el curso bajo del río Bolo, identificando más de una veintena de concentraciones de material cultural, tres tumbas prehispánicas y dos pozos relacionados con los Complejos Bolo y Quebrada Seca ubicados cronológicamente entre 1000-1600 d. C. (Rodríguez, Stemper, 1993).

La cerámica observa similitudes estilísticas con la hallada en los sitios Tinajas, Sachamate y Quebrada Seca excavada por Julio C. Cubillos (1984) en el extremo sur del valle geográfico del río Cauca. Se aprecia modificación del paisaje mediante grandes movimientos y acarreo de tierra para crear montículos con fines residenciales, funerarios y, posiblemente agrícolas (Rodríguez, Stemper, 1993:77). La población nativa inició la ocupación del sitio en condiciones de sedimentación de desborde, laminar, lenta, producto de las inundaciones de los ríos Cauca y Bolo hacia sus márgenes. Se aprecia el manejo de palmas (*Geonoma* sp.) quizás para su consumo y como materia prima. Con el incremento de las condiciones de humedad por la saturación de agua del piso de habitación, posiblemente hacia finales del I milenio d.C., la población transportó limos finos para adecuarlos rellenando el piso sobre el que construyeron las viviendas.

También se excavaron tres tumbas de pozo de forma rectangular, cuyo rasgo se inicia a los 100-120 cm. de profundidad. Sus dimensiones oscilan entre 150-195 cm. de largo, 90-130 cm. de ancho y 150-230 cm. de profundidad. Se caracterizan por no tener ajuar funerario. Según los autores, fueron elaboradas al inicio de la ocupación Quebradaseca, tanto por su estratigrafía como por la cerámica localizada (Ibíd.:54).

6.2.2. Corpoica

En este sitio se ubicaron tres tumbas, pero por las condiciones del nivel freático solamente una de ellas fue excavada en su totalidad. La tumba No. 2 corresponde a una estructura de pozo rectangular con cámara frontal y nicho, con enterramientos colectivos asociados a volantes de huso tardíos. En el interior de la cámara se encontraron 9 individuos desarticulados anatómicamente de distintas edades y sexos, y en el nicho un esqueleto articulado perteneciente a un infante. Un individuo femenino estaba afectado por treponematosis. En total se hallaron 3 niños menores de 5

años, 2 entre 5-9 años, uno entre 10-14 años, uno entre 20-24 años y dos entre 40-44 años, lo que representa una baja esperanza de vida y alta mortalidad infantil para este grupo quizás de tipo familiar. (Rodríguez C. A., 1996, 2002).

6.2.3. Otros yacimientos

Durante las actividades de rescate arqueológico sobre el trazado del Gasoducto de occidente se excavaron varios sitios de interés arqueológico, entre ellos Cantarrana, Aranjuez, Mayaguez y Potrero de Párraga (Patiño *et al.*, 1998), la estación de servicio La Gran Parada y en la Parcelación Bosques de Belén (Clavijo, 1999). En Cantarrana, en predios del Ingenio Tumaco, corregimiento de Matapalo, municipio de Palmira, se realizaron recolecciones superficiales, excavaciones de trincheras y de una tumba, obteniendo materiales cerámicos asociados al Complejo Quebrada Seca y fechada mediante radiocarbono en el siglo XI d.C. (Patiño *et al.*, 1998).

En Mayagüez en predios del ingenio del mismo nombre, vereda La Tupia próxima a la población de Candelaria, se encontró un piso antrópico enterrado con cerámica representada por bordes correspondientes a vasijas globulares y subglobulares; un cuenco descuello por la pintura, impresiones y técnicas decorativas relacionadas con la fase Tinajas (Ibíd.).

En Potrero de Párraga, vereda El Triunfo, próximo a la vía que conduce de Candelaria a Puerto Tejada, se excavó un sitio de habitación con cerámica diagnóstica, fragmentos de figurinas y materiales líticos. Las formas cerámicas eran vasijas globulares y subglobulares, platos, cuencos y posibles vasos (Ibíd.).

En el monitoreo arqueológico del Gasoducto de Occidente se localizó un yacimiento arqueológico en la hacienda Guaguyá, corregimiento de Rozo, que al parecer fue ocupado por representantes estilísticamente relacionados con la variante cultural Guabas (siglos VIII y XIII d.C.); en este sitio se obtuvo una fecha de 1240±70 d.C. El lugar fue utilizado para la construcción de viviendas y como sitio de cultivo (Rodríguez, 1996).

En el ramal que va a Candelaria, terrenos del ingenio Mayaguez (PK 8+00), se detectó un depósito cerámico a 130 cm. de profundidad, cuya decoración se destaca por la presencia de impresión ungular, pintura en el labio, características propias de los Complejos Quebrada Seca y Tinajas (Bernal, 1997: 180).

Como se puede apreciar, los sitios arqueológicos del municipio de Palmira, tanto de períodos tempranos (Malagana, Coronado, Santa Bárbara, Estadio, El Sembrador) como tardíos (Corpoica, Zamorano, Cantarrana, Aranjuez, Mayaguez y Potrero de Párraga) se ubican primordialmente en el valle del río Cauca.

6.3. Cordillera Central

En su balance sobre las investigaciones arqueológicas en el Valle del Cauca Carlos A. Rodríguez (1990: 86) sostenía que la cordillera Central era básicamente desconocida. Exceptuando el trabajo de Eduardo Forero en la parte cordillerana de Buga en los años 90, esta región se conoce muy poco, por lo que en 2004 se dio inicio al programa de investigaciones arqueológicas “Palmira señorial: paisajes, pueblos y culturas”, coordinado por la Universidad Nacional de Colombia y el INCIVA, con el propósito de obtener una visión regional de los asentamientos que allí se establecieron. Dentro de los paisajes geoarqueológicos que se estudiaron tenemos la Montaña (cordillera Central), Depresión (región de La Buitrera) y Colinas (Aguaclara, La Buitrera, La Ruiza) (Fig. 3).

6.3.1. Reserva Natural Nirvana

Las últimas estribaciones de la Cordillera Central, hacia el Valle del Cauca, se caracterizan en el área de los municipios de Palmira y Pradera por presentar una depresión transversal (en sentido norte–sur) de aproximadamente 35 km², ubicado entre los 1200 y 1500 msnm, en los corregimientos de Aguaclara y La Buitrera cuyas características principales se refieren a un clima suave, transicional entre cálido y medio, relativamente húmedo, surcado por gran cantidad de aguas que bajan de las montañas y las colinas vecinas. Sus suelos fértiles se derivan de depósitos fluviovolcánicos y coluviales, cuyo relieve y características generales son similares en varios aspectos a los del Valle del Dorado en la región Calima (Fig. 72).

En las estribaciones de la cordillera Central, a 1700 msnm, sobre una cuchilla de la Reserva Natural Nirvana, se localizan dos hileras de terrazas escalonadas, 9 hacia el este (Fig. 73) y tres hacia el oeste; además un terraplén y un lago artificial dentro de una hondonada que recibe las aguas de un nacimiento natural. Por estas peculiaridades lo hemos denominado “poblado Vilela”. Al parecer en tiempos tardíos los pobladores del lugar extrajeron la tierra de la hondonada para profundizar el lago y construir el terraplén; el limo sirvió para fertilizar la terraza contigua, de donde la familia Botero, propietaria actual de la Reserva extrajo tierra fértil para 80.000 plántulas de café hace más de 30 años; hoy día es una huerta con excelentes condiciones en sus suelos (con alta actividad biológica, suelos arcillosos, ph de 7.0).

Por el filo de la montaña descende un camino que conduce a las colinas y de allí hacia la llanura de inundación del río Bolo. La cerámica incluye decoraciones en sus bordes de figuras antropomorfas (Fig. 68), con nariz aguileña, nariguera y ojos en forma de pepa de café, similar a la de la región Pijao (Cifuentes, 1996:49). De

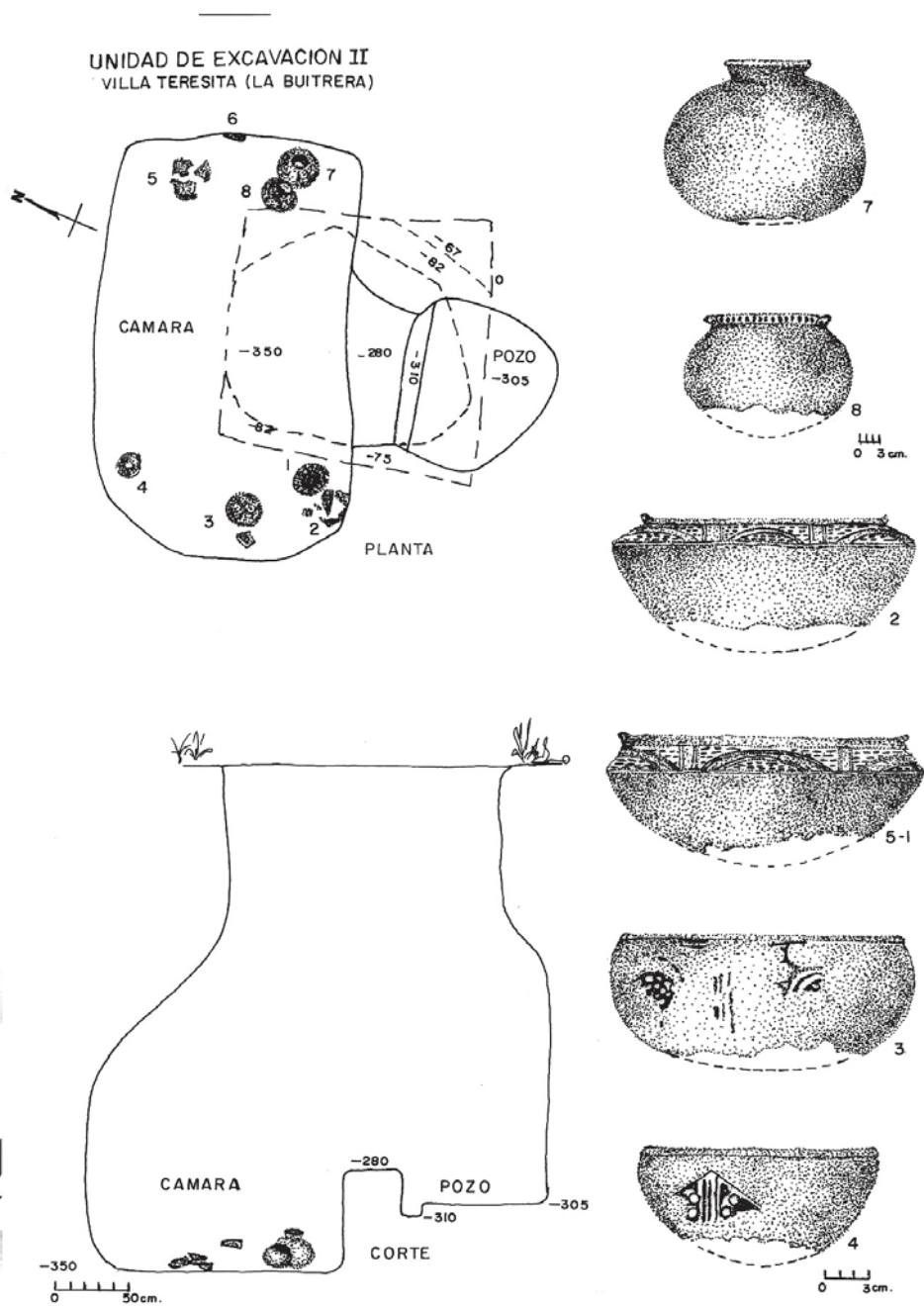


Figura 69. Tumba de pozo y cámara frontal, Villa Teresita, La Buitrera.

los tres abanicos aluviales provenientes de la cordillera Central, que conforman el piedemonte oriental y que surcan la depresión tectónica de La Buitrera, entre ellos los ríos Vilela, Flores y Yeguas, el primero es el mayor y nace en la reserva Nirvana.

En los sitios llamados Traslaluna (a 1723 msnm) se descubrieron varias terrazas escalonadas; en La Cancha (a 1859 msnm) se localiza una terraza con un área aproximada de 300 m², con depósitos de cerámica de períodos tardíos. En una colina aislada llamada El Otero se aprecia un mirador que domina todo el valle, que al parecer tuvo un uso funerario.

Hacia el noroeste de La Buitrera en una colina aislada con buena vista hacia la depresión y el valle, a 1534 msnm, se ubica la finca Villa Teresita (Fig. 69, 75, 76), donde se localiza un amplio cementerio con tumbas de pozo y cámara excavados desde la superficie, con cerámica igualmente tardía. Además de la ofrenda cerámica se halló carbón en el piso de la cámara como parte del ajuar. Tanto el pozo como la cámara son de forma semirectangular, estando el pozo más elevado que la cámara. Los restos óseos no se conservaron, pero al parecer el cuerpo estaba orientado hacia el este y tenía cerca de su cabeza un barretón (no. 6), dos vasijas hacia el norte (no. 4, 5) y otras cuatro hacia el sur (no. 1, 3, 7, 8)

6.4. Depresión de La Buitrera

En la depresión se observan dos líneas de canales transversales con conexiones entre sí de pequeños canales oblicuos en 45° y otros secundarios con declive hacia el norte (Quebrada Flores) y hacia el sur (otro caño). Sobre el flanco oriental de las colinas se evidencian canales en pendiente excavados en áreas hoy día erosionadas (Fig. 72). Al parecer la función de estas construcciones era la de proteger las lomas de la erosión y canalizar las aguas para que no inundaran la depresión que en épocas antiguas se encharcaba al retener las aguas de ambos flancos, tanto de las colinas como de la cordillera Central. Probablemente la pendiente occidental de la depresión fue utilizada para cultivos prehispánicos, aprovechando los abanicos producidos por numerosos caños, quebradas y ríos que la irrigan, y la presencia de un enorme nacedero de agua convertido en lago en la hacienda Los Cábmulos. Esta contiene un relleno de origen coluvial y posee mucho canto rodado; sus suelos son arcillosos, con pH entre 6.0 y 6.5, no se aprecian raíces de árboles lo que señala que fue deforestado hace tiempo.

Hacia el sur de la depresión, en la Hacienda La Ruiza, en una pequeña colina se localizó un cementerio parcialmente saqueado, cuyas depresiones por el hundimiento del relleno señalan fácilmente su localización.

6.5. Colinas estructurales

En Aguaclara se aprecia la formación de colinas estructurales erosionales (C) en roca terciaria de la Formación Vilela, que presentan alto grado de evolución pedogenética, con suelos adecuados para bosques. Al parecer la pauta de asentamiento de la cima de las lomas de Cantaclaro, Acuarela, Palo Alto y La Ruiza fue de contextos funerarios. En la loma Cantaclaro a 1300 msnm se ubica un enorme cementerio, cuya parte oeste está muy saqueada (desde el siglo XVIII según documentos del Archivo General de la Nación, Sección Colonia, Fondo Real Hacienda de 1783 y 1784), conservándose varias tumbas intactas en la parte este. Las tumbas son de pozo rectangular de 70-90 cm en sus lados, descienden entre 250-1000 cm, poseen escalones a ambos lados distanciados 40-50 cm, y los pozos son más profundos que las cámaras (Fig. 64, 77, 78). Hacia uno de los lados se extiende un nicho cuya construcción es muy sencilla, y hacia el otro, separada por un corredor, una cámara con techo a dos o cuatro aguas, algunos abovedados con refuerzos acanalados en los extremos, de aproximadamente 200 cm de altura, 240-300 cm de anchura. Las paredes de las tumbas son muy vistosas pues combinan distintos colores de la roca, entre rojo y amarillo. En las tumbas guaqueadas se han localizado hasta el momento volantes de huso, restos de hueso y dientes humanos muy fragmentados (Rodríguez, 2005).

En los flancos este y oeste de las colinas se aprecian terrazas para posible vivienda, caminos que las atraviesan, y en el flanco oriental se observan varios canales en pendiente en las zonas de mayor erosión que desembocan en el canal transversal ya descrito. Una de las terrazas posee una amplia vista, está cerca del camino, de los canales en pendiente y transversal, y a fuentes de agua, con un área aproximada de 2500 m².

Los volantes de huso generalmente se hallan en las cámaras (Fig. 65). Están compuestos de base circular y cuerpo troncónico, perforados en el centro, decorados en la base del cuerpo con incisiones circulares regulares, en el cuerpo por dos círculos concéntricos acanalados y decoraciones geométricas a manera de triángulos dobles o simples con el vértice orientado hacia el centro del huso rellenos con incisiones circulares. Otros presentan aquillamiento en la base con rastros de pintura roja; unos terceros no están decorados. La pasta por lo general es media y el color predominante es el naranja, seguido del café y gris. El diámetro de la base oscila entre 29 mm y 50 mm, la altura entre 16 y 35 mm.

Las tumbas de Cantaclaro (Fig. 70, 77) y La Ruiza (Fig. 78) tanto por la forma como por las pautas de enterramiento y por los materiales cerámicos recuperados

en ellas, culturalmente se relacionan con la tradición Quebrada Seca, que se caracteriza por representar formas de viviendas en las cámaras como caballetes, vigas de amarre, techo a cuatro aguas o abovedados. Formas similares se han hallado en Ciudad Jardín, Cali (Blanco, 1996), en La Escopeta, Cali (Rodríguez C. A. *et al.*, 1999) y en Guacandá, Yumbo (Rodríguez C. A. *et al.*, 2002). Los pocos restos óseos humanos hallados evidencian un proceso de cremación con temperaturas inferiores a los 800°C pues la parte externa es blancuzca mientras que la interna negruzca, indicando que la materia orgánica no ha desaparecido completamente, por la acción del fuego en presencia de oxígeno (Lorenzo, Sinusia, 1996:166). Por esta razón no podemos adentrarnos en la problemática de las características físicas de sus pobladores ni de sus condiciones de vida. En el ajuar se hallaron solamente volantes de huso en grandes cantidades, que por su forma son similares a los reportados en tumbas Sonso y habitualmente se asocian a trabajos de tejidos.

La forma de vivienda de las cámaras, la complejidad de las estructuras como los pozos con escalones y nicho a un lado, las dimensiones y la forma vistosa de las paredes pues combinan los colores rojo, amarillo y naranja de la roca, evidencian que el ritual funerario fue muy importante para esta sociedad, destinando un espacio solamente para esta actividad, sobre las Lomas de Cantaclaro, loma Palo Alto y La Ruiza, donde se aprecian centenares de tumbas.

Llama la atención la forma de casa de las cámaras mortuorias (cúpulas abovedadas o con techos a dos o cuatro aguas) y la forma de las tumbas en perfil similar al órgano de reproducción femenino –la vagina y las trompas de Falopio a ambos lados–, como se conocen las tumbas de pozo con cámara lateral y nicho típicas para el territorio del valle del río Cauca (Long, 1967:80). Las sociedades indígenas, dentro de su cosmovisión concebían el universo de modo tridimensional unido por un eje, modelo que reproducían en todos sus ámbitos sociales, en las montañas y cerros, en las casas ceremoniales (Reichel-Dolmatoff, 1967:59), en su vivienda, en las mismas tumbas y objetos de ofrenda, pues “si todo territorio habitado es un Cosmos, lo es precisamente por haber sido consagrado previamente, por ser, de un modo u otro, obra de los dioses, o por comunicar con el mundo de éstos” (Eliade, 1992:32). Por esta razón, el ser enterrado tiene su equivalencia cosmológica de regresar al útero que le dio vida, con el propósito de ser creado de nuevo, pues el individuo se muere para dar paso a una nueva existencia espiritual mediante un ritual de iniciación, dando lugar al proceso de generación, muerte y regeneración, tres momentos del mismo misterio en donde no puede haber ruptura, no se puede parar en ninguno de ellos (Eliade, 1992:165).

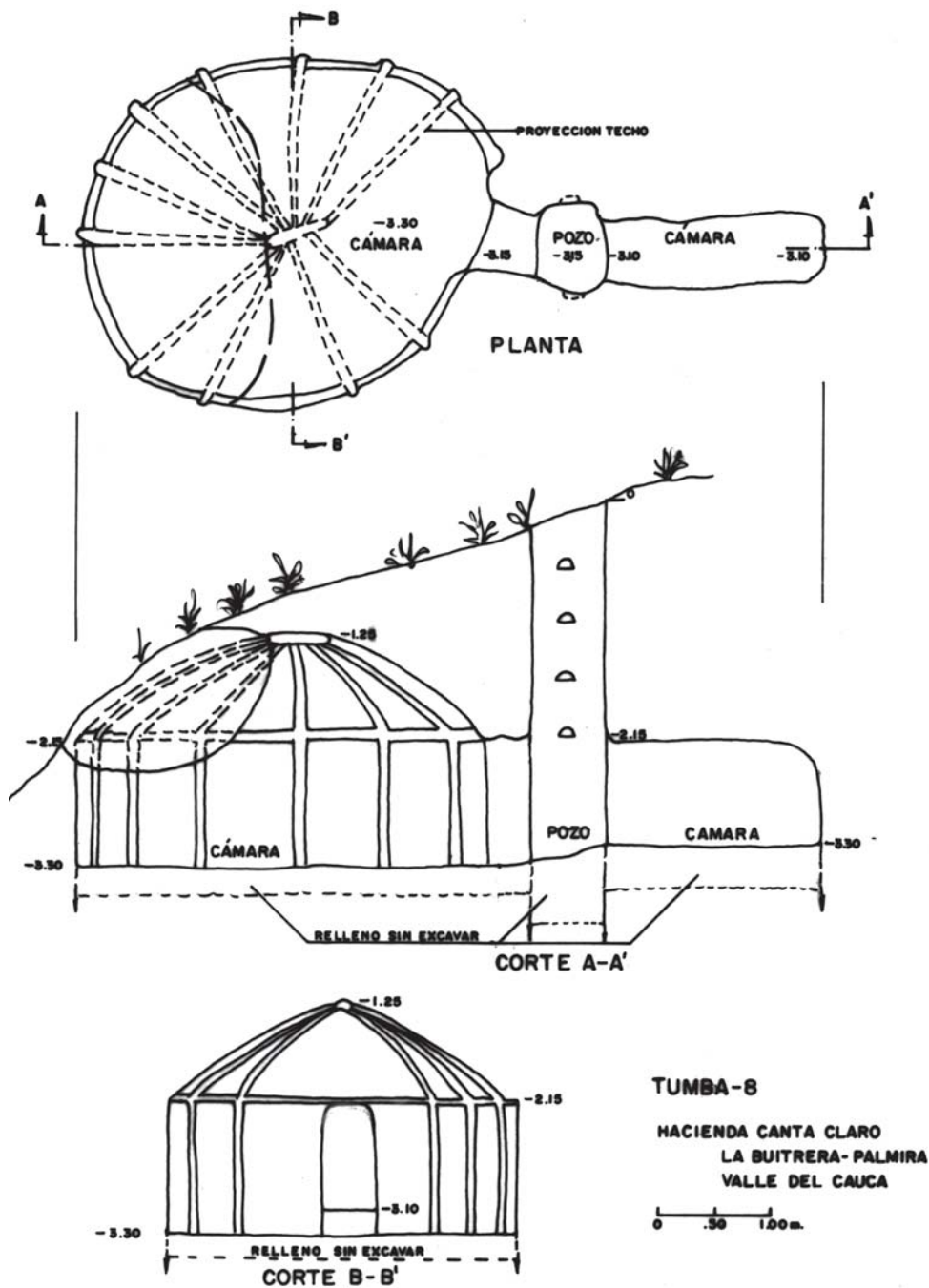


Figura 70. Tumba 8 de Cantaclaro, Aguacalara, Palmira.

PRADERA - LA RUIZA - SITIO 6 - TUMBA 2

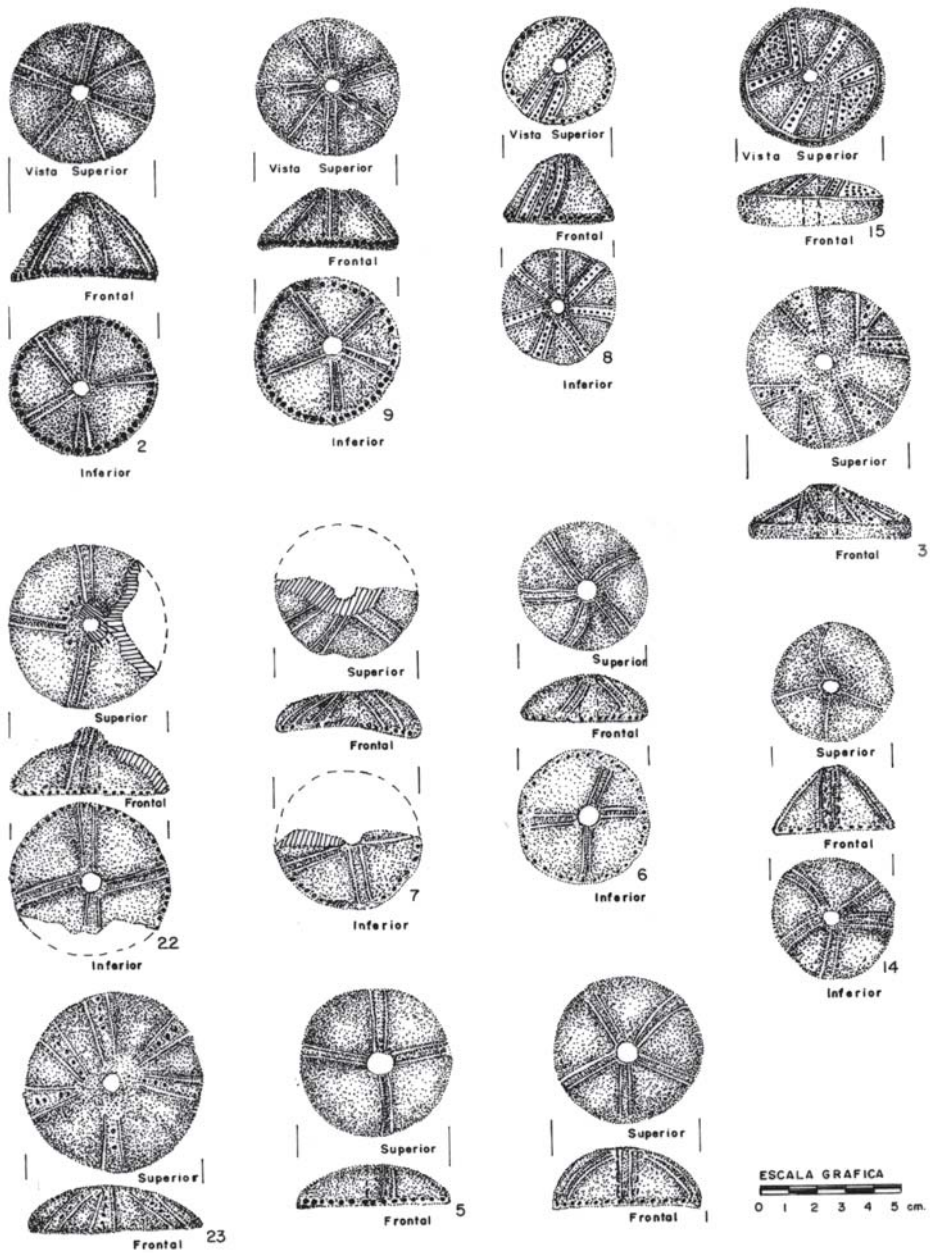


Figura 71. Forma de volantes de huso, tumba 2, La Ruiza.

En definitiva, con la tumba lo que se pretende es regresar al mundo de los dioses, en este caso, el sol dador de energía y de vida; de aquí que la orientación, tratamiento y disposición de los cuerpos se hace de manera que no se pierda la capacidad –la energía– de comunicación con el astro solar. Esta relación tumba-vivienda-cosmos permite plantear que las tumbas son viviendas para los muertos, como bien lo señalara Gustavo Santos (1995:43) para el cementerio de El Volador, Medellín, Antioquia, cuyas estructuras funerarias son similares a las de Aguaclara y La Buitrera, y que “los muertos fueron puestos en el lugar que les correspondía en el cosmos para que siguieran viviendo, en otro mundo y de otra manera, en el mundo de los muertos, pero como parte integral del mundo de los vivos”.

Los cementerios erigidos en la parte alta de las colinas con buena vista, con tumbas de pozo y cámara dentro de la roca roja, con los cuerpos orientados en el sentido del movimiento del sol y protegidos por los puntos cardinales con ajuar funerario, son analogías del cosmos, la vida, el nacimiento.

Las colinas funerarias de Cantaclaro, Palo Alto, La Ruiza, El Otero y Villa Teresita, con tierras rojas, constituyen, siguiendo la analogía cósmica “vientres grávidos, en la expresión de la *terra mater*, de la maternidad de la tierra, en cuyo interior, por oposición, los recintos mortuorios contienen la propiación de la vida mediante las representaciones de mujeres pariendo sobre la tierra; de coitos mitológicos que aseguran la fertilidad en las chagras, las terrazas y los campos de cultivo; de rituales de purificación que exculpan las profanaciones de la vida cotidiana; de falos erectos que plantan la semilla necesaria para la continuidad del orden social” (Velandia, 1994:109).

Al parecer durante la primera mitad del II milenio d.C. poblaciones agrícolas de la Tradición Sonsoide, con una densidad demográfica mayor que en los períodos anteriores, se extendieron por la región montañosa de la cordillera Central y en su piedemonte, realizando grandes movimientos de tierra que incluían la construcción de lagos, terraplenes, terrazas para viviendas, canales transversales y en pendiente, caminos y profundas tumbas, reflejando su habilidad para desarrollar ingeniosas estrategias adaptativas que les permitiese sostener una creciente población que requería de productos alimenticios y materiales para la construcción de sus viviendas. De la arcilla existente en las colinas, y, especialmente del río Bolo obtenían la materia prima para la elaboración de su cerámica.

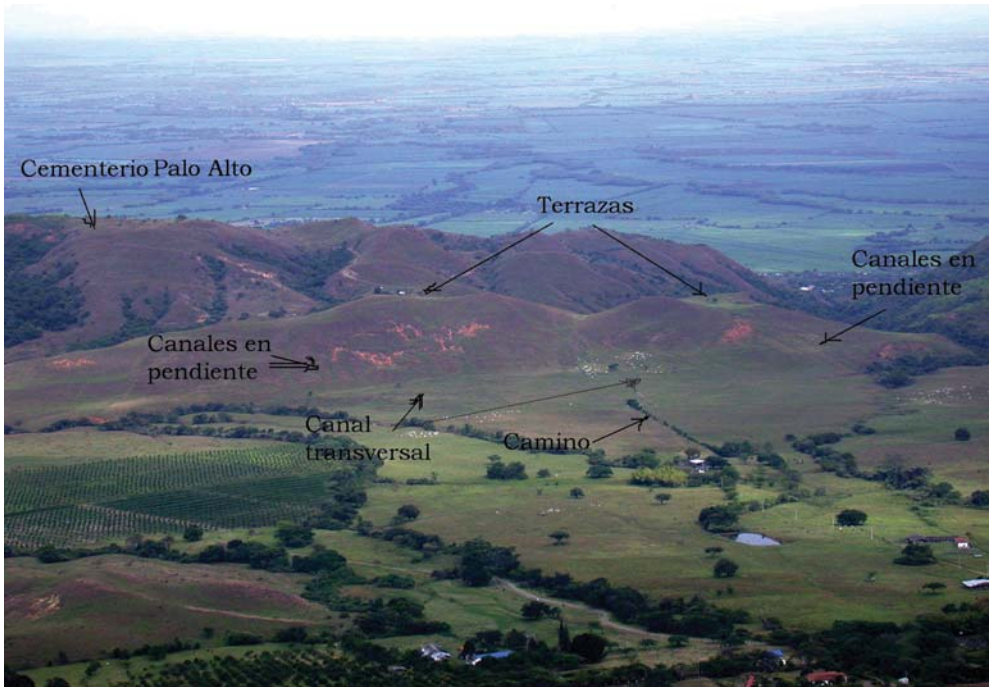


Figura 72. Colinas estructurales de Aguacalara y la depresión de La Buitrera. Al fondo el valle del río Cauca. Obsérvense las terrazas a la izquierda, el camino entre ellas y el cementerio de Cantaclaro en Aguacalara.



Figura 73. Terrazas escalonadas del sector septentrional, “Poblado Vilela” en la Reserva Nirvana, La Buitrera, Palmira-Pradera (Foto de 1998).



Figura 74. Vasija de La Cominera, cordillera Central. (Colección familia Botero)



Figura 75. Vasija no. 4, Villa Teresita, La Buitrera.



Figura 76. Vasija no. 2, Villa Teresita, La Buitrera.

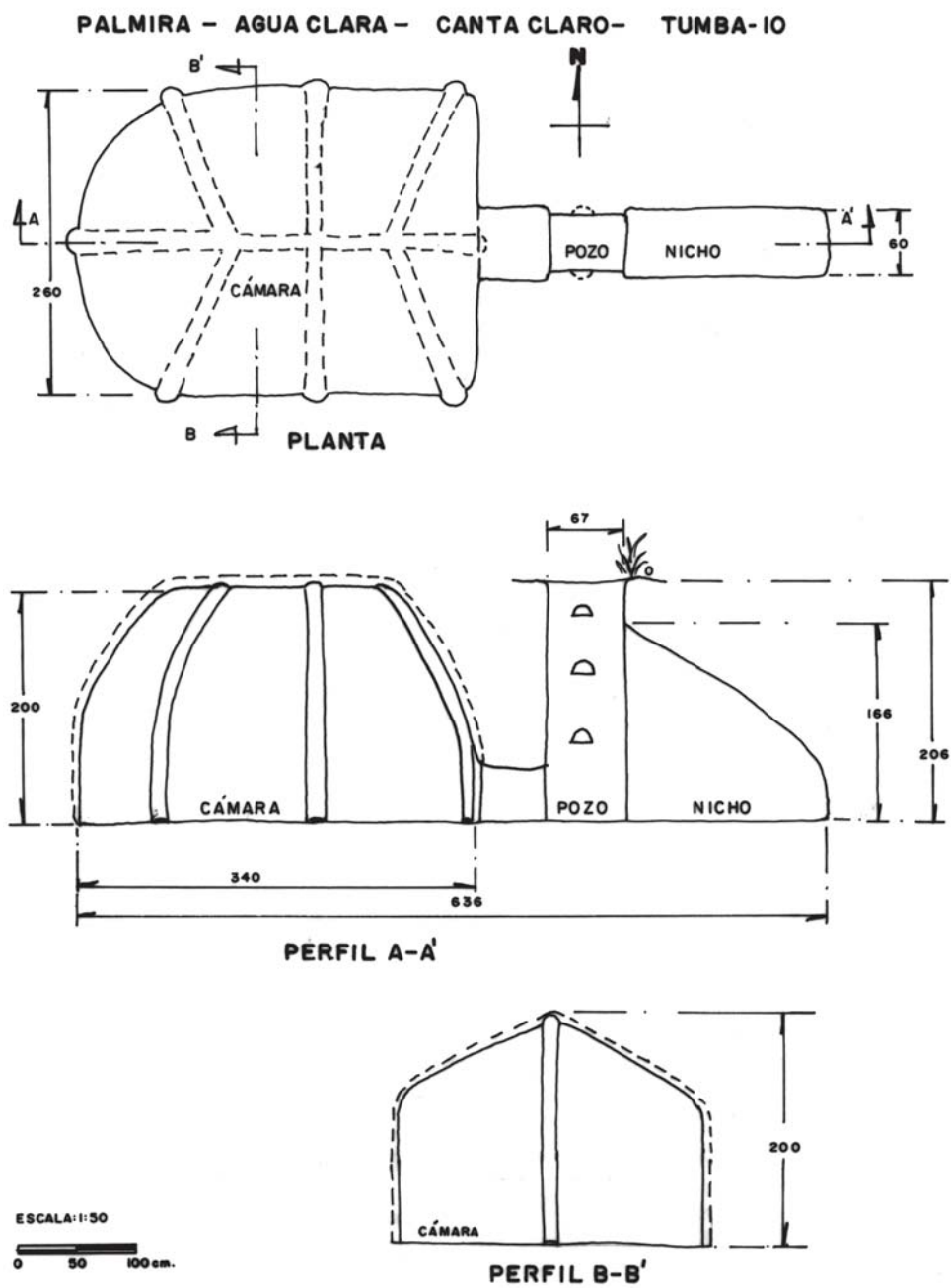


Figura 77. Tumba 10, Cantaclaro, Aguaclara.

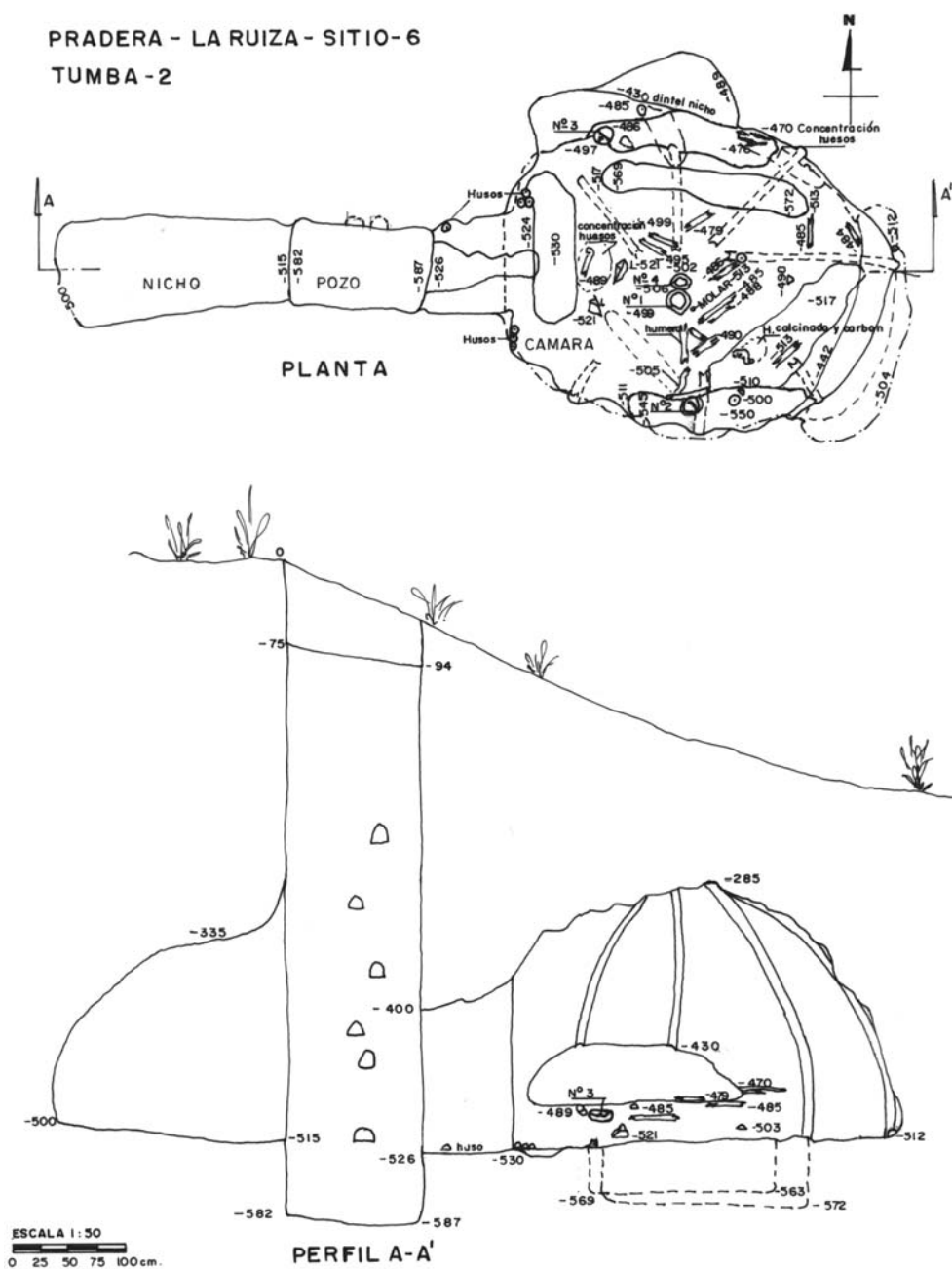


Figura 78. Tumba 2, Hacienda La Ruiza, La Buitrera.

Capítulo 7

Condiciones de vida y orígenes de las poblaciones de Palmira

JOSÉ V. RODRÍGUEZ, *Universidad Nacional de Colombia, GIAB*

7.1. La primera impresión de los europeos sobre el valle del río Cauca

El primer europeo que contempló el Valle del Cauca fue Juan de Ampudia, lugarteniente de Sebastián de Belalcázar, quien en 1536 recorrió el Valle de Pubenza (Popayán) y observó desde la cuchilla de Timba un monte claro formado por pajonales naturales, los “Llanos de Jamundí”; más allá hacia el horizonte describió un manto de espesas selvas que se extendían de cordillera a cordillera, y una extensa llanura surcada por un ancho río denominado por los nativos Cauca (Silva, 2004:26).

En 1538 Pedro Cieza de León (1922: 82,87,88) comentaba que encontraron “muy grandes y hermosos pueblos, las casas juntas y muy grandes [...] El valle es muy llano, y siempre está sembrado de muchos maizales y yucales, y tiene grandes arboledas de frutales, y muchos palmares de las palmas de los pijibayes: las casas que hay en él son muchas y grandes, redondas, altas y armadas sobre derechas vigas [...] Estos indios están apartados del valle y río Grande a dos y a tres leguas y a cuatro, y algunos a más, y a sus tiempos bajan a pescar a las lagunas y al río Grande dicho, donde vuelven con gran cantidad de pescado [...] matan en esta laguna infinidad de pescado muy sabroso [...] tienen grandes depósitos dello seco para vender a los de las sierras, y grandes cántaros de mucha cantidad de manteca que del pescado sacan [...] Es muy fértil de maíz y de otras cosas esta provincia de los gorriones; hay en ella muchos venados y guadaquinajes y otras salvajinas y muchas aves [...] hay piñas, guayabas, guabas y guanábanas, paltas y unas uvillas que tienen una cáscara por encima, que son sabrosas, caimitos, ciruelas, otras frutas hay muchas y en abundancia; y a su tiempo singulares [...]”.

El 5 de julio de 1549 Pedro Cepero anotaba que en Cali a pesar de que los curas ganaban el doble o hasta el triple con relación a Popayán, lo más importante era la salud y no el dinero pues muchos se morían por lo malsano del clima y de sus aires, siendo el más enfermo de la Gobernación de Popayán (Friede, 1960:94):

“...es el más enfermo pueblo de la gobernación, porque de más de ser Cali antes de medio día para bajo, reinan unos aires que saltan en unos de los males en corrompimiento del cuerpo, o en dolor de costados y otras enfermedades ordinarias que en tierras cálidas suele haber. Asimismo todos los más que con negocios van a Cali y llevan el servicio, han de caer malos, y Dios sabe lo que de servicio falta siempre”.

En época de invierno la llanura de desborde del río Cauca se cubría de lodo y el paso de un sitio a otro era intransitable por las malas condiciones de los caminos. El clima fue considerado malsano por los españoles, con muchas lluvias durante el invierno, “palúdico”, aún hasta los años 70 del siglo XX cuando se construyeron los jarillones a lo largo del río Cauca para evitar los efectos de las inundaciones. Los grabados de viajeros europeos del siglo XIX muestran que para atravesar el valle del río Cauca había que hacerlo a caballo –con los pies subidos sobre la grupa para no mojarlos- pues éste era difícil de atravesar a pie; el viaje de Palmira a Cali tomaba varias horas por las dificultades del camino.

En cálculo dental de poblaciones prehispánicas de Palmira (Coronado, Santa Bárbara) se han hallado microfósiles (fitolitos) de Diatomeas (microorganismos eucariotes unicelulares con organelas, de pared silíceo), Esponjas y Tecamebas, característicos de sedimentos lacustres, evidenciando el cultivo de alimentos neotropicales en zonas pantanosas, sin buen drenaje de los campos de cultivo, fácilmente inundables, con zonas pantanosas y condiciones de vida extremas (Ramírez, Otálora, 2004).

De esta manera, se puede considerar que el mayor problema medioambiental de esta región en época prehispánica fueron las frecuentes inundaciones del río Cauca y sus afluentes, que limitaban el tránsito de una cordillera a otra a las épocas de verano y por determinados pasos, además de incidir en el estilo de las viviendas que debieron ser de tipo palafito en los sitios inundables. Igualmente afectaba la salud de los aborígenes, debiendo producir enfermedades parasitarias, y, por consiguiente, anemia ferropénica como respuesta del organismo. En consecuencia, los niños, como población más vulnerable ante estos agentes patógenos podían sufrir arresto del crecimiento lo que debe reflejarse en altas frecuencias de defectos del esmalte, líneas de Harris en los huesos largos, e hiperostosis porótica en el cráneo.

7.2. El estudio de las condiciones de vida de las poblaciones antiguas

Se basa en el concepto de estrés, entendido como ajuste, copiado, acomodación, adaptación, balance y homeostasis del organismo frente a los cambios ambientales (Goodman *et al.*, 1988; Little, 1995; Larsen, 2000).

El estrés es moldeado por tres grandes factores: 1. Las restricciones ambientales (inundaciones, sequías, sismos, erupciones volcánicas, animales vectores de enfermedades); 2. Los sistemas culturales amortiguadores (la exogamia, la reciprocidad, la redistribución, el intercambio comercial, el chamán regulador ecológico, la buena alimentación); 3. El grado de resistencia del huésped (la inmunoresistencia a determinadas enfermedades) (Larsen 2000). Así como el medio ambiente provee de recursos alimenticios necesarios para la supervivencia, suministra también los elementos estresantes que afectan la salud de la población –portadores de parásitos y desajustes climáticos-. Los sistemas culturales sirven como amortiguadores protectores y comportamientos adaptativos necesarios para la obtención de los recursos necesarios del ambiente; aunque no todos los estresantes se pueden evitar totalmente, pues algunos se filtran en el sistema cultural. En esas circunstancias el individuo puede sufrir un estrés biológico observable en el tejido óseo y dental –enfermedades de deprivación, alta mortalidad infantil, baja esperanza de vida al nacer-. A su vez, la disrupción fisiológica puede devolverse y afectar el medio ambiente por la sobreexplotación de los recursos, y al mismo sistema cultural a través de conflictos bélicos. Este modelo demuestra que evidentemente la salud, nutrición y demografía son variables claves en el proceso adaptativo (Pérez-Pérez, 1995; Márquez, Jaén, 1997; Márquez, 1998; Larsen, 2000; Rodríguez, 2005, 2006).

Dentro de las variables más importantes en el estudio de las condiciones de vida se encuentran las de paleodieta, paleopatología y paleodemografía, y el grado de adaptación se analiza mediante indicadores de estrés como los defectos del esmalte, lesiones dentales –caries, pérdida de dientes antemortem, abscesos-, hiperostosis porótica, problemas de crecimiento –longitud de huesos largos-, periostitis y lesiones articulares (EAD).

7.3. La alimentación

A juzgar por la descripción de los cronistas, las fuentes de proteína de las comunidades indígenas del valle del río Cauca provenían primordialmente del pescado (bocachico, bagre), del que había en abundancia en ríos y lagos, en tal cantidad que el pueblo llamado “Gorrón” que vivía en proximidades del río Cauca entre

Cali y Cartago lo ahumaba para emplearlo en el intercambio con otras poblaciones vecinas. También atrapaban aves, caracoles, tortugas e iguanas. En los bosques cazaban armadillos, borugos, chuchas, conejos, curíes, dantas, ñeques, pecaríes, perros, ratones, venados, zarigüeyas, zorros y otros animales. Del fríjol y maní obtenían proteína vegetal.

Las palmas abundaban en el valle de las que extraían aceites que empleaban para la cocina, candiles y lámparas, además de frutos comestibles. El maíz, zapallo, calabazas, yuca, ají, en tierras bajas, arracacha, cubios, hibias en tierras altas y la gran diversidad de frutas proporcionaban alimentos y especias para la cocina prehispánica. El algodón, a juzgar por la cantidad de volantes de huso de los períodos tardíos abundaba en esta región con el que elaboraban tejidos y mantas.

En cálculo dental de poblaciones vallecaucanas prehispánicas tempranas (Coronado, Santa Bárbara, La Cristalina) y tardías (Guacarí) se han hallado fitolitos de *Arecaceae* (cachipay, chontaduro, cocotero), *Poaceae* (maíz), *Annonaceae* (guanábana, catucha, anón, chirimoya), *Sapotaceae* (níspero) y borojó (*Borojoa patinoi*) (Ramírez, Otálora, 2005).

En fin, la dieta alimenticia de las poblaciones prehispánicas fue abundante y balanceada en lo que respecta al contenido de proteínas, minerales, vitaminas y energía.

7.4. Paleopatología

La enfermedad articular degenerativa (EAD) fue la lesión más frecuente en las personas adultas prehispánicas, afectando la columna vertebral de ambos sexos, especialmente la región lumbar; la pelvis en mujeres y las rodillas en varones. No obstante, no se aprecian desgastes tan pronunciados como en cazadores recolectores (Rodríguez, 2006), aunque en el estadio del Deportivo Cali se halló un individuo masculino de la tumba 10/1, de 30-35 años de edad (Fig. 21), con deformación cefálica, que observa eburneación (del latín *eburneus*, relativo al marfil) por desgaste acentuado del cartílago articular en ambos cóndilos del fémur derecho, y afectación por EAD de ambas superficies tibiales proximales. La persona al parecer, ejercía una gran actividad física, quizás corriendo tras las presas de caza.

Los defectos del esmalte constituyen uno de los mejores marcadores de presión ambiental, pues la formación de este tejido, que es el más fuerte del cuerpo humano, es un proceso regular sujeto a factores que pueden retrasar o detener (arresto) su crecimiento. Entre ellos tenemos los desequilibrios metabólicos producidos por deficiencias nutricionales o por enfermedades, o ambas causas. En tanto que el

esmalte no se remodela y se preserva mejor que cualquier tejido duro, los defectos quedan como improntas para reconstruir la historia de los padecimientos del individuo, además que se puede establecer la edad aproximada en que se produjeron. Estos se presentan en forma de líneas, hoyuelos y en contadas ocasiones de bandas, en incisivos, caninos, y en menor medida en premolares y molares, afectando con mayor énfasis a las poblaciones de tierras bajas tropicales que a las andinas (Rodríguez, 2006:172-173).

En Coronado la ausencia de defectos del esmalte es mayor en individuos infantiles (65,7%) y mujeres (52,6%) que en hombres (37,0%). Por áreas no se manifiesta casi con la misma frecuencia en las tres (47,3, 39,1 y 46,7%, respectivamente de la 1, 2, 3). Es decir, como se observa en otros sitios, los hombres estaban más afectados que las mujeres, quizás por el distanciamiento de sus viviendas y la necesidad de beber agua empozada en áreas pantanosas. Comparativamente, la población arqueológica del estadio del Deportivo Cali observa menor frecuencia que Coronado y Santa Bárbara, sitios tempranos, pero mayor que Guacarí, yacimiento tardío (lo que se refuerza con el hecho de que manifiesta además la menor frecuencia de dientes perdidos antemortem) (Tabla 15). En Guabas, otro sitio tardío (siglos XI-XII d.C.), se halló solamente en un individuo (No. 008) de un total de seis (Rodríguez, 1990:188). Es probable, entonces, que con el tiempo mejoraran las condiciones climáticas del valle del Cauca con la reducción de la humedad, y que la terraza del sector de Palmaseca tuviese mejores condiciones de vida que las zonas húmedas cercanas a la llanura de desborde del río Bolo y los antiguos pantanos del casco urbano de Palmira.

La cribra orbitaria, porosidad del techo de la órbita, y la hiperostosis porótica (porosidad en la bóveda craneal, occipital y parietales) que habitualmente se relacionan con la anemia ferropénica (por deficiencias en el suministro de hierro o por una inadecuada absorción del mismo) fueron muy poco frecuentes en Coronado, pues se presentó solamente en un individuo infantil (1/112 o 0,01%). En el estadio del Deportivo Cali se evidenció en dos individuos infantiles e hiperostosis porótica solamente en un infante (3/31 o 9,7%). Entretanto, en Zamorano, un sitio tardío, se diagnosticó en tres niños menores de 10 años de un total de 11 individuos (3/11 o 27,3%) rescatados durante las labores de instalación de alcantarillado local en 1987 (Rodríguez, Rodríguez, 1989; Rodríguez, 1990:189-199). Contrario a lo que se consideraba en el sentido de que la anemia ferropénica debió haber afectado más a las poblaciones de tierras bajas tropicales que a las andinas, particularmente de regiones pantanosas, las muestras arqueológicas del municipio

de Palmira, especialmente el cementerio estadísticamente más representativo como es Coronado, no sustenta esta afirmación. La situación de Zamorano pudo ser muy particular o tener errores de muestreo.

La caries –con la consecuente pérdida de las piezas dentales- se produce como efecto de la destrucción progresiva de las estructuras dentales (esmalte, dentina, cemento) a partir de una actividad microbiana, ya sea por el tipo de dieta alimenticia (rica en carbohidratos) o por la baja calidad de la higiene dental. En Coronado afectaba preferentemente a las mujeres (84,3%) que a los varones (58,7%), especialmente del área 1, y, en menor medida de las áreas 2 y 3. También a los individuos deformados (69,8%) más que a los no deformados (46,8%). No obstante, analizando el número de piezas dentales afectadas sobre el total de dientes presentes, se aprecia que la caries y dientes perdidos antemortem tienen una frecuencia mayor en mujeres del estadio del Deportivo Cali, mientras que en los otros sitios es lo contrario, pues se manifiesta con mayor frecuencia en varones. Temporalmente no hay mayor variación.

Los traumas fueron muy poco frecuentes, manifestándose en dos mujeres y dos varones del área 1. Se relaciona positivamente con la presencia en el ajuar de manos de moler, la enfermedad articular degenerativa y los dientes cariados. Al parecer los traumas tuvieron su origen durante las labores domésticas y no en enfrentamientos bélicos. La reciente revisión bioantropológica desvirtúa las versiones de los cronistas sobre el permanente estado de guerra, la práctica generalizada del canibalismo y la barbarie en el sentido de ausencia de una organización del mundo en el Valle del Cauca (Rodríguez, 2005). Solamente se registra un caso de agresión (Cerrito T-26A) y las mujeres observan –excluyendo el Estadio Deportivo Cali- en todos los períodos mejores condiciones de vida que los varones pues reportan menor frecuencia de caries y defectos del esmalte dental.

En general el cuadro paleopatológico señala que todos los grupos sociales participaban de las exigentes labores de producción que requerían del transporte de pesadas cargas –pues no tenían animales de carga-, lo que afectaba sus articulaciones. Igualmente la parasitosis por las condiciones pantanosas incidía en todos los grupos de edad, generando problemas de arresto del crecimiento durante la infancia. Finalmente, el procesamiento del maíz y otros productos entre piedras (metates, manos de moler) y la elaboración de la chicha afectaban el sistema dental, produciendo desgaste, caries y la posterior pérdida de piezas dentales por abscesos periapicales, sin importar los estratos sociales. A pesar de estas condiciones ambientales, no obstante las condiciones de salud de la sociedad prehispánicas de Palmira

eran superiores a las de muchas poblaciones mundiales de hace 2.000 años de antigüedad, pues tenían una baja frecuencia de caries, defectos del esmalte, lesiones por anemia ferropénica (hiperostosis porótica, cribra orbitaria) y de traumas, en comparación con las reportadas en el estudio sobre el hemisferio occidental (Steckel, Rose, 2002).

Tabla 14. Presencia de lesiones dentales en poblaciones del Valle del Cauca

Población	No. De dientes	Caries %	Hipoplasia %	Perdidos ante mortem %	Caries %		Hipoplasia %		Perdidos ante mortem %	
					M	F	M	F	M	F
Estadio	485	11,1	3,3	17,6	1,9	18,5	3,8	2,9	14,5	23,9
Coronado	745	20,0	12,3	14,1	12,0	3,4	11,0	0,6		
S. Bárbara	136	8,7	17,9	10,1	8,7	0,0	11,9	6,0		
El Cerrito	200	17,0	9,6	64,5	7,5	6,6	7,0	2,6		
Guacarí	201	16,7	2,5	8,8	13,7	2,1	2,5	0,0		

7.5. Paleodemografía

Tabla 15. Datos demográficos comparativos de Palmira* y otros grupos del Valle del Cauca

Sitio	N	Esperanza de vida al nacer	Mortalidad 0-10 años	Mortalidad 10-14 años	Mortalidad 15-19 años	Probabilidad de muerte 20-24 años	Probabilidad de muerte 30-34 años	Probabilidad de muerte 45-49 años
Estadio*	27	24,5	14,8	7,4	0,0	0,285	0,332	1,000
Coronado*	110	22,3	35,5	0,0	5,5	0,000	0,469	1,000
El Cerrito	24	19,8	58,3	0,0	0,0	0,000	0,300	0,600
Guacarí	44	21,5	34,1	0,0	4,5	0,370	0,426	1,000
Guacandá	81	18,0	33,5	3,7	16,0	0,263	0,581	1,000

Dentro de los indicadores demográficos para evaluar la historia biológica de una población tenemos la esperanza de vida al nacer, la mortalidad infantil y la probabilidad de muerte en las distintas cohortes de edad. Al comparar los cementerios reportados para el Valle del Cauca, se aprecia que la esperanza de vida al nacer era cercana a los 20 años, la mortalidad infantil en los 10 primeros años de vida entre 14,8-58,3%, la probabilidad de muerte en los grupos de 10-14, 15-19 y 20-24 años era muy baja. Sin embargo, en El Cerrito la mortalidad infantil era significativamente mayor, y por ende, menor la esperanza de vida que Coronado –temprano, siglos III a.C. a III d.C.- y Guacarí –tardío, siglos IX a XI d.C.-. Sin embargo, la probabilidad de muerte en las cohortes de edad 20-24, 30-34 y 45-49 años era menor. Por su parte. El Estadio presenta mayor esperanza de vida al nacer, menor

mortalidad infantil en los primeros 10 años de vida, pero la mayor entre 10-14 años. Estos indicadores demográficos del Estadio, conjuntamente con los paleopatológicos evidencian que sus condiciones de salud fueron diferentes –relativamente mejores- a las del resto que ocupaban la terraza de Palmira (Coronado, Santa Bárbara) y de El Cerrito, por lo visto por unas mejores condiciones ambientales, quizás por la menor humedad de sus suelos.

Tabla 16. Tabla de vida reconstruida del cementerio del Estadio

Cohorte	Dx	dx	lx	qx	Lx	Tx	ex
0	0	0	100	0,000	459,7	2556,9	25,6
0-4.9	5	16,1	83,9	0,161	419,5	2097,2	25,0
5.0-9.9	0	0	83,9	0,000	403,5	1677,7	20,0
10.0-14.9	2	6,4	77,5	0,076	387,5	1274,2	16,4
15.0-19.9	0	0	77,5	0,000	339,0	886,7	11,4
20.0-24.9	6	19,4	58,1	0,250	242,0	547,7	9,4
25.0-29.9	6	19,4	39,7	0,333	169,2	305,7	7,9
30.0-34.9	3	9,7	29,0	0,250	96,5	136,5	4,7
35.0-39.9	6	19,4	9,6	0,669	32,0	40,0	4,2
40.0-44.9	2	6,4	3,2	1,000	8,0	8,0	2,5
45.0-49.9	1	3,2	0	0,000	0,0	0,0	0
	31						

Los resultados paleodemográficos del Valle del Cauca prehispánico son similares a los de otros cementerios del altiplano Cundiboyacense, y, en general del mundo prehispánico de América. La ausencia o baja frecuencia de jóvenes en los cementerios prehispánicos, mundo de los muertos, significa que poseían una baja probabilidad de muerte, es decir, no estaban sometidos a fuertes presiones sociales que redujeran su condición física, y por ende, su calidad de vida; lo contrario sucedía con los rangos de edad superiores a los 30 años que poseen en los cementerios prehispánicos mayor probabilidad de muerte con relación a la población contemporánea.

En conclusión con relación a las condiciones de vida de la población del Valle del Cauca, temporalmente se aprecia un mejoramiento en su calidad, manifiesto en un leve descenso en la mortalidad infantil, reducción de los defectos del esmalte y de dientes perdidos ante mortem. Las mujeres, contrariamente a lo que se suponía en sociedades guerreras y sexistas, podían alcanzar edades avanzadas en mejores condiciones de vida que los varones, gozaban de buen estatus, ocupaban posiciones de curanderas o chamanas como se refleja en la suntuosidad y complejidad de sus tumbas. Comparativamente con las sociedades prehispánicas andinas, tenían valores similares de mortalidad infantil, aunque las causas eran diferentes pues en las primeras obedecían quizás a enfermedades infecciosas respiratorias –tuberculosis-,

mientras que en las vallecaucanas quizás a infecciosas parasitarias.

7.6. Sobre los orígenes

La existencia de restos de megafauna (mastodonte) modificados culturalmente en horizontes profundos de Palmaseca, de personas dolicocefalas (cráneo alargado como en cazadores recolectores antiguos) en el estadio del Deportivo Cali, de una gran similitud entre las poblaciones agroalfareras antiguas (Malagana, Coronado, Santa Bárbara, estadio Deportivo Cali y El Cerrito, evidenciando que comparten un tronco ancestral remoto), y una gran afinidad craneométrica entre estas últimas y las poblaciones de los Andes Orientales de Colombia, demuestra que el poblamiento del territorio de Palmira se realizó en tiempos muy antiguos, remontándose quizá hacia principios del Holoceno, hace cerca de 10.000 años. Por otro lado, si la población alfarera temprana (Ilama, Bolo Temprano, Yotoco) ya había alcanzado un importante desarrollo cultural como se manifiesta en sus elaboraciones orfebres, en las costumbres fúnebres y en las adecuaciones del paisaje, es muy probable, entonces, que existan manifestaciones culturales anteriores a la Ilama-Malagana en esta región.

Al parecer, hace varios milenios, grupos de cazadores y recolectores atravesaron la región del Darién por el Caribe pues la costa Pacífica, por un lado, y el valle del río Cauca eran intransitables; el primero por la existencia de impenetrables zonas de manglares y pantanos, y la segunda por el escarpado relieve del valle en la región antioqueña. Desde el Caribe se escindieron dos grandes oleadas, una hacia el Orinoco y la otra hacia el valle del río Magdalena, por lo cual las poblaciones andinas y orinocas comparten un tronco ancestral común de bastante antigüedad. En la región media del Alto Magdalena una rama se escindió hacia los Andes Orientales y la otra traspasó la cordillera Central enrubándose por el valle del río Cauca hacia el norte; de aquí el compartimiento de rasgos comunes entre andinos y vallecaucanos, por un lado, y en menor medida con los panques del Magdalena. Posteriormente, grupos Karib que ascendieron por los valles interandinos se mezclaron con los grupos Chibcha ancestrales, en la región de influencia Quimbaya y en la cordillera Occidental, sin afectar genéticamente la población de la llanura del río Cauca. Este cuadro coincide con el mapa lingüístico de Sergio Elías Ortiz y sustenta la validez del modelo etnogenético de poblamiento bioantropológico (Rodríguez, 2005).



Figura 79. Coronado, tumba 30, área 2, pérdida de dientes ante mortem.



Figura 80. Coronado, tumba 45, área 1, cráneo deformado.



Figura 81. Coronado, tumba 47, área 1, chamán.

Capítulo 8



Figura 82. Coronado, tumba 47, área 1, molarización de premolar derecho.



Figura 83. Coronado, tumba 60, área 1, cráneo sin deformar.



Figura 84. Coronado, tumba 60, área 1, nariguera en oro.



Figura 85. Coronado, tumba 67, área 1, cráneo deformado.



Figura 86. Estadio del Deportivo Cali, tumba 18, cráneo deformado.



Figura 87. Estadio del Deportivo Cali, tumba 23, cráneo sin deformar.



Figura 88. Estadio del Deportivo Cali, tumba 30, cráneo sin deformar.

Paisajes y pueblos prehispánicos del municipio de Palmira

JOSÉ V. RODRÍGUEZ, *Universidad Nacional de Colombia, GIAB*

SONIA BLANCO, *INCIVA, GIAB*

PEDRO BOTERO, *Fundación Terrapreta, GIAB*

ALEXANDER CLAVIJO, *INCIVA*

CARLOS A. RODRÍGUEZ, *Grupo de Arqueodiversidad, Universidad del Valle*

8.1. Unidades geo-arqueológicas y tipo de asentamiento

El territorio del municipio de Palmira posee una amplia diversidad de paisajes que fueron ocupados de manera particular por las sociedades prehispánicas, según las características de sus suelos. En el transecto La Buitrera río Cauca del municipio de Palmira se aprecian 7 unidades geo-arqueológicas que dieron pie a distintos usos en épocas prehispánicas:

1. Montaña de la cordillera Central (M), con laderas bajas formada de rocas diabásicas y cenizas volcánicas, de relieve inclinado. Aquí se evidencian zonas de vivienda prehispánica de períodos tardíos, adecuadas mediante aterrazamientos de la ladera, en la Reserva Natural Nirvana, y en Barlovento, La Buitrera. Los otros fueron empleados para los rituales funerarios, como Villa Teresita y El Otero. Igualmente se evidencia la presencia de terraplenes, lagos artificiales y caminos.
2. Depresión de La Buitrera (D), de origen coluvial, aluvial y eólico –cenizas volcánicas-. Por esta área se proyectan caminos prehispánicos que conectan la cordillera Central con la llanura del río Cauca, enlazando La Buitrera con El Bolo. También se aprecian canales transversales y en pendiente para el manejo de las aguas, aterrazamientos y cementerios sobre el lado este de las colinas en la Hacienda La Ruiza.
3. Colinas estructurales erosionales (C) en roca terciaria de la Formación Vilela. Presentan alto grado de evolución pedogenética, con suelos adecuados para bosques. En el período tardío Bolo Quebrada Seca se construyeron enormes cementerios en las lomas de las Haciendas Cantaclaro y La Ruiza, que aprovecharon la estructura sólida del suelo para poder profundizar los pozos y cámaras, mismas que se han conservado hasta el presente.

4. Piedemonte (P) formado por abanicos aluviales y coluvios de los ríos Bolo, Nima, Aguaclara, Flores Amarillas y Vilela. Sus suelos están conformados por Mollisoles y Vertisoles con pocas limitaciones para su uso. Quizás esta unidad constituyó la zona de cultivo en épocas prehispánicas pues hoy día es sometida exitosamente a agricultura intensiva de caña de azúcar.
5. Terraza aluvial subreciente y antigua (T) con aportes de cenizas volcánicas. Hay presencia de suelos antiguos en la región de Palmaseca; también de cenizas volcánicas. Aquí se han excavado restos de mastodonte en Palmaseca y yacimientos agroalfareros tempranos en el casco urbano de Palmira como Coronado, El Sembrador y Santa Bárbara, en el Estadio Deportivo Cali y los tardíos de Cantarrana, La Fortuna, La Alhaja, La Acequia, Zamorano (barrio de Palmira), Rozo, Corpoica y CIAT. Por lo visto fue ocupada durante todos los períodos prehispánicos.
6. Llanura aluvial de desborde del río Bolo (B), con suelos finos franco-arcillo-arenosos, Mollisoles y Vertisoles muy adecuados para la agricultura durante todas las épocas de la historia del municipio de Palmira. Aquí se localiza el yacimiento temprano de Malagana y el tardío de El Bolo.
7. Llanura aluvial de desborde del río Cauca (A), con suelos poco desarrollados desde la perspectiva pedogenética, con basines y amplias áreas de encharcamiento. Hasta el momento no se han evidenciado sitios arqueológicos, aunque durante las labores de extracción de arena se han hallado restos de mastodontes, que han podido ser arrastrados durante las inundaciones.

8.2. Paisajes y sociedades

La gran mayoría de sitios arqueológicos se encuentran en la terraza de Palmira, incluido el casco urbano del municipio. Esta es una indicación de que la ciudad se erigió sobre los restos de antiguos asentamientos indígenas, lo que explicaría la existencia de yacimientos arqueológicos en barrios como Coronado, Zamorano y El Sembrador. Esta situación habría que tenerla en cuenta, por un lado para los futuros planes de desarrollo urbanístico pues podrían afectar el patrimonio cultural arqueológico local, y por otro, se podría aprovechar para impulsar circuitos ecoturísticos.

La región oriental del área estudiada (Aguaclara, Cantaclaro, La Buitrera y Nirvana), presenta grandes paisajes geo-arqueológicos con evidentes huellas de construcciones prehispánicas, tales como caminos, tumbas, terrazas y plataformas, que unidas a las bellezas naturales del paisaje, forman un marco muy apropiado para proyectos de ecoturismo y culturales.

Existen grandes paisajes donde no se han encontrado sitios arqueológicos: a) La llanura de desborde del río Cauca, b) en la llanura aluvial de piedemonte. Se asume que su ausencia se debe a las mismas condiciones de desbordamientos e inundaciones que las han afectado desde los inicios de su formación, por lo cual se plantean varias posibilidades: 1) Los pobladores antiguos prefirieron no instalarse allí; 2) Los sitios donde se ubicaron sus asentamientos fueron sepultados por la sedimentación natural y ahora están a profundidades mayores que las que se excavan normalmente (aproximadamente 5 metros).

Similar a la opción anterior, pero para el caso del piedemonte (P) se puede pensar que debido a la gran fuerza con que pasaron las aguas (ríos Amaime, Aguaclara, Flores Amarillas, Vilela, Bolo) por allí en sus procesos aluviales y diluviales, destruyeron o mezclaron con sus propios sedimentos los posibles restos de sociedades antiguas.

En la llanura aluvial de desborde del río Bolo existió el mayor centro cultural de toda la región, el de mayor extensión, riqueza y complejidad. Sus vestigios han sido en gran parte destruidos por gUAQUERÍA y por movimientos de tierra para adecuar la zona a cultivos modernos. La ubicación de la aldea prehispánica de Malagana fue posible gracias a su excelente diseño de canales y jarillones en anillos concéntricos, que tomaban las aguas de desborde y las circulaban rodeando el centro urbanizado, para luego drenarlas por un canal único, hacia el río Bolo nuevamente (Bray et al., 2005: 147).

En este sentido la zona de El Bolo representaría el epicentro de un desarrollo cultural entre fines del I milenio a.C. hasta principios del I milenio d.C. que habría concentrado mayor poder religioso, político y económico, sustentado en la alta productividad agrícola de sus suelos y en las adaptaciones hidráulicas allí construidas. Su área de influencia se habría extendido hasta el municipio de El Cerrito (Rodríguez et al., 2005), y se habría distinguido de Coronado, El Estadio, El Sembrador y la Cristalina por una mayor ostentación orfebre.

Las condiciones ambientales favorecieron los asentamientos prehispánicos quizás desde el Holoceno, inicialmente en la terraza aluvial subreciente de Palmira para los cazadores recolectores, cuyos restos se podrían localizar en cercanías de Palmaseca. Posteriormente, los primeros agroalfareros tendrían unas condiciones muy adecuadas en la llanura aluvial del río Bolo, con suelos favorables para la agricultura intensiva, donde floreció la sociedad Malagana gracias a las adecuaciones hidráulicas que desarrollaron entre el río Bolo y el zanjón Timbique. Las sociedades Bolo Quebrada Seca se desarrollaron sobre la terraza subreciente, y, especialmente en las lomas

del piedemonte de la cordillera Central, donde pudieron aprovechar los materiales y recursos que proveían los bosques montanos bajos, y la fertilidad de los suelos del vallecito de La Buitrera. Finalmente, las sociedades hispánicas en la Colonia y República aprovecharon el conocimiento de los indígenas sobre el uso de los suelos para la siembra de cultivos de gran productividad como el arroz, sorgo, caña de azúcar, y de nativos como el maíz.

Infelizmente la tala de los bosques, el uso intensivo de las aguas que descienden de la cordillera Central y la sobre explotación de los suelos está generando graves problemas ambientales, lo que a su vez ha conducido a la búsqueda de formas alternativas del empleo de la tierra. En este sentido la recuperación del medio ambiente y la formación de una identidad cultural que proteja los recursos existentes podrán conducir al desarrollo sostenible del municipio de Palmira.

8.3. Los pueblos prehispánicos de Palmira

Los pueblos antiguos de Palmira eran de estatura baja, cercana a los 149 cm. en las mujeres y 160 cm. en varones. Eran de rostro muy ancho, pómulos prominentes, nariz de anchura media, dorso convexo y sobresaliente; los ojos con párpado superior sobrepuesto; la mandíbula robusta. Algunas personas, quizás de estatus heredado, tenían la costumbre de deformar la cabeza desde la época de los primeros agroalfareros mediante dos tabletas que ataban lateralmente hasta producir la forma que querían. No se han observado deformaciones corporales, exceptuando las producidas por la vigorosa actividad física que acentuaba las inserciones musculares en la región de la cintura escapular, brazos y piernas, y por la actividad de un potente aparato masticatorio que se acentuaba por la dieta abrasiva y dura de sus alimentos. Al moler el maíz y raíces entre manos y metates de piedra sus partículas silíceas producían un fuerte desgaste de las coronas lo que generaba pérdidas de piezas dentales, al igual que por la acción de los agentes patógenos que inducían la caries y la enfermedad periodontal; todo esto agudizado por el hecho de que no tenían una buena higiene bucodental.

Padecían de treponematosis, entre ellas de frambesia o yaws (Corpoica, Estadio), que deformaba los cuerpos por la hinchazón de las piernas; posiblemente estas personas enfermas eran muy respetadas y temidas por su aspecto físico.

Con el paso del tiempo la columna vertebral y sus articulaciones de manos, codos, caderas, rodillas y pies se deformaban por el hecho de tener que transportar pesados objetos sobre sus hombros en ausencia de animales de carga, por largos y tortuosos caminos que se remontaban por los filos de la cordillera Cen-

tral y zonas inundables del valle de La Buitrera y llanuras de los ríos Bolo, Nima, Cauca y otros.

La esperanza de vida al nacer oscilaba entre los 20-25 años, la mortalidad infantil en los primeros 10 años de vida era de 25-30%, pero muy baja entre los 10 y 25 años de edad; muy pocos sobrepasaban los 50 años de edad.

A juzgar por la similitud física de algunos pobladores del estadio del Deportivo Cali, Santa Bárbara, Coronado y Malagana, y por el hecho de que por primera vez se reportan doliocéfalos en el estadio —cráneo alargado por la presión lateral de potentes músculos masticatorios como los temporales—, típico de cazadores recolectores antiguos, se puede pensar que el poblamiento de Palmira es muy antiguo remontándose quizás hacia principios del Holoceno, y la población compartiría un tronco ancestral común con los grupos de los Andes orientales. Las invasiones Karibes tardías desde el norte no alcanzaron a incidir notablemente en el valle del río Cauca, aunque al parecer sí influyeron en los grupos asentados en la cordillera Central —quizás pijao—.

8.4. Las prácticas funerarias prehispánicas en el municipio de Palmira

Las costumbres funerarias de los antiguos pobladores de Palmira variaron según su visión cosmogónica del universo, la concepción de la vida y de la muerte, en el tiempo, el espacio, el estatus de la persona, el sexo, la edad y, probablemente con la causa de muerte. De acuerdo a estas dimensiones, podemos apreciar que con el transcurso del tiempo las tumbas de pozo simple y poco profundas se tornan más complejas, construyéndose además fosas, antecámaras y verdaderas cámaras mortuorias (con techo abovedado o a dos y cuatro aguas), con nichos, corredores y escalones. Los cadáveres al principio eran cremados hasta secar las partes blandas, pero en los períodos tardíos se les llegó a convertir en cenizas, como sucedió en las colinas estructurales de Cantaclaro y La Ruiza, La Buitrera; por esta razón no se conservan restos óseos de esta época que permitan conocer las características físicas de sus pobladores.

En la dimensión espacial se evidencia que las tumbas más profundas con enormes cámaras mortuorias se localizan en las colinas, generalmente con tierras rojas quizás recordando el retorno al útero donde durante el nacimiento se producía sangrado. Socialmente se percibe que el dominio religioso (ideológico) constituyó la primera forma de diferenciación social, donde chamanes depositarios del conocimiento ancestral y la capacidad de comunicación con los dioses se destacaban por la

presencia de máscaras, punzones en hueso humano, figuras antropomorfas y narigueras cerámicas, además de tumbas con mayor cantidad de estructuras internas. Los niños gozaban de un especial respeto por parte de la sociedad, quizás por la alta mortalidad infantil que afectaba considerablemente a casi el 30% de la cohorte entre los 0-10 años de edad.

Hay que destacar que el mundo funerario fue muy individual pues ninguna tumba se repite, ni al interior de los mismos cementerios, ni en el mismo período. Cada tumba refleja un mundo único al que perteneció el personaje social allí enterrado, según la posición ocupada en el mundo de los vivos, vehiculada mediante rasgos particulares del recinto, el tratamiento del cuerpo y el tipo, distribución y significado del ajuar. Mientras que en Coronado apreciamos tumbas inclinadas y preformas de cámaras mortuorias, en el estadio del Deportivo Cali se manifiestan tumbas de pozo dispuestas de manera alterna y restos colectivos trastocados; en El Bolo (Malagana) se evidencian tumbas de pozo simple recubiertas en su interior con metates con una gran diversidad de piezas orfebres; en El Sembrador las formas son muy diferentes a las anteriores. En los períodos tardíos se observan tumbas muy profundas y complejas, con enormes cámaras, corredores, nichos, canales, aunque con poco ajuar.

El tamaño de las tumbas no necesariamente corresponde con una mayor inversión de energía o riqueza material, pues poseen un ajuar muy simple, consistente básicamente de volantes de huso, contrario a las tumbas más pequeñas de los períodos tempranos que sobresalen por su rico y diverso ajuar (máscaras, alcarrazas, figuras antropomorfas, narigueras, platos, cuencos y otros). Al parecer, el cambio de las formas y tamaño de las tumbas obedece, además del cambio en la cosmovisión y al incremento de la densidad poblacional, a la posibilidad ambiental existente en las colinas donde el nivel freático no afectaba a los constructores de las mismas.

Este desarrollo histórico y las lecciones del pasado del municipio de Palmira hacen parte de la identidad y patrimonio cultural de las poblaciones que hoy día habitan en sus fértiles suelos, de Colombia y de la humanidad, por lo que es indispensable su socialización y divulgación, pues un pueblo tiene tanta memoria histórica cuantos períodos pueda abarcar, y la memoria debe proyectarse en espiral como el caracol. Este es el principal objetivo del Museo Arqueológico de Palmira (MAP) que impulsa la Fundación Ecoparque Llanogrande (FELLG), con el apoyo del INCIVA, la Universidad Nacional, la Universidad del Valle, la Reserva Natural Nirvana, los ingenios azucareros y la empresa privada local.

Bibliografía

- ALEKSHIN V. A. 1983. Burial Customs as an Archaeological Source. *Current Anthropology* 24(2):137-147.
- ANDAGOYA, Pascual de. 1541. 1993. Relación que da el adelantado Pascual Andagoya de las tierras y provincias que abaxo se ara mención. En: *Relaciones y Visitas a los Andes s XVI*, ed. H. Tovar. Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, pp. 103-186.
- ANDAGOYA, Pascual de. 1539/1993/. Carta de Pascual de Andagoya, Panamá 22 de julio de 1539. En: *Relaciones y Visitas a los Andes s XVI*, ed. H. Tovar. Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, pp. 95-102.
- ANÓNIMO. 1560/1983/. Relación de Popayán y del Nuevo Reino, 1559-1560. En: *Relaciones Geográficas de la Nueva Granada Siglos XVI a XIX*, ed. V. M. Patiño. Cali, INCIVA, *Cespedesia* 45-46: 23-103.
- ARCHILA, S. 1996. *Los Tesoros de los Señores de Malagana* Museo del Oro, Banco de la República, Bogotá.
- AUTORES Varios. *Crónicas históricas de la región vallecaucana*. Fondo mixto para la promoción de la cultura y las artes del Valle del Cauca.
- BANDERAS, Pedro Antonio. 1944. *Diccionario geográfico, industrial y agrícola del Valle del Cauca*. Buenos Aires, Argentina, Instituto del Libro.
- BARNEY Benjamín, RAMÍREZ, Francisco. 1994. *La arquitectura de las casas de hacienda en el Valle del Alto Cauca*. El Ancora Editores.
- BARNEY MATERON, Guillermo. 2004. *Conversatorio 80 años de la Sociedad de Agricultores y Ganaderos, Valle del Cauca*. (Discurso). Diciembre 10.
- BECERRA J. V. (ed.). 1994. *La muerte en Colombia prehispánica*. Bogotá, Dpto. de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, MS.
- BECKER U. 1996. *Enciclopedia de los símbolos*. Bogotá, Ediciones Robinbook SL.
- BEDOYA Alexandra, Andrés VELÁSQUEZ. 2004. *Degradación Ambiental y Riesgo:*

- una introducción desde la perspectiva geoarqueológica*. Cali, OSSO, Universidad del Valle.
- BELALCÁZAR S. 1544/1985/. Cartas a su Majestad del Adelantado Benalcazar. Cali, 20 de diciembre de 1544. En: Ojeada sobre los pueblos indígenas de la fosa central del Cauca y su zona de influencia en la época de la conquista. Cali, INCIVA, *Cespedesia* 14(51-52):93-106.
- BENAVIDES, Homero; BONGKAM, Elkin; MOSQUERA, Libardo. 1974. *Estudio semidetallado de suelos sector río Amaime – Palmira*. IGAC – CIAF.
- BINFORD L. 1972. Mortuary Practices: Their Study and their Potential. In: *An Archaeological Perspective*. Orlando, Academic Press, pp. 208-243.
- BLANCO, S. 1996. *Arqueología Urbana en el sur de Cali*. Alcaldía de Cali, División de Cultura-INCIVA. Cali.
- BLANCO, S. 1998. *Reconocimiento y Prospección arqueológica Centro Recreativo Vacacional y Ecológico COMFAUNION, Palmira*. Informe final Calima Darién INCIVA (MS. Sin publicar)
- BLANCO, S. 1999. *Reconocimiento y Prospección Arqueológica Estación de Servicio La Gran Parada, Vereda La Acequia, Municipio de Palmira*. Informe final Calima Darién INCIVA (MS. Sin publicar).
- BLANCO, S. 2001. *Estudio de Impacto Ambiental Arqueológico Proyecto Centro Comercial Santa Bárbara Shopping Plaza. Municipio de Palmira*. Informe Parcial y Plan de Manejo para la Mitigación de Impactos del Patrimonio Arqueológico. Ms. INCIVA. Calima- El Darién.
- BLANCO S., G. CABAL. 2003. *Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas adelantadas en el estadio del Deportivo Cali. Cali, INCIVA, Suites y Palcos*. Cali, INCIVA.
- BLANCO S., G. CABAL, Y. JARAMILLO. 2005. *Arqueología preventiva en el predio del proyecto de vivienda de interés social “El Sembrador”, municipio de Palmira, Valle del Cauca*. Cali, INCIVA.
- BLANCO, S., A. CLAVIJO. 1999. Prospección y rescate arqueológico del cementerio prehispánico de Coronado, Palmira, Valle del Cauca. Manizales, *I Congreso de Arqueología en Colombia*.
- BLANCO, S., A. CLAVIJO. 1999. *Prospección y Rescate Arqueológico en el Cementerio Prehispánico Coronado. Palmira-Valle del Cauca*. Informe final I Etapa. INCIVA. FIAN. ICAN. Alcaldía de Palmira.
- BLANCO, S., A. CLAVIJO., M CARDALE, L. HERRERA. 1997. Informes Parciales 1 y 2 Proyecto Coronado-Palmira. Palmira.

- BLANCO S., M. L. GONZÁLEZ. 2002. *La sociedad Malagana y su comportamiento frente a la muerte: el caso de Santa Bárbara, Palmira, Valle del Cauca*. Cali, Informe de Investigación, INCIVA.
- BOADA A. M. 1995. La deformación craneana como marcador de diferenciación social. Bogotá, *Boletín del Museo del Oro*. 38-39: 135-147.
- BOADA A. M. 2000. *Variabilidad mortuoria y organización social prehispánica en el sur de la Sabana de Bogotá*. En: *Sociedades complejas en la Sabana de Bogotá, siglos VII al XVI D.C. (B. Enciso, M. Therrien eds.)*. Bogotá, ICANH, pp. 21-43.
- BOTERO P. 2005. Diagnóstico del uso y manejo del paisaje arqueológico en el transecto La Buitrera- CIAT. *Palmira, Secretaría de Agricultura, Alcaldía Municipal de Palmira*.
- BOTIVA A., FORERO, E. 1991. Malagana Guaquería Vs. Arqueología. En: *Boletín Museo del Oro* N° 31. Pp 125-129. Banco de la República. Santafé de Bogotá
- BOTIVA, A., FORERO, E y GARCIA, L. 1993. Malagana y la Fiebre del Oro; la Destrucción de la Evidencia Cultural. En: *Revista Procaña*. N° 23, Pp 32-33. Cali.
- BOUCHARD J. F. 2005. Sacrificios y chamanismo en la cultura Tumaco-La Tolita (Colombia y Ecuador). En: *Chamanismo y sacrificio. Perspectivas arqueológicas y etnológicas en sociedades indígenas de América del Sur*, J. P. Chaumeil, R. Pineda, J. F. Bouchard, eds. Bogotá, pp. 17-26.
- BRAY, W. 1992. El Período Yotoco. En: *Calima Diez Mil Años de Historia en el Suroccidente de Colombia*. Bogotá, Fundación ProCalima, pp. 75-125.
- BRAY, W. 2000. Malagana and the Goldworking. Tradition of Southwest of Colombia. En: *Precolombien Gold. Technology, Style and Iconography*, C. Mcewan, ed. London, British Museum Press, pp. 94-111.
- BRAY, W. 2005. Craftsmen and farmers. The Archaeology of the Yotoco Period. In: *Calima and Malagana. Art and Archaeology in Southwestern Colombia*, ed. M. Cardale. Lausanne, ProCalima Foundation, pp. 98-139.
- BRAY, Warwick, HERRERA, Leonor, CARDALE de SCHRIMPF, Marianne. 1998. The Malagana Chiefdom a New Discovery in the Cauca Valley of Southwestern Colombia. En: *Shamans, Gods and Mythic Beast. Colombian Gold and Ceramics in Antiquity*. Compilado por Labbé, American Federation of Arts y University of Washington Press, pp. 121-160.
- BRAY, W., M. CARDALE, L. HERRERA, A. LEGAST, D. PATIÑO, C.A. RODRÍGUEZ. 2005. Lords of the Marshes. The Malagana people. In: *Calima and Malagana. Art and Archaeology in Southwestern Colombia*, M. Cardale ed., Lausanne, Pro Calima Foundation, pp. 140-201

- CABAL G. 2006. *Heterogeneidad y Centralización en la Suela Plana del Valle del Cauca: Cementerio Prehispánico de CORONADO*. Popayán, Trabajo de Grado, Carrera de Antropología, Universidad del Cauca.
- CAR Cauca. *Estudio socioeconómico de la cuenca hidrográfica Bolo – Fraile – Desbaratado*.
- CAR Cauca. 1963. *Informe sobre fotografías aéreas del Valle del Cauca*. CVC.
- CAR Cauca – IGAC. 1981. *Estudio de zonificación y uso del suelo en el Valle del Cauca*.
- CARDALE, Marianne. 1992. La Gente del Período Ilama. En: *Diez Mil Años de Historia en el Suroccidente de Colombia*. Fundación Pro Calima. Primera Edición en Español. Bogotá, Editorial Grafos, pp. 25-71.
- CARDALE M. 2005. The People of the Ilama Period. In: *Calima and Malagana. Art and Archaeology in Southwestern Colombia*, ed. M. Cardale. Lausanne, ProCalima Foundation, pp. 36-97.
- CARDALE M., W. BRAY, L. HERRERA. 1989. Reconstruyendo el pasado en Calima. Resultados recientes. Bogotá, *Boletín del Museo del Oro* 24:3-33.
- CARDALE, M., BRAY W, GÄHWILER T, HERRERA L. 1992. *Calima Diez Mil Años de Historia en el Suroccidente de Colombia*. Bogotá Fundación ProCalima.
- CARDALE de SCHRIMPF, M., HERRERA, L., RODRÍGUEZ, C. A. 1995. *Informe Proyecto Malagana*. Informe presentado al INCIVA. Ms. Bogotá.
- CARDALE M., HERRERA L. 1995. Caminos y comerciantes en el suroccidente de Colombia entre 2500 y 1500 AP. En: *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, C. Gnecco ed. Popayán, Editorial Universidad del Cauca, pp.195-221.
- CARDALE, M., HERRERA, L., RODRÍGUEZ, C. A. y JARAMILLO, Y. 1999. Rito y Ceremonia en Malagana. (Corregimiento de El Bolo, Palmira, Valle del Cauca). Bogotá, *Boletín de Arqueología*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales 14(3):3-109.
- CARNEIRO R. L. 1991. The Nature of the Chiefdom as Revealed by Evidence from the Cauca Valley of Colombia. In: *Profiles in Cultural Evolution*, A. T. Rambo, K. Gillogly (eds.). Ann Arbor, University of Michigan, Anthropological Papers, Museum of Anthropology, No. 85, pp. 167-190.
- CASTELLANOS J. de. 1997. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Bogotá, Eduardo Rivas ed.
- CAYON L. 2001. En la búsqueda del orden cósmico: sobre el modelo de manejo ecológico tukano oriental del Vaupés. Bogotá, *Revista Colombiana de Antropología*, 37: 234-267.

- CIEZA de León, P. 1922. *La crónica del Perú*. Madrid, Calpe.
- CIFUENTES A. 1996. Arqueología del municipio de Suárez (Tolima). Bogotá, *Boletín de Arqueología* 1 (11): 35-60.
- CLAVIJO S., Alexander. 1999. *Proyecto construcción de estanque piscícolas en el predio fortuna*. Informe preliminar Prospección Arqueológica. M.S. INCIVA. Calima-El Darién.
- COLMENARES, Germán. 1983. Cali: terratenientes mineros y comerciantes siglo XVIII. En: *Sociedad y Economía en el Valle del Cauca*. Tomo I. Bogotá, Universidad del Valle, Biblioteca Banco Popular.
- CORREAL, G., L. HERRERA, M. CARDALE, C. A. RODRÍGUEZ 2003. Estudio de los restos humanos y de fauna del sitio arqueológico Hacienda Malagana. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología *Arqueología del Área Intermedia* 5: 191-249.
- CORTÉS, Abdón y GARCÍA, Alfonso. 1981. *Los suelos del valle geográfico del río Cauca*. Bogotá, IGAC.
- CRIST, Raimond. 1951. *The Cauca Valley, Colombia. Land tenure and land use*. Maryland University.
- CUBILLOS, JC. 1984. *Asentamientos Prehispánicos en la Suela Plana del Río Cauca*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- CUENCA A., F. REY. 1996. *Más allá de la muerte prehispánica. Aproximación a la interpretación de la simbología funeraria en un cementerio prehispánico en Guacarí, Valle*. Bogotá, Carrera de Antropología Univ. Nal. Col., Tesis de Grado.
- DANE. 1982. *Monografía del Municipio de Palmira*. Bogotá.
- DIAZ Zamira. 1983. Guerra y economía en las haciendas. Popayán 1780 - 1830. En: *Sociedad y Economía en el Valle del Cauca*. Biblioteca Banco Popular. Tomo II.
- DELIBES de Castro, G. 1995. Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la submeseta norte. En: *Arqueología da Morte. Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo*. R. Fábregas, F. Pérez, C. Fernández (eds.). Xinzó de Limia, Excmo. Concello de Xinzó de Limia, España, pp. 63-93.
- DIAZ de ZULUAGA, Zamira. 1983. Guerra y economía en las haciendas. Popayán, 1780-1830. En: *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*. Tomo II. Bogotá, Universidad del Valle, Biblioteca Banco popular.
- DIAZ de ZULUAGA, Zamira. 1987. *La Villa de Palmira en el Periodo de la Independencia 1780-1830*. Palmira, Cámara de Comercio, Comité de Educación y Cultura.
- DIAZ Zamira. S.F. *Gestación histórica de Palmira*. Manuscrito.

- DRENNAN R. 2000. *Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena*. Bogotá, ICANH.
- DRENNAN, Robert D. 1995. Mortuary Practices in the Alto Magdalena: the Social Context of the «San Agustín Culture». En: *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*. Editado por T. Dillehay, Dumbarton Oaks Research Library and Collection Washington, p. P.p. 79-110.p. 79-110.
- DUQUE G., L. 1970. *Los Quimbayas. Reseña etno-histórica y arqueológica*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología.
- DURÁN, Armando. 1969. *Uso actual y tenencia de la tierra en la cuenca superior del río Nima*. CVC.
- ECKERT G. 2002. La cacería de cabezas. En: *Guerreros y caníbales del valle del Cauca*, G. Eckert, H. Trimborn. Traducción y edición de M. González. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, pp. 61-82.
- ECKERT G. 2002. Profetas y movimientos de liberación. En: *Guerreros y caníbales del valle del Cauca*, G. Eckert, H. Trimborn. Traducción y edición de M. González. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, pp.104-122.
- ELIADE M. 1960. *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*. México, Fondo de Cultura Económica.
- ELIADE M. 1992. *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona, Editorial Labor S. A.
- ESCOBAR de, Jerónimo. 1582/1983/. Relación de Popayán. En: *Relaciones Geográficas de la Nueva Granada Siglos XVI a XIX*, ed. V. M. Patiño. Cali, INCIVA, *Cespedesia* 45-46: 285-308.
- ESCOBAR M. E. 1988. Cacicazgos del Valle del río Cauca: señorío o barbarie. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, *Revista Colombiana de Antropología* 26:155-172.
- ESCORCIA José. 1983. Desarrollo político social y económico 1800-1854. Biblioteca Banco Popular. *Sociedad y Economía en el Valle del Cauca*. Tomo III.
- ESPINAL, Luis Sigifredo. 1968. *Visión ecológica del departamento del Valle del Cauca*. Universidad del Valle, Cali, p 11-14.
- FORD, James. 1944. Excavations in the Vicinity of Cali, Colombia. En *Yale University Publications in Anthropology*, N° 31, Yale University press, pp 1-83. London.
- FORERO E. 1990. Arqueología de rescate en la parcelación El Llanito. Región Calima. Cali, *Cespedesia*, 16-17(59):147-179.
- FREIDEL D., L. SCHELE, J. PARKER. 1999. *El cosmos Maya. Tres mil años por la senda de los chamanes*. México, Fondo de Cultura Económica.

- FRIEDE, Juan. 1960. *Documentos inéditos para la historia de Colombia*. Tomo X (1549-1550). Bogotá, Academia Colombiana de Historia.
- FRIEDE J. 1963. *Los Quimbayas bajo la dominación española. Estudio documental (1539-1810)*. Bogotá, Banco de la República.
- GAHWILER-WALDER, T. 1992. Los Inicios de la Tradición Sonso. En: *Calima Diez Mil años de Historia en el Suroccidente de Colombia*. Fundación Pro Calima. Primera Edición en Español. Bogotá, Editorial Grafos, pp 127-147.
- GARCÍA Vásquez, Demetrio. 1928. *Los Hacendados de la otra banda y el cabildo de Cali*. Cali, Imprenta Gutiérrez.
- GENOVÉS S. 1964. Introducción al estudio de la proporción entre los huesos largos y la reconstrucción de la estatura en restos mesoamericanos. México, *Anales de Antropología*, UNAM 1.47-62.
- GNECCO, C. 1995. Prácticas funerarias como expresiones políticas: una perspectiva desde el suroccidente de Colombia. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, *Revista Colombiana de Antropología* 32:87-102.
- GNECCO C., H. SALGADO. 1989. Adaptaciones precerámicas en el Suroccidente de Colombia. Bogotá, Banco de la República, *Boletín Museo del Oro* 24:35-53.
- GÓMEZ, Hernán. 1977. Estudio geológico geomorfológico del área del Valle del Cauca y pendientes adyacentes entre Santander de Quilichao y Cartago. Bogotá.
- GÓMEZ L. D. 1970. *Los quimbayas. Reseña etno-histórica y arqueológica*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología.
- GONZÁLEZ Mario. Relación del Archivo Histórico Manuelita S.A. Documentos, archivo fotográfico y audiovisual. Palmira, Valle. Sin fecha.
- GONZÁLEZ Y. 1994. *El Sacrificio humano entre los Mexicas*. México, Fondo de cultura económica.
- GOODMAN A. H., D. L. MARTIN. 2002. Reconstructing Health Profiles from Skeletal Remains. In: Steckel R. H., J. C. Rose (eds.). *The Backbone of History. Health and Nutrition in the Western Hemisphere*. Cambridge University Press, pp.11-60.
- GÄHWILER, Theres. 2005. A new lifestyle in the Southwest. The beginnings of the Sonso Tradition. In: *Calima and Malagana. Art and Archaeology in Southwestern Colombia*, ed. M. Cardale. Lausanne, ProCalima Foundation, pp. 202-257.
- GUILLÉN F. 1583/1983/. Memoria de los pueblos de la Gobernación de Popayán. En: *Relaciones Geográficas de la Nueva Granada Siglos XVI a XIX*, ed. V. M. Patiño. Cali, INCIVA, *Cespedesia* 45-46: 313-322.

- HERRERA L., M. CARDALE. 1994. Los sucesos de Malagana vistos desde Calima. Atando cabos en la arqueología del suroccidente colombiano. Bogotá, *Revista Colombiana de Antropología* 31:145-174.
- HERRERA L. 1995. El proyecto arqueológico Malagana: avances de investigación. Bogotá, *Revista Colombiana de Antropología* 31:265-270.
- HERRERA L., CARDALE M. 1999. *Coronado. Excavaciones de rescate en cementerios prehispánicos. Palmira, Valle*. Informe FIAN. MS.
- HERRERA L., A. GÓMEZ, M. CARDALE. 2001. El patrimonio arqueológico al otro lado del espejo: el caso de la comunidad de El Bolo. En: *Arqueología, Patrimonio y Sociedad*, D. Patiño ed. Popayán, Universidad del Cauca, pp. 75-108.
- HERRERA, Leonor, PATIÑO, Diógenes, CARDALE DE SCHRIMPFF, Marianne. 2002. *Los Terraplenes de Malagana*. Ponencia presentada al III Congreso de Arqueología en Colombia. Ibagué, Universidad del Tolima. M.S.
- HERRERA M. 2005. Calima as part of the Province of Popayán. The Pre-hispanic Legacy. In: *Calima and Malagana. Art and Archaeology in Southwestern Colombia*, M. Cardale ed. Lausanne, Pro Calima Foundation, pp. 258-275.
- IGAC. 1964. *Descripciones mecanografiadas de los suelos de los abanicos y planos aluviales A,B,C de los suelos misceláneos D,E,F aluviales (mezclados) y de los suelos pantanosos*. Bogotá.
- IGAC. 1969. *Estudio detallado de suelos para fines agrícolas del sector plano de los municipios de Ginebra, Guacarí, Cerrito y Palmira*. Mapa 1:40.000.
- IGAC. 1975. *Estudio detallado de suelos y clasificación para riego y drenaje del centro de investigaciones agropecuarias de Palmira*. Bogota.
- IGAC. 1977. *Estudio general de suelos del sector río La Vieja - río Desbaratado, Cordillera Central. Departamento del Valle del Cauca*. Bogota.
- IGAC. 1988. *Valle del Cauca, aspectos geográficos*. Bogotá.
- IGAC, 1988. *Suelos y bosques de Colombia*. Bogotá, Instituto Geográfico Agustín Codazzi. Subdirección agrícola.
- IGAC. 1989. *Atlas Básico de Colombia*. Instituto Geográfico Agustín Codazzi. División de Difusión Geográfica. 6a edición.
- INGEOMINAS. 1983. *Mapa geológico preliminar Plancha 243 Armenia, Valle del Cauca, Quindío y Tolima*. Bogotá.
- INGEOMINAS. 1992. *Mapa Geológico generalizado del Departamento del Valle del Cauca*. Bogotá.
- ISAACS Jorge. *María*. Bogotá, Panamericana editorial.

- JARAMILLO, L. G. 1995. *Guerra y canibalismo en el valle del río Cauca en la época de la conquista española*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, *Revista Colombiana de Antropología* 32: 41-84.
- KHOBZY, Jack; VILLOTA, Hugo. 1986. Estudio geomorfológico parte baja Cordilleras Central y Occidental. Valle del Cauca y Cauca. Proyecto CVC, DELSA, CIAF.
- LARSEN, C. S. 2000. *Bioarchaeology. Interpreting behavior from the human skeleton*. Cambridge University Press.
- LEGAST A. 1987. *El animal en el mundo Tairona*. Bogotá, FIAN, Banco de la República.
- LEGAST, Anne. 1993. La fauna en el material precolombino Calima. FIAN. Bogotá.
- LEGAST A. 2005. ¿Retratos de chamanes o de ancestros míticos? En: *Chamanismo y sacrificio. Perspectivas arqueológicas y etnológicas en sociedades indígenas de América del Sur*, J. P. Chaumeil, R. Pineda, J. F. Bouchard, eds. Bogotá, pp. 35-46.
- LLANOS H. 1995. *Los chamanes jaguares de San Agustín. Génesis de un pensamiento mitopoético*. Bogotá, Cuatro y Cia.
- LLERAS R. 2005. Sacrificio y ofrenda entre los muiscas. En: *Chamanismo y sacrificio. Perspectivas arqueológicas y etnológicas en sociedades indígenas de América del Sur*, J. P. Chaumeil, R. Pineda, J. F. Bouchard, eds. Bogotá, pp. 47-73.
- LONDOÑO Julio Cesar. Manuelita 140 años 1864 - 2004. Una mirada literaria al grupo empresarial. Septiembre de 2004.
- LONG S. 1967. Formas y distribución de tumbas de pozo con cámara lateral. Bogotá, *Razón y fábula*, Universidad de los Andes 1:73-87.
- LORENZO J. I., C. SINUSIA. 1996. Mecanismos de la incineración. Alteraciones sufridas en cuerpos humanos. *II Reunión de tafonomía y fosilización*, Zaragoza, junio 13-15 junio de 1996. Pp. 165-167.
- LULL V. 2000. Death and society. A Marxist approach. *Antiquity* 74(285):576-80.
- MAHECHA, Gilberto; ECHEVERRI, Rodrigo. 1983. Árboles del Valle del Cauca.
- MANZANILLA L., C. SERRANO (eds.). 1999. *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan*. México, IIA Universidad Nacional Autónoma de México.
- MÁRQUEZ L 1998. Paleoepidemiología en las poblaciones prehispánicas mesoamericanas. México, *México Antiguo*, Antología 2:62-69.
- MATA C. 1993. Arqueología funeraria. Estado actual de la investigación en España. En: *Actas del Ilo Congreso Nacional de Paleopatología*. Valencia, octubre, pp. 167-176.

- MATOS M., E. 1999. Costumbres funerarias en Mesoamérica. México, *Arqueología Mexicana* 7(40):11-19.
- MAUSS, M. 1979. *Sociología y antropología*. Madrid, Editorial Tecnos.
- MUNICIPIO DE PALMIRA. Año 2002. *Sistema de gestión ambiental del Municipio de Palmira*. Agenda Ambiental.
- NIETO, Diego Antonio. 1797/1983/. Visita de la gobernación de Popayán. En: Relaciones Geográficas de la Nueva Granada Siglos XVI a XIX, ed. V. M. Patiño. Cali, INCIVA, *Cespedesia* 45-46: 495-512.
- O'SHEA, J. M. 1985. *Mortuary Variability. An Archaeological Investigation*. London, Academic Press.
- OSORÍO, Olga. 1986. *Proyecto Arqueológico Sobre la Cuenca del Río Pance*. Alcaldía de Santiago de Cali, Corporación Autónoma Regional del Cauca -C.V.C., Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas- INCIVA. Santiago de Cali.
- PATIÑO, Diógenes., A. CLAVIJO, A. M. GOMEZ., R. PULIDO, C. DIAZ. 1997. Evidencias Paleoindias y Cerámicas en el Valle del Cauca y Risaralda. Rescate Arqueológico en el Gasoducto Mariquita-Yumbo. *Cespedesia*, Vol. 22 (70): 33-91. Cali, INCIVA.
- PATIÑO, D., A. CLAVIJO., A. M. GOMEZ., R. PULIDO y C. DIAZ. 1998. *Evidencias Paleoindias y Cerámicas en el Valle del Cauca y Risaralda*. Rescate Arqueológico en el Gasoducto Mariquita-Yumbo.
- PERDOMO, LUCÍA. 1975. *Excavaciones arqueológicas en La Buitrera, Valle del Cauca*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, Informe.
- PÉREZ-PÉREZ A. 1993. Problemática de la caracterización de las condiciones y calidad de vida de poblaciones humanas de épocas pasadas. Valencia, *Actas del Ilo Congreso Nacional de Paleopatología, Asociación Española de Paleopatología*.
- PINEDA R. 2003. *El poder de los hombres que vuelan*. Gerardo Reichel-Dolmatoff y su contribución a la teoría del chamanismo. Bogotá, Tabula Rasa 1:15-46.
- PRADILLA H. 2001. Descripción y variabilidad en las prácticas funerarias del Cercado Grande de los Santuarios, Tunja, Boyacá. En: *Los chibchas. Adaptación y diversidad en los Andes Orientales de Colombia*, J. V. Rodríguez (ed.), Bogotá, Universidad Nacional Colciencias, pp. 165-206.
- PRESTON HYLAND, Richard. 1983. El crédito y la economía 1851 - 1880. Biblioteca Banco Popular. *Sociedad y Economía en el Valle del Cauca*. Tomo IV.
- RAFFO, Tulio. 1956. *Palmira Histórica*. Cali, Biblioteca de Autores Vallecaucanos, Imprenta Departamental.

- RAFFO Rivera, Álvaro. 1993. *De Llanogrande a Palmira*. 2a edición. Imprenta departamental, Cali.
- RAMÍREZ D. C., A. R. OTÁLORA. 2004. *Identificación de fitolitos en el cálculo dental de comunidades prehispánicas del Valle geográfico del río Cauca- Colombia. Una aproximación a la paleodieta*. Bogotá, Facultad de Odontología, Universidad Nacional de Colombia, Trabajo de Grado.
- REICHEL-DOLMATOFF G. 1967. Notas sobre el simbolismo religioso de los indios de la Sierra Nevada de Santa Marta. Bogotá, *Razón y fábula*, Universidad de los Andes 1:55-72.
- REICHEL-DOLMATOFF G. 1977a. El contexto cultural de un alucinógeno aborigen: *Banisteropsis caapi*. En: *Estudios antropológicos*, G. y A. Reichel-Dolmatoff. Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, pp. 293-332.
- REICHEL-DOLMATOFF G. 1977b. El simbolismo de caza, pesca y alimentación entre los Desana. En: *Estudios antropológicos*, G. y A. Reichel-Dolmatoff. Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, pp. 333-354.
- REICHEL-DOLMATOFF G. 1977c. Cosmología como análisis ecológico: una perspectiva desde la selva pluvial. En: *Estudios antropológicos*, G. y A. Reichel-Dolmatoff. Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, pp. 355-375.
- REICHEL-DOLMATOFF G. 2005. *Orfebrería y chamanismo*. Bogotá, Banco de la República, Villegas Editores.
- ROBLEDOS, Jorge. 1541. Relación de Anzerma. En: *Relaciones y Visitas a los Andes s XVI*, ed. H. Tovar. Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, pp. 335-361.
- RODRÍGUEZ C. A. 1990. Balance de los estudios sobre la historia prehispánica del Valle del Cauca, durante los años ochenta. Cali, INCIVA, *Cespedesia*, 16-17 (59):79-91.
- RODRÍGUEZ, C. A. 1992. *Tras las Huellas del hombre Prehispánico y su Cultura en el Valle del Cauca*. INCIVA, Cali.
- RODRÍGUEZ, C. A. 1994. *El Cacicazgo de Guabas. Variante Meridional de la Tradición Cultural Quimbaya Tardío (700-1300 D.C.)*. Informe Final. Instituto Vallecaucano de Investigaciones. Científicas INCIVA. Alcaldía Municipal de Guacarí.
- RODRÍGUEZ C. A. 1995. Tiempo y espacio de la diversidad sociocultural prehispánica en el alto y medio Cauca durante el milenio precedente a la conquista española. En: *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, C. Gnecco ed. Popayán, Editorial Universidad del Cauca, pp. 223-242.

- RODRÍGUEZ, C. A. 1996. *Rescate Arqueológico en los Sitios PK 276+700 y PK 321+400 Ubicados en la Troncal del Gasoducto de Occidente*. Empresa Colombiana de Petróleos ECOPETROL. Gerencia Plan Nacional de Gas. Santiago de Cali.
- RODRÍGUEZ, C. A. 1996. *Rescate Arqueológico en el sitio PK 183, Obando, Valle del Cauca en la troncal del Gasoducto de Occidente*. Informe Final. Empresa Colombiana de Petróleos, Ecopetrol. Santiago de Cali, septiembre.
- RODRÍGUEZ, C. A. 1997. *Rescate Arqueológico en el sitio PK 1+500 a PK 1+400 ubicado en el ramal Candelaria del Gasoducto de Occidente*. Orden de Trabajo PNG 502/96. Informe Final. Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL. Santiago de Cali, Marzo.
- RODRÍGUEZ C. A. 2002. *El valle del cauca Prehispánico*. Cali, Washington, Universidad del Valle.
- RODRÍGUEZ C. A., H. SALGADO. 1990. *Las costumbres funerarias de las sociedades Agroalfareras prehispánicas de la región Samaria en el curso alto del río Calima. I milenio a. C. – siglo VI d.C.* Cali, Informe Final, Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas.
- RODRÍGUEZ, C. A., D. M. STEMPER. 1994. Cambios medioambientales y culturales prehispánicos en el curso bajo del río Bolo, municipio de Palmira, Valle del Cauca. Cali, *Cespedesia*, 62-63:139-198.
- RODRÍGUEZ, C. A., RODRÍGUEZ J. V. 1989. Los habitantes Prehispánicos de Palmira. En: *Revista Hispanoamericana*. No. 9: 4-44. Fundación Hispanoamericana de Cali.
- RODRÍGUEZ, C. A., RODRÍGUEZ J. V. 1998. Patrones de enterramiento Quimbaya Tardío en el sitio arqueológico Dardanelos, municipio de Obando, Departamento del Valle. *Boletín de Arqueología* año 13, No.2:81-111.
- RODRÍGUEZ C. A., E. L. RODRÍGUEZ, W. M. ROMERO. 2002. La población de la sociedad Sonso entre 1000 y 1550 d.C. y su relación con la muerte. El caso del cementerio prehispánico de Guacandá en Yumbo, Departamento del Valle del Cauca. Bogotá, *Boletín de Arqueología* 6(3):27-94.
- RODRIGUEZ, J. V. 1990. Antropología Física de la población indígena del Suroccidente de Colombia. Cali; *Cespedesia* Inst. Vallecaucano Inv. Cient. 16-17 (59): 181-208.
- RODRÍGUEZ J. V. 2004. *La Antropología Forense en la identificación humana*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- RODRÍGUEZ J. V. 2005. *Pueblos, rituales y condiciones de vida prehispánicas en el Valle del Cauca*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

- RODRÍGUEZ J. V. 2006. *Las enfermedades en las condiciones de vida prehispánica de Colombia*. Bogotá, F. C. Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- RODRÍGUEZ J. V., BLANCO S., BOTERO P. 2001. *Hombre y medio ambiente en una comunidad agroalfarera temprana de El Cerrito, Valle del Cauca*. Informe MS.
- ROJAS, José María. 1983. Empresarios y Tecnología en la formación del sector azucarero en Colombia 1860 - 1980. Biblioteca Banco Popular. *Sociedad y Economía en el Valle del Cauca*. Tomo V.
- ROMERO, Mandius; Álvarez, Raúl. 1980. *Estudio semidetallado de suelos del valle geográfico del río Cauca*. IGAC.
- ROMOLI, K. 1974. Nomenclatura y población indígenas de la antigua jurisdicción de Cali a mediados del siglo XVI. Bogotá, *Revista Colombiana de Antropología*, Instituto Colombiano de Antropología 16:373-478.
- RUZ, A. 1991. *Costumbres funerarias de los antiguos mayas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- SAG. 1954. *Censo agropecuario del Valle del Cauca*. Secretaría de Agricultura y Ganadería. Cali.
- SALGADO Héctor, Carlos A. Rodríguez, Vladimir Bashilov. 1993. *La vivienda prehispánica Calima*. Cali, Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas INCIVA.
- SÁNCHEZ C. 2005. Sociedad y Agricultura Prehispánica en el Alto Magdalena. Bogotá, *Informes Arqueológicos* del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, No. 4.
- SÁNCHEZ C. 2005. Constricción social y estrategias productivas agrícolas prehispánicas en el Alto Magdalena. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, revista *Maguaré* 19:149-166.
- SANTOS G. 1995. El Volador: las viviendas de los muertos. Medellín, *Boletín de Antropología* Dpto. de Antropología Universidad de Antioquia 9(25):11-48.
- SARDELA, J. P. Sf. Relación de lo que subcedió al magnífico señor Capitán Jorge Robledo. En: *Relaciones y Visitas a los Andes s XVI*, ed. H. Tovar. Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, pp. 63-331.
- SARMIENTO, P. 1540/1993/. Relación de lo que subcedió en el descubrimiento de las provincias de Antiochia, Anserma y Cartago y cibdades que en ellas están pobladas por el s(en)o(r capitá(n) Jorge Robledo. En: *Relaciones y Visitas a los Andes s XVI*, ed. H. Tovar. Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, pp. 235-262.
- SHENNAN S. 1992. *Arqueología cuantitativa*. Barcelona, Editorial Crítica.

- SCHULTES R. E., A. HOFMANN. 2000. *Plantas de los dioses. Orígenes del uso de los alucinógenos*. México, Fondo de cultura económica.
- SILVA C., E. 1945. Sobre antropología Chibcha. Bogotá, *Boletín Arqueológico* 1 (6):531-552.
- SILVA SCARPETTA, Alberto. 2004. *Palmira, esta es su historia*. Ingeniería Grafica S. A.
- SIMÓN, Pedro. 1981. *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, Tomo V.
- SPSS. 2004. *Base 14 Applications Guide*. Chicago Ill.
- STECKEL R. H., J. C. ROSE (eds.). 2002. *The Backbone of History. Health and Nutrition in the Western Hemisphere*. Cambridge University Press.
- LÉVI-STRAUSS, C. 1981. *La vía de las máscaras*. México, Siglo XXI editores.
- SUÁREZ, Félix. 1994. *Manejo y recuperación de terrenos erosionados en los departamentos Valle del Cauca y Cauca*. Diciembre
- TENORIO, Mariano. 1988. *Diagnóstico y recuperación de los suelos salino sódicos granja experimental Hoecol, Palmira. Fuentes inorgánicas naturales en el manejo de suelos y fertilización de cultivos*. Pág.103-120.
- TOVAR H. 1993. *Relaciones y Visitas a los Andes S XVI*. Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica.
- TRIMBORN H. 2005. *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*. Popayán, Biblioteca del Gran Cauca, Editorial Universidad del Cauca.
- TRIMBORN H. 2002. El canibalismo. En: *Guerreros y caníbales del valle del Cauca*, G. Eckert, H. Trimborn. Traducción y edición de M. González. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, pp. 21-58.
- TRIMBORN H. 2002. Los señores y el señorío. En: *Guerreros y caníbales del valle del Cauca*, G. Eckert, H. Trimborn. Traducción y edición de M. González. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, pp. 85-104.
- VAN DER HAMMEN, TH. 1992. *Historia, ecología y vegetación*. Bogotá, Corporación Araracuara, Fondo FEN, Banco Popular.
- VAN DER HAMMEN T., ORTIZ, 1992. Arqueología y medio ambiente en Suramérica Septentrional. In: *Archaeology and Environment in Latin America*, Proceedings of a symposium held at the 46th International Congress of Americanists. Amsterdam, Universiteit van Amsterdam, pp. 9-24.
- VASCO L. G. 1985. *Jaibanás, los verdaderos hombres*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular.

VELANDIA C. A. 1994. *San Agustín, Arte, estructura y arqueología*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, Colección Textos Universitarios.

VITEBSKY P. 2006. *Los chamanes*. El viaje del alma. Fuerzas y poderes mágicos. Éxtasis y curación. Köln, Taschen GMBH.

WYSOCKI M.; A. WHITTLE, 2000. Diversity, lifestyles and rites: new biological and archeological evidence from British earlier Neolithic mortuary assemblages. *Antiquity* 74 (285): 591-601

